

LA MUSA DE PICASSO

Relatos

A mi nieta Judith,
que el próximo mes cumplirá un año
y la sorprende todo.

LA MUSA DE PICASSO

Pedro Sevylla de Juana

Primera edición, enero de 2007
Segunda edición, marzo de 2007

Egatorre, 2007

© **Edición:** Egartorre, 2007.
© **Texto:** Pedro Sevilla de Juana
© **Ilustración de portada:** Juan Manuel Díaz Caneja
Bodegón (1983) Óleo/lienzo 73X60
Fundación "Díaz Caneja" nº 71

Edita y distribuye:

EGARTORRE LIBROS

C/ Primavera, 2 (Nave 31). Pol. Ind. El Malvar.

28500 Arganda del Rey. Madrid.

Tel: 91 872 93 90

www.egartorre.com

I.S.B.N.: 84-87325-78-5

I.S.B.N. 13: 978-84-87325-78-6

Depósito legal:

Impresión: Publidisa.

1. La musa de Picasso

Está Pablo Ruiz Picasso, párvulo, Plaza de la Merced, en Málaga, robándole jirones de luz a la ciudad, como quien escamotea a la vista de la vendedora manzanas rojas, verdes, amarillas, del atestado puesto del mercado. La frutera no se inmuta porque en su abundancia es generosa con la necesidad, y aquel párvulo, alimentado de luz y de líneas secantes, ha sido destinado a alumbrar el llamado Arte Moderno; corte, escisión, tajo de alfanje, a manera de salto brutal en una evolución que no deja títere con cabeza y convierte al presente, hecho y derecho, en picadillo.

Asiste a clase lo imprescindible para saber el origen de las cosas, el principio del hombre y la extensión exacta del Universo; recogiendo, en el interin, algunos de los materiales con los que, siendo adulto, jugará a reproducir lo visto, lo intuido, lo soñado, lo imposible. Colores, formas, superficies, volúmenes, energía, inspiración, equilibrio y armonía poética que caben en un pozo profundo mediado de aguas finas. Pergeña para el Arte un Nuevo Orden, dispone una Vanguardia, avienta una Estética de última cosecha; depura, doma, renueva, agita, revoluciona a la Vieja Realidad.

Los juguetes del niño Picasso –un caballo de cartón regalo de su abuela materna, un parchís testigo involuntario de alguna historia desgraciada, un rompecabezas formado por exaedros depositarios de seis posibilidades– entretienen y desarrollan las capacidades innatas. Mas las piezas lúdicas en

sus manos se hacen herramientas, materia prima de futuras creaciones, origen de mundos en mutación constante, verdad personal destinada a ser compartida; parcial, es cierto, pero asumida más tarde como propia por los coetáneos y herederos.

Picasso, infante aún, es ya un arroyo impetuoso, un torrente que se debe encauzar para que no rebose energía desperdiándola en arideces. Corre, brinca con su perro, descubre el mar inmenso y la arena incontable, saluda a su tío, jefe de los médicos del puerto, partero de su madre cuando Pablo tuvo el antojo de nacer, once y cuarto de la noche; y se encuentra a gusto si logra salirse con la suya y llevar adelante sus empeños. Ama y odia en alternancia a los mismos objetos, a idénticas personas; ama y odia hasta someter a unos y a otras a su inabordable tiranía. Resplandece en los dibujos la originalidad del diseño, trazos capaces de engullir a la inercia de un mundo que viene de lejos; arrasando los imperios individuales en que se sustenta, los credos más desarrollados que lo explican. Por fortuna, vigilante de todo acontecer, camina a su lado la dorada barba del padre, única imagen respetada, por cuyo solo influjo se somete a las coordenadas más estrictas.

Allí comienza una musa a seguirlo, en esas tempranas horas del primer trabajo acabado, para que se habitúe poco a poco a su compañía, a su valimiento. Procede de innúmeros artistas fenecidos, desde el original dibujante rupestre, hasta Jean-Auguste-Dominique Ingres, al que dejó apenada el día de su muerte, ocurrida en París. Vagó casi cuatro lustros hasta convencerse del ingenio y el empuje del nuevo protegido. Habiendo decidido de manera categórica servir al niño inquieto de penetrante mirada, escolta a Picasso esa especie de sombra, que tiene mucho de humana porque en cierto modo representa la conciencia del padre, transmisora de un credo que el día de mañana formará parte esencial de su verdadero pensamiento independizado. La musa posee la clarividencia de un maestro, eterna

educanda en investigaciones progresivas; la lucidez de un poeta de la expresión artística, la tenacidad de un soldado sobrepuesto a cien derrotas. Será un álder ego desarrollado en el fondo de la intimidad, dotado de criterio propio que el protegido tendrá muchas veces en cuenta. Cuando lo crea necesario se convertirá en censuradora, pues posee alguna habilidad para el trazado de límites, está especializada en armonizar dimensiones y ayuda a introducir tierra y mar en el lienzo, al hombre abstracto y al concreto. Pero no insufla ideas en las mentes cerradas, ni dicta el modo de ponerlas en práctica a los indolentes. Ha sido dotada de un talento fuera de lo común y de una pasión enorme; y los pone al servicio de cada uno de los intentos que suceden al vigésimo.

La musa vislumbra la necesidad del padre que Pablo Ruiz Picasso encubre; silueta alargada, áurea barba, modales exquisitos. A los cinco años concluye el novicio su primer retrato, y con ser de gran ayuda, determinante acaso, qué pequeño queda el gesto de don José Ruiz, llevando la mano que sujeta el carboncillo o desliza el difumino, exigiendo insistencia hasta la extenuación. Minúsculo, frente a la beligerante actitud adoptada cuando el trabajo ha concluido. Porque el arte lo es, si exhibido sin pudor recibe las miradas ajenas. Y ahí su padre juega un papel esencial al convencer a la esposa, ama de casa renuente a la cesión de una pared estratégica. Conviene al adecuado progreso del niño contar con una sala de exposiciones, el recolecto recibidor de las visitas, algunas versadas en cuestiones pictóricas. La necesidad del padre, sobrepasados los naturales afectos, en Picasso llega hasta la brumosa mañana coruñesa, momento solemne en que recibe los viejos útiles y el maletín de colores de su progenitor. "Te entrego mis pinceles", dice la musa que dijo don José "ya puedes pintar, ahora dominas el dibujo. Pero recuerda, los pinceles son instrumentos de la ideas, de la técnica, de la intuición; ellos, de por sí, no dan cuerpo a los cuadros. Obedecen

a la mano, pero la mano se somete a la cabeza y al corazón; siente, pues, y practica”.

Tras la ceremonia iniciática ya es derechohabiente; ha ingresado, por así decirlo, en el amplio círculo de artistas donde su padre milita, espacio defendido con *númerus clausus* de intrusos faltos de legitimidad. Anillo integrador de aros menores que albergan otros cada vez más reducidos. Conformado el sistema por circunferencias concéntricas, el conjunto escuda el nimbo de los que ya conocen la gloria, última corona protectora de siete preeminentes. Forma parte Picasso, en la orilla aún, de la reserva cultural que crece en los momentos de libertad y progreso, disminuyendo en los períodos tristes de guerras y posguerras. Aprender es su mira inmediata y así lo expresa, aunque tan quedo que sólo la musa lo escucha; tiene intención de irrumpir, solo provecho del esfuerzo y la devoción, en el recinto exiguo que incluye a El Greco, que contiene a Cézanne; relegando al término de su adiestramiento la ambición desmedida de ser uno de los siete, verdaderos genios capaces de maravillar al mundo con sus trazos; desde las cavernas hasta el límite que pongan los siglos.

La musa del pintor –hasta ahora circunscrita al cumplimiento de misiones de tutela– pretende tomar la iniciativa encaminando los pasos de Picasso adolescente. Metida de lleno en la nueva tarea, propicia que, sirviéndose de tiza sustraída de las clases, dibuje el muchacho en las paredes del Instituto Da Guarda suaves paisajes del añorado mediodía y palomas portadoras de ramitas de olivo. El trazo enérgico de las líneas que conforman las alas y el pecho, habituado a resistir las embestidas del aire, facilita la fuerza necesaria para emprender el vuelo y elevarse sobre las cosas, por encima de las ideas. Pinta Picasso, imberbe, muchachas púberes de formas caprichosas, que una vez trazadas se enamoran de él y le rinden el tributo del candor y los sueños sensuales. Porque hay en el pozo de sus

ojos un magnetismo que atrae, hay en sus brazos un ademán tan decidido que da seguridad, y su testuz de toro bravo posee tal fuerza en reposo, que parece estar en disposición de defender todas las causas justas que en el mundo existen.

La musa sospecha que Pablo Ruiz no será Picasso –dueño de sí, expandido– hasta mil ochocientos noventa y siete, cuando la rebelión conquiste el último reducto sagrado, sobrepasando su estética al elegante y desenvuelto estilo del padre; cuando lo que desea ser dé un golpe de mano a lo que es, tomando las riendas. Con paso de tan enorme consecuencia, zancada debida a la madurez y a la disposición, tratará de ampliar el reducido ámbito que representan en sus raíces lo castellano, lo vasco, lo español; sin desdeñarlo, trascendiéndolo. Tomará, con ese gesto simbólico, la ciudadanía del mundo, que en él evoca, por lejano, por europeo, lo italiano de su origen. A pesar de ello, se percatará muy pronto de que el primitivo Ruiz y el evolucionado Picasso coinciden en la visión de un último horizonte de líneas y colores, que no es sino la expresión de la Obra, resultante de todas las tentativas pictóricas, de todos los estilos y tendencias. Obra o Cuadro con mayúscula, producto de los cien años de su trabajosa investigación y de media eternidad antecesora: Jan Van Eyck y su revolución oleaginosa, lo germano sobre lo latino, lo extraño por encima de lo propio, hasta las cuevas decoradas en el neolítico. “Intrínsecamente, de *El Quinto Sello*, de Doménikos Theotokópoulos, a las *Demoiselles*, hay más distancia que entre el primer cuadro de Picasso y cualquiera de los últimos, de mil novecientos setenta y dos, pongamos por caso”. Así de tajante es la musa al respecto.

Los protagonistas del cuadro *Les Demoiselles D'Avignon*, óleo sobre tela pintado por Pablo Ruiz Picasso entre junio y julio de mil novecientos siete, son, de izquierda a derecha: una mujer concebida como varón que llega del proscenio sosteniendo una cortina, personaje del que la musa explica su con-

dición de médico en ciernes; una señorita desnuda o casi, brazo zurdo alzado, mano detrás de la cabeza; otra señorita situada al fondo de la escena, los dos brazos elevados, las manos ocultas y un lienzo realzando lo que no alcanza a cubrir y lo cubierto; un diestro marino que en un estudio previo –gouache sobre papel– lía un cigarrillo; y una mujer sentada que se muestra sin fingimientos. Personajes que hablan un lenguaje aún no formulado, sabiéndose banderas de la nueva expresión artística y verdugos de la precedente; símbolos de una proclama premeditada, meditada y lanzada como una jabalina sobre el buen gusto de un pasado que, herido de muerte, agoniza a sus pies. Conoce la musa que lo vivió por Picasso hasta entonces, tenía como meta velada, contribuir en algún momento impreciso a la concepción de este cuadro, y que el resto de su vasta producción pivota sobre él, incluso su obra magna bautizada Guernica.

El día concreto en que Picasso recibe de un cierto Géry Pieret el producto del provocador robo del Louvre: dos vasos ibéricos; la musa que examina el íntimo carácter del genio no está presente –raro hecho en alguien consustancial– y se pierde la íntima alegría reflejada en el espejo del rostro y el supuesto deseo de propiedad que deja entrever. Aprecia, y para el caso es lo mismo, el brillo de las pupilas codiciosas ante la máscara fang que Vlaminck dona a Derain; o un rictus complacido, brotado el día singular de principios del estío al visitar el Musée d’Etnographie del Trocadèro, cuando le es revelada toda la pureza del arte primitivo.

Los personajes del cuadro *Les Demoiselles d’Avignon*, poseen vida previa y disfrutan de una evolución que tiene mucho que ver con la marcha del hombre. Sucede a partir del verano de mil novecientos seis, cuando el artista inicia los trabajos preparatorios, encinta ya su mente de luces y oscuridades, de las formas mórbidas que las bañistas exhiben en las playas ardientes. Maneja Picasso los pinceles como vertederas que arrancan inestima-

bles vestigios o tapan las semillas dejadas en el surco, próximas al arroyo que asegura el riego. Porta la herencia del pintor románico, del gótico, del hombre del renacimiento; camina avizor de todos los que le precedieron, bebe en sus fuentes hasta la complacencia o el ahogo; y avanza a la manera en que lo hace el progreso, rompiendo consigo mismo, pisando sobre los escombros de los modelos precursores.

La musa semeja a su debido tiempo un chiquillo, un adolescente, un hombre maduro o un anciano; y con la excepción conocida sigue a Picasso a todas las partes. Observa, anota, valora y saca conclusiones, ayudada en cada momento por la clarividencia intrínseca. Rememora acaeceres remotos y va descubriendo afinidades hasta que los sucesivos cotejos se ponen de parte del presente. Mantiene la musa el cambiante ritmo seguido por el pintor, jinete Picasso hecho ya al desbocado caballo que monta, bien aprendidos los quiebros, asido a las abundantes crines. No obstante el sincronismo alcanzado, al colegial Pablo Ruiz le cohibió cien veces la inevitable presencia de la musa: generosa porque carece de objetivos propios, obstinada porque en la insistencia cifra el éxito.

Silueta recortada en los contraluces urbanos: personas obligadas a caminar en zigzag como serpientes y callejuelas definidas por las líneas curvas de las fachadas: de la mano del muchacho que va para pintor la musa descubre Barcelona, estudia Bellas Artes en Madrid, se da de bruces en el Museo del Prado con el Giotto, los Flamencos, Goya, Velázquez, Cranach, el Greco; cura la escarlatina en Horta de San Joan y recibe el impulso derrochado por Picasso en su continuo deambular entre artes distintas: pintura, grabado, escultura, cerámica; dominador de los cuatro elementos y de la creación pura. De Altamira a la Realidad Virtual rastrea la musa las Edades del Hombre, y conoce a fondo al animal civilizado por el roce constante del Pensamiento, capaz de suavizar sus hábitos, desde comer congéneres hasta

alimentarse en exclusiva de yerbas a punto de ser engullidas por vacas, con cuyo cadáver se alimentarán otras yerbas.

Las barreras que a lo largo de su vida cerraron el paso al rebelde Pablo Ruiz, fueron desencadenante, al decir de la musa, de cientos de acres esbozos, cartas durísimas, manifiestos, relatos, obritas de teatro y pequeños poemas que el autor ocultaba junto a pedazos de intimidad y ensayos fallidos. En ocasiones el cerebro de Picasso se encuentra henchido de cólera divina, aquella que expulsó del Templo a los mercaderes, y haciendo suyo el Dogma del Medievo lo esgrime como espada flamígera, como tizón al rojo; y con él rasga la seda de la hipocresía e incendia el mundo acomodado que lo ahoga. Luego, los truenos agonizan, la lluvia escampa y un olor a tierra fresca invade el recinto, hasta que poco a poco los amigos se atreven a levantar cabeza.

Tanto como Barcelona le dice el París de mil novecientos a Picasso, que parte de la cervecería de "*Els quatre gats*", refugio y escuela. Le explica lo mismo la capital francesa pero emplea palabras más vigorosas, y su discurso acaba convencándolo. Las personas de su ambiente poseen un barniz de lucidez que sólo se expende en Montparnasse, y los temas de conversación siendo idénticos son más universales, más trascendentes. Si en el Paralelo el arte depende de la Vida, en el Barrio Latino la vida parece supe-ditada al Arte. En opinión meditada del desplazado, París es a Barcelona lo que Barcelona a Horta de San Joan.

En el Louvre se da de manos a boca con la *Coronación de la Virgen*, de Fra Angélico; con *La Nave de los Locos*, de El Bosco; con *La Gioconda*, de Leonardo. Admira los *Dos Esclavos*, esculturas gemelas de Miguel Ángel; los retratos que de Covarrubias pintó El Greco y de Descartes, Frans Hal. Se detiene largo rato ante el *Desnudo de Betsabé*, de Rembrandt; los *Funerales de San Buenaventura*, de Zurbarán; la *Adoración de los Pastores*,

de La Tour; *Las Bañistas*, de Fragonard. Y algunas de sus preguntas estéticas reciben abundantes respuestas de Ingres, Courbet, Corot y Daumier. La existencia discurre vertiginosa en la capital del arte, y lo que allí sucede parece tener una importancia decisiva para la armonía de los mundos, lámparas colgadas de un techo oscuro y elevado. Se apasiona Picasso con el desgarrado Toulouse-Lautrec y los impresionistas, y oye a la “Ciudad Luz” dictar principios tan claros, tan llenos, que no puede asimilar todo el contenido y ha de regresar al remanso de Málaga –donde sus raíces ahondaron durante diez años y aún son robustas– en busca de base y referencia.

Desde la tierra inicial vuelve a la villa de París ya digerida su primera ingestión; regresa con el simple propósito de entregarse y conquistarla. A partir de ese momento las personas cobran mayor importancia que las cosas, encabezan el desfile de la naturaleza, dirigen el concierto universal. Max Jacob ve, junto a la musa, como en el frío invierno de 1902, persiguiendo el calor esquivo, la estufa consume ochocientos noventa y seis apuntes que el español tomó del natural y de la memoria a partes iguales, en horas de tumultuosa iluminación. No importan las privaciones; inspira allí el aire expirado por Apollinaire y Cocteau, y conoce a los surrealistas nacidos de las cenizas del dadaísmo. El tiempo está de su lado, pero no necesita ayudas: encabeza cualquier movimiento al que se acerca, eleva todo afán apoyado, camina y le sigue una cohorte de incondicionales. Busca sus amigos entre los escritores y si acepta a algún pintor, como Braque y Derain, ve en ellos cualidades literarias. Y poco a poco se va acercando al Cuadro.

La musa desea conocer el desgaste derivado del pretérito y la cantidad de futuro que el destino reserva al pintor; examina, con ese solo objeto, la calidad e intensidad de los trazos gruesos y libres, con los cuales, como con un bisturí, Picasso disecciona los días harto de gloria y saturado de pigmentos. Ante un envite interesante juega todas sus cartas, una tras otra, en

pos del triunfo. La mujer es uno de sus motores y si alguna lo atrae, despliega su cola de pavoreal hasta conquistarla. Es animal su forma de cortejo, lleno de probadas claves primitivas que dan resultado en otras especies. Finge si es necesario y juega a ser él, desarrolla una imagen que imita a la real, actúa el hombre. Mas si todo falla –aunque lo odia porque ataca a sus convencimientos más profundos– exhibe al artista de mérito y lo sube al desequilibrado platillo de la balanza.

En su último ensayo Matisse le muestra a Picasso la naturaleza encontrada más allá de ella misma, la material discontinuidad de las células organizadas en islas, agrupadas en archipiélago vital. Técnicas que cuentan con la complicidad del ojo para ser percibidas en toda su magnífica impureza. Y allí está la musa, menuda, modesta, con la disimulada fascinación de un chiquillo que doma un balancín, cómplice de los dos maestros que se comunican a media voz secretos enigmas, vedados al resto de la humanidad. Acerca los pinceles trocados, confunde la intención y logra otra nueva, contribuyendo según su entender a la anarquía que acaba dando de sí fingidas imágenes, sustitutas aventajadas de la realidad.

No ignora la musa, a estas alturas, que el óleo prefiere el lienzo de lino al de cáñamo, precisando un secado de casi doce meses antes del barniz para no virar al amarillo; así, experta, puede valorar los trabajos obsesivos que Picasso se toma para hacer de las “Demoiselles” el Cuadro. Durante el otoño de mil novecientos seis, sirviéndose de sus incorpóreas manos, de sus ojos transparentes, junta la musa cincuenta y ocho ensayos y los aglutina en un cuaderno: lápiz y tinta china sobre el papel de las hojas apaisadas, cosidas con un cordel y protegidas del roce por unas pastas de cartón recubierto de tela: desnudos de frente o de perfil, erguidos o sentados, en movimiento o estáticos; retratos, autorretratos, cabezas, rostros, manos, orejas, pies, y varias páginas en blanco que contienen mil proyectos aún sin

concretar, los más airosos.

Kandiski, Klee y veintitrés pintores cuyos nombres o sobrenombres comienzan por Ka, como Kokoschka, son acusados de copiar a Velázquez, Vermeer, Van Gogh y otros veintidós pintores cuyos nombres comienzan por Uve. Picasso es el defensor de los copistas dado su conocimiento de los copiados; y un cuervo que abre las alas oscuras, negras de un negro azulado, rojizo y amarillento, de un negro rodeado de negro, en representación de los pintores que comienzan por Erre, Rivera el primero, se ocupa de los intereses de los copiados. Hace de juez el Sentido Común y demuestra que no hay tal plagio; se apoya el carpintero en las tablas de los peldaños iniciales, en su intento de colocar las duelas de los posteriores, previos a los que alcanzan al segundo piso.

Atravesando una laguna creativa descubre la musa al Pintor, sumido en recuerdos que puedan servir de asidero. Rememora un paseo en mula desde Tortosa a Horta de San Joan; cuyo recorrido le mostró la vida y su ensayada parsimonia: un jefe de estación silbando sin pito la orden de salida al tren y un pastor mudo que se expresaba con gestos cargados de energía, punzones las manos grabando mensajes en el encerado del aire.

Manifiesta Picasso a Fernande Olivier la belleza del arambol en su nuevo estudio de la *rue* Ravignan. Penetra la musa tras ellos en las mágicas formas de un edificio ignorante del arriba y abajo, laberinto ruinoso de escaleras, puertas y pasillos. En el *bateau lavoir*, nombre dado al espacio por Max Jacob, la musa vivió a sus anchas rodeada de poetas, filósofos y escultores, que enlazaban sus discusiones artísticas y filosóficas con diabólicas y angelicales avenencias.

El día en que Picasso cumple veinticinco años, se sincera con el dulce amigo Juan Gris tratando de aligerar su íntima carga. Como el subversivo que

trama arrojar una bomba al paso del rey, le avisa con voz de secreto: "El cuadro que ahora concluyes, signado Juan Gris, alcanzará el honor de ser el último del orden arcaico," y lo apremia, porque en solitario emprende la cruzada. Lleva él, en su interior de auténtico revolucionario, mil lienzos enroscados como serpientes y cuatro más enmarcados, entre ellos están, la Mujer ante el Espejo, las Señoritas de Aviñón y el enorme Guernica, que le causa un daño atroz en la frente y en el pie derecho donde coinciden dos esquinas.

Intentando las Demoiselles d'Avignon, el verano de mil novecientos seis, para hacer muñeca toma apuntes; uno de ellos, en gouache sobre papel, lo forman Tres Desnudos –dos mujeres y un hombre– y escribe en los márgenes frases poéticas que rompen el encanto existente estableciendo otro nuevo, entronizando a la palabra como signo pictórico, acrecentándola, espigando el dibujo. Ahí se conjugan las claves arcanas que representan el cosmos, portado –objeto de la gravitación universal– debajo de la boina, sobre las recias mandíbulas.

Toma Picasso prestados los lienzos que más le interesan en ese instante, dominio de maestros: *El Baño Turco*, de Ingres; *Las Tres y las Cinco Bañistas*, de Paul Cézanne; *El Quinto Sello del Apocalipsis*, de El Greco; *El Desnudo Azul* –recuerdo de Biskra– de Henri Matisse; *Las Bañistas*, de André Derain, entre ellos. Acepta, también, el arte prehistórico introducido en su cabeza a través de los ojos, lucernarios inmensos; y empareja, bueyes de su carreta, a la técnica aprendida con las aspiraciones que le impulsan a alcanzar lo sublime. Uncida la yunta, agradece a su padre la férrea disciplina inculcada, rigidez de normas que le ha sido muy útil. Hace meses que acarrea el caldo nutricio, veinticuatro horas diarias en los meníngeos matraces, hasta que la reacción se produce y pinta, ara, surca el mar con su navío bordeado de cañones y alcanza tierra firme en el esquife ligero. Días enteros, noches enteras, fragmentos, figuras completas, ensayando, analizando,

mezclando como alquimista buretas y pipetas, conjugando como músico piano y violín, rasgueos de guitarra; hasta que va saliendo el cuadro miembro a miembro, esquinas, bordes, tormento a tormento, siempre en presencia de la musa, que toma nota de cuanto ve y cuanto sospecha, para que la posteridad conozca las dificultades de ese parto. Se suceden las cuatro estaciones, frío y calor, inquietudes y certezas, y la musa comprende –lo aprecia en la amplitud de la mirada con que el pintor la contempla– que Picasso está satisfecho de esa pintura tan avanzada. En cuanto se seque y el barniz no suponga un peligro para los colores, al margen de las coordenadas conocidas, habrá de colgarse de la bóveda celeste *Les Demoiselles d'Avignon*. Ha vertido en ella su acervo íntegro y si no es el Cuadro está a un palmo de serlo. Sabiéndose capaz, cree el genio llegado el momento de prepararse para el Guernica, que quizá tarde en llegar treinta años.

La musa sorprende enfermo a Picasso, úlcera abierta en el estómago, saco receptor de todos los males. Sabe que el doctor Guttman no le ausculta la mente, allí donde en realidad se asienta la dolencia; si lo hiciera hallaría un virus que se debilita y refuerza a intervalos irregulares, un germen que no se puede destruir sin matar la propia vida porque es su raíz. No merece la pena levantarse en semejantes días, cuando el bacilo posee las fuerzas que arrebató; no merece la pena pintar, ni hablar con Balthus sobre pintura. “Qué sabe él, qué sé yo, qué sabe nadie del retrato; qué sabemos los pintores del aire que envuelve a las figuras, de la sangre que va y viene por venas y arterias, de los sentimientos y opiniones que anidan en cabezas o pechos, de la savia que fluye en las agitadas ramas del olivo, de la eternidad que hace sensibles a las piedras; qué conoce el hombre de la esperanza del hombre, humanizadora de lo observado y entendido; de la estrella polar que ordena al caos en cosmos frente a ella, marcando la senda a todo el universo nocturno; qué sabe nadie de lo desconocido, qué sabemos los

pintores de pintura.”

En un momento de tregua determina irse a la casa de Dora Maar, situada en la Vaucluse. Llegado a Ménerbes, para calmar la opresión enciende la chimenea y observa quedamente el fuego, traza líneas móviles sobre múltiples hojas de papel, las dota de la suficiente profundidad para que se perciban todas las llamas, una tras otra, una delante de otra, una al lado de otra, separadas las unas de las otras; aislándolas, individualizándolas y concediéndoles la importancia que no le dan al insistente dolor –avisador del mal como alcandora en collado– ni el médico ni los que se dicen amigos. Desea leer las cartas de Olga Koklova: letras desiguales mezcladas sin orden ni concierto, márgenes invadidos, líneas dibujadas de arriba a abajo, expresándose en todos los idiomas conocidos por ella –ruso, español, francés– o por ella inventados, perfilando ondulaciones de náufrago que se arrastra en el desierto. Y al menos durante un segundo, cree a Olga la iluminada que conoce el secreto, esa revelación esperada desde los cinco años, cuando colgó en el recibidor de casa su primer retrato. Allí, en los poemas que son fagonazos, está ella con su sabiduría animal, con su telúrico conocimiento de las tormentas y la caña de medir los acantilados.

De improviso resuelve correr hacia la pequeña Maya, dejada en manos de Marie-Thérèse Walter, quien educa a su niña para ser hija adulta de Picasso. La actitud materna lo irrita y cede al impulso de romper apuntes, incluso obras acabadas que reinicia de nuevo con furia, porque la destrucción suele apaciguarlo y el renacer dota de plectro a sus cuadros insulsos. La musa nota que Picasso, el pintor genial, se suicida y abdica en el hombre, un individuo de ferviente mirada fugitivo de sí mismo; sabe que existen estímulos a miles, aptos para sacarlo de la apatía y situarlo frente al mundo, dispuesto a modificar la órbita prevista; por eso toma nota y finge indiferencia.

Los encuentros de Picasso con Neruda comienzan –asegura la musa– en mil novecientos treinta y cuatro, alrededores de la Casita del Príncipe, en El Escorial. Pasean solos por los jardines en animada charla, almuerzan juntos y, por separado como han ido, regresan a Madrid con sus íntimos. Poco se sabe de esta primera entrevista, propiciada por la Embajada de Chile a iniciativa del agregado cultural; la musa no reveló los asuntos tratados ni la profundidad del coloquio, tan sólo se conocen dos detalles: lamentaron la marcha insegura de la justicia social, intercambiaron libros. Picasso regaló uno de ellos a Olga Koklova, la Araucana, de Alonso de Ercilla, en un último esfuerzo dedicado a impedir la ruptura.

Es París, sin embargo, la villa que ve nacer un profundo sentimiento entre ambos a pesar de la diferencia de edad. Tiene Pablo Picasso cincuenta y seis años y Neruda es un joven de treinta y tres, vehemente y orgulloso. Pero ¿no es el orgullo la fuerza que impulsa en ocasiones al pintor? Trabaja Neruda en ese año de 1937, segundo de la Guerra Española –recién llegado de ella– en un libro difícil y aflictivo: “España en el Corazón”. Como dos embarazadas que se intercambian experiencias, él y Picasso, que esboza el cuadro “Guernica”, agotador y doloroso, se orientan el uno al otro disolviendo dudas que van más allá del mero arte, introduciéndose en la filosofía de los conceptos. La madurez de Picasso se impone y admite Neruda sus sabios consejos como gotas de un elixir prodigioso y escaso. Son frases de amigos tolerantes las que se cruzan a propósito de los poemas que Picasso escribió en mil novecientos treinta y cinco, tratando de llenar el hueco dejado por la pintura tras su separación de Olga y el consiguiente abandono de los pinceles. Los escritos, florecidos de ilustraciones que enriquecen, muestra con pudor de colegial al poeta consagrado, encontrando ahí el punto de equilibrio entre lo dado y lo recibido. “¡Soy un Pintor anciano y un Poeta en pañales!”, anota la musa que acertó a exclamar.

Si no busca la coincidencia con Neruda, ¿qué persigue Picasso al escoger entre sus ocho nombres el de Pablo? ¿Qué lleva a Ricardo Eliecer Neftalí a adoptar de manera oficial el nombre de Pablo en sustitución de la frondosidad onomástica, de no ser el deseo de coincidir con Picasso? Diferencias hay, seguro, en su relación; porque dos caracteres tan fuertes como los suyos por fuerza han de chocar. Los ve con sus ojos vacíos la alta cresta, férrea mirada de la torre Eiffel: pasean juntos, bien por una orilla bien por la opuesta a lo largo del Sena, discutiendo en tono amigable de política y de mujeres. Mueren los dos Pablos en mil novecientos setenta y tres, puestos de acuerdo definitivamente, después de la ausencia de trato que marca indeleble una última tarde en el Trocadèro, la víspera del viaje de Picasso a Antibes.

Desarrolla el genio mucho amor a la obra de los demás, y no es frecuente en este período de luchas cuerpo a cuerpo: recalca el tono admirativo la musa al decirlo. Los adorados en uno u otro momento forman una hilera estirada. Y no es sólo de grandes, también los menores la integran. Si se da la valía, por oculta que esté, Picasso la descubre y la pregona. ¡Cuánto le deben los otros! Casi tanto como le adeudan las artes: la pintura en la que fue primero; la escultura, rendida como novia enamorada; y la arquitectura, que recibió esbozos de itinerarios nacientes. Tanto como se obliga el siglo, responde la musa embelesada.

Difuso evoca la musa un entierro en la Provenza, época amable de la cerámica, al que acude acompañando a Picasso. El recoleto cementerio mediterráneo, arraigado en la antigüedad clásica a través de la etimología del nombre, dormitorio; es, en efecto, lugar de descanso formado por patios ajardinados. Allí, área *non sancta* destinada a los suicidas, el pintor y su musa forman parte de un multitudinario cortejo funerario. Despide el duelo a una joven que el cristal del ataúd permite ver: pálida novia coronada de

rosas albas, velo de blanquísimo tul. Las rocas –dolidas por no poseer entre sus facultades la de ablandarse a voluntad, lecho de plumas, esponjosos vellocinos de cordero– recibieron el cuerpo empujado por la desesperación desde lo alto del acantilado. Recién salida de la adolescencia, el amor de un experimentado amator la hizo corro, rindiéndola sin condiciones. El bandido, ya casado, faltó a la cita en una ermita dispuesta para la ceremonia nupcial; y la novia, privada de la dicha y burlada, corrió hasta el despeñadero. Pretende la musa alardear del pintor interesado por lo que le rodea, pasto de su arte, en los días aquellos de Antibes, Vallauris, Mougins y Vauvernagues, cuando buscaba senderos fuera del camino, descubriendo Levens, Saorge, Breil, Lerins, Vence, Fréjus, Valbonne, Robion. Sisteron, Digne, Sourribes y muchos otros, en los que se empapó de arte románico.

Percibe la musa la tensión que Picasso origina en su entorno inmediato; sucede cada vez que el genio entra en las estancias donde otros charlan desenvueltos, incluidas sus mujeres o dilectos amigos. Es como si el revisor llegara al área del tren donde dormitan viajeros sin billete; como si una autoridad central visitara de improviso a los delegados de provincias. Olga escapa a este influjo, ella actúa con la indiferencia deseada por el propio pintor.

Rememora la musa sendos viajes de Picasso, uno de ellos a Polonia, motivado por el Congreso de la Paz; y el otro a Rusia, llamado por los expositores de su obra en Moscú. Esas aproximaciones representan dos oportunidades de visitar Leningrado. Medio en broma, cumpliendo el arcaico ucase del zar Pedro I, el genio entrega a los mandatarios de la ciudad una piedra añadida a su equipaje, un canto rodado con forma de madre que abraza a su hijo, recogido en Málaga durante su última estancia. En el centro de la urbe, a orillas del Neva, en el antiguo Palacio de Invierno lo espera el Ermitage: lienzos, esculturas, grabados, monedas y un variopinto muestrario de diversas culturas. Ocho días ocupa el periplo, decidido de antemano según sus

preferencias, y una infinidad de anotaciones y multitud de apuntes dan fe del aprovechamiento. Recorre luego la ciudad: parques, castillos, museos y palacios, dedicando unos días a conocer alfares de porcelana cuyos métodos enlazan con los empleados por chinos y sajones.

En su fecunda madurez recibe Picasso montañas de testimonios en todos los idiomas: libros de arte, novelas, revistas, ensayos y documentales que lo tienen como objeto de su redacción o hablan de él en alguno de sus capítulos. En caso tal, muestran, mediante un papel doblado, las páginas concretas. Junto al llamado "Andén de la Estación", único lugar de la casa donde la convivencia se hace posible, se va acumulando un variopinto muestrario que espera la mirada crítica del interesado. Sabe la musa que el Genio, vivo, se ha convertido en un valladar y que, muerto, desencadenará un torbellino de acciones, de información, de estudios, de homenajes; y oye musitar con voz ambigua a los otros, a los sufridos oponentes, a quienes esperan que la sede del dios quede vacante: "Picasso, siempre Picasso; como si todo en él empezara, como si todo en él concluyera."

En verdad es así; quien venga detrás, si quiere hallar el espacio exacto de la pintura, habrá de subir al desván de la improvisación o bajar al sótano de las raíces. No recuerda la musa, sin embargo, haberle oído pronunciar esa frase tan divulgada: "yo no busco, encuentro". Picasso es pródigo en frases de fuste y no necesita atribuciones espurias. Los chistes, las anécdotas graciosas, las humoradas al hilo de la acción menudean en sus charlas, hasta que una ventolera de malhumor arrasa todo vestigio de mansedumbre.

Ha ido la musa viéndole atesorar minúsculos restos, objetos sobrantes del quehacer cotidiano –un cordón de seda, un clavo de herradura, un botón de nácar– a la espera de hallarles una posterior utilidad. Así, la memoria del rayo que mató en Horta de Sant Joan a un anciano y a su hija, se hace pre-

sente y le ayuda, cuando, diez, veinte, treinta años más tarde se enfrenta Picasso a la carencia de luz en un retrato de hombre, convirtiendo su trazo sombrío en pincelada resplandeciente. Ignora lo que va a aflorar cuando se sitúa frente a un lienzo en blanco; son las primeras líneas las que sugieren el camino a las siguientes y la brochada inicial la que llama a las otras. En los veinte años que dura su atardecer, cuando ya no es vanguardia, concluida la pintura juzga incompleto el trabajo a sabiendas de que está terminado. En esos momentos de fragilidad emocional desconfía de sus fuerzas, de los logros conseguidos por su dedicación, pero está convencido de haber visto el Cuadro de cerca, de haberlo tenido varias veces en el extremo untuoso de los pinceles, al alcance de los dedos. La musa, avezada a cotejos difíciles, conocedora de cada palmo de la obra de Picasso, está persuadida de que en la Exposición Última, organizada con ocasión del fin del mundo, habrá dos cuadros del genial pintor. Les Demoiselles y Guernica formarán su aporte, considerándose el resto repetición o ensayo. Porque si al Guernica le falta color según los detractores, le sobran fuerza e ingenio, desborda comunicación y energía. Constituye en sí mismo un moderno anuncio publicitario, el cartel de una valla pacifista, un grafismo sublime que incita a la paz más y mejor que la suelta de miles de palomas.

Rugen pesados los aviones repletos de bombas y dejan caer a intervalos medidos su mortífera carga. Todo en el suelo se quiebra a la llegada de la potencia explosiva, todo se deshace. Piedras, plantas, animales y personas diluyen su existencia. Hay un clamor que es rugido, bramido animal, desgarrar de vísceras humanas, desgajar de troncos, fundir de órganos. Y el Pintor, que acumula la rabia de todas las heridas, pinta los horrores que siente ante las guerras. Es Picasso un prodigioso creativo en el Guernica, y nada que se acerque a ese Cuadro se ha pintado después. Ningún original salido de las afamadas agencias de publicidad convence tanto. El mensaje del tar-

jetón postal explota en todos los corazones.

Llega la Navidad de mil novecientos setenta y dos por sorpresa, y la musa descubre a Picasso aterido, un cuerpo debilitado que si se mira en el espejo no se reconoce: facciones afiladas y ojos crecidos. Regresa a su mente el recuerdo de lo ya olvidado, detalles sin importancia de cuando era mozo, adolescente, niño. Valora lo trivial y cotidiano como nunca ha hecho y percibe en los objetos de su pintura una fuerza interior que alimenta la energía de sus brazos. El genio trabaja con el ímpetu del que anhela hermo-sear el juicio merecido a la Historia, con la intensidad de quien desea des-embrazarse de cien cuadros que aún bullen en su cabeza.

–Cuando no duermo, velas; no creas que no me doy cuenta. –Dice Picasso a Jacqueline, que ocupa, ya sin reservas, el inmediato territorio materno.

–Si duermes permanezco inmóvil para no despertarte. Espero con ansia tu próximo respiro, y no sabes lo que me tranquiliza notar la llegada del aire a tu pecho, ver que se hincha y afloja a intervalos regulares como un fuelle manejado por manos experimentadas. Debo estar alerta para prevenir cualquier retroceso. –Añade ella a modo de tímida confidencia.

–¿Cuándo descansas?

–No pienses que todo es vigilia; a veces el sueño me vence.

En la primavera del setenta y tres, como gotas iniciales de una tormenta, van llegando visitas al Mas Nôtre Dame de Vie, en Mougins. Gertrude Stein es la avanzadilla, y trae como presente, piedra sobre piedra, la iglesia de Santa María de Tahull, incluido el Pantócrator. La sigue Pablo, hijo del pintor, que descubre bajo el brazo una gavilla de rayos solares filtrados por las vidrie-ras góticas de León y Chartres. Pignon, portador de una talla del Perú pre-co-lombino. Sabartés y un relieve micénico. Mondrian, albergando en el pecho

un ejemplar de "Rayuela", llega con la Maga y Cortázar. El abogado Schneider cabalga un toro de cinco años que luce seis banderillas en lo alto de la cruz. Elitis y Alberti, estopa encendida y violín afinado, llegan conversando acerca de un artículo de la revista "Verve" –mil novecientos cincuenta y uno– donde el griego comparaba al pintor con Alejandro Magno, pincel en vez de espada. Y por último Hélène, que guía un Amor niño sonrosado.

En la sala contigua a la alcoba oscura, residentes y visitas esperan sentados en rueda y hablan quedo. Algunos rezan, otros maldicen la debilidad de la vida, tan cargada de muerte que la desnivela. Ofrendan los presentes traídos a una deidad abstracta que ninguno nombra. Desean oponerse a la enfermedad y a la muerte, antropomórficas ambas, guerreras de negra armadura y espada flamígera; tratan de oponerse, pero ignoran como se activa el resorte que alza el puente levadizo y cierra la puerta de entrada en el cuerpo inerte.

Sobre el *ara pacis* del lecho, recoge Jacquelin en sus labios de los labios amados el último suspiro. Consume Picasso su agonía y la musa, dotada acaso de eternidad, le cierra los párpados y se dispone a vagar sobre las ciudades y los campos, iniciando la búsqueda de un artista de estirpe, renovadas inquietudes y voluntad indómita, a quien prohijar.

* * *

2. Memoria del 11 de marzo

Soltándose de su agarradero celeste, sobre mi desguarnecido cuerpo se precipitó el mundo. La chapa ardiente descendía como un meteorito. No pude apreciar toda su amenaza porque las milésimas de segundo escapan al cálculo humano y el humo envolvente protegía su avance. Ensordecieron mis oídos, las piernas dejaron de obedecer cualquier orden que exigiera movimiento, la cabeza, un año más tarde, no halla explicación verosímil a lo sucedido.

En el hospital evitaron el desarrollo de la noticia, su vertiginosa propagación; isla de asepsia, nadie hizo tertulia utilizando el asunto del funesto desastre. Las visitas, aleccionadas por el personal sanitario, defendieron mi mente de su propia maquinación, de su roer dañino. Los expertos tratan aún de unir en mí el antes con el ahora, empalmando la cinta de los días rota por las explosiones.

Pensamientos espontáneos de personas que procediendo en nombre propio encarnaban a la humanidad, de los escritos aparecidos en los altares ardientes, de los papeles fijados a los muros, sentidas expresiones de repulsa, condolencias; mis amigos me trajeron un poema firmado con las letras mayúsculas P, S de J, iniciales quizá de nombre y apellidos. Los había a miles, algunos dotados de valor literario, otros despreocupados de los aspectos formales; supongo que éste se hallaba más a mano. Me lo leyeron con voz entrecortada y supe lo que los demás sabían: los estrictos hechos desprendidos de sus causas. Porque me ayudó a comprender lo incom-

prensible, selecciono el núcleo, el meollo; y reproduzco aquí las estrofas que lo enclaustran.

En la apocalíptica escenificación del último desastre
los esbirros del terror atacaron a la sociedad en sus cimientos
con bombas repletas de fanatismo y de barbarie.

Perseguían el número, la turbamulta, el humano hormiguero,
caja de resonancia de su falsa razón inconfesable.

Al instante los cuerpos fueron acericos agujereados de metralla,
lavarón el suelo litros y litros de sangre efervescente,
cubrieron raíles y traviesas pedazos de carne adheridos a la chapa
y un desgarró de gritos huyó por las bocas abiertas en los vientres.

Incapaz la piedra, incapaz el árbol
incapaces el lobo y la serpiente
el tiburón y el leopardo;
resultaron ser infrahombres residuales, fragmentarios o cocientes
los únicos capaces de concebir tales estragos.

Sin embargo, más allá de la muerte conseguida, fracasaron,
más allá de comportamiento tan abstruso y tan cobarde
no fueron capaces de evitar que el cuerpo solidario
llevase su mano a taponar la herida inabarcable.

Ayer, tan sólo ayer –llueve sobre Madrid, doce de marzo–
el terror reventó trenes repletos de obreros y estudiantes.

Metáforas que si no evitan la crudeza de los hechos la suavizan, lo expresado en los versos suple mi carencia de recuerdos. De nombre Ibrahim, mozo de mediana altura me describo, cuerpo enjuto, rostro levemente oliváceo, cabello crespo de un negro brillante, ojos vivarachos, bigote atendido con esmero. Así debía de marchar en los momentos previos a la matanza, decidido el ánimo, marcial casi, resuelto. Integraba yo la masa laboral madrugadora, marea formada por obreros de diversas especialidades y categorías, encaminada hacia la producción de objetos, hacia su comercialización y contabilidad, hacia el ordenamiento diario de la vida, hacia su prolongación placentera. Era una de tantas personas diligentes que surgen a diario de las sombras nocturnas, orientadas por el impulso vital, por las crecidas necesidades básicas o por la inercia. Suenan en mi cabeza imperiosos los despertadores, las alcobas se iluminan de improviso, los cuartos de baño definen el orden de salida y las puertas de las casas expulsan cuerpos tensos recién pulidos. Al poco las bocas del metro vomitan ciudadanos pellizcados por la prisa y las estaciones del ferrocarril engullen viajeros hasta anegar los andenes: lenta marcha del segundero en el reloj, progresivos carteles de aviso, voces apremiantes de la megafonía, gris bruñido de los carriles que se juntan a lo lejos. Me uno a los impacientes cuando, dándose una maña admirable, suben al tren y conquistan asiento; viajo con ellos, miles y miles de ciudadanos de aquí, de allá y de acullá, capaces de acelerar el mundo o de frenarlo si armonizan sus voluntades y de común acuerdo empujan o resisten.

Al día siguiente iba yo a tomar posesión de mi puesto de jardinero; y el coraje me llevaba en volandas sobre prados celestes. Encauzados los asuntos legales –permisos de residencia y trabajo– lo demás venía a la zaga. El administrador de una casa de ricos me había contratado la víspera como jardinero del área común y encargado de la piscina. Uno de mis compañeros

de vivienda –la compartíamos siete emigrantes– un argelino de las proximidades de Saida que llevaba en España dos o tres años, cambiaba entonces de oficio y me propuso como sucesor. Tan buena fama se había granjeado que su dedo, al señalarme, me designaba. Por vez primera la zumba del reloj me despertaría a una hora razonable, las siete menos cuarto de la mañana. Podía prescindir de las dos camionetas y del tren, necesarios para llegar a la obra; un autobús y el metro iban a bastarme. Ganaba una hora y cuarto, y ya no viviría muerto de sueño.

El estruendo liberó arroyos de sangre, afluentes de alaridos, envolventes nubes de humo y desconcierto. Pared o techo del vagón al que me disponía a subir, se abalanzó sobre mí una chapa huida de la fragua al rojo, guadaña recién afilada. Perdí la consciencia y entré en el reino de las sombras. Una parte del poema –el corazón, la médula– enmarcada y protegida por un cristal, ha presidido durante mi hospitalización la cabecera del catre articulado. Ese fragmento fue, en los primeros tiempos, el asidero de mi apatencia de saber; luego, cuando la mente se fue haciendo a la idea que antes rechazaba, escuché el relato, sostuve conversaciones aclaratorias, vi fotografías. Y en estos días, al cumplirse un año de aquello, las emisoras de televisión han reproducido cien veces la tragedia.

Ave indefensa, como si fueran perdigones me alcanzan las imágenes y reproducen para mí el trágico momento con sorprendente exactitud. La ilusión despertada por el nuevo oficio, la merma del viaje que orillaba el uso del tren y la alentadora perspectiva de medro económico, víctimas añadidas de las bombas, fenecieron. Vuelvo a ser pluma, hoja reseca a merced del viento, pavesa volcánica. Levantados por la memoria imborrable, cuajados de velas alojadas en sus purpúreos estuches, trescientos sesenta y cinco días después, primer aniversario, me doy de bruces con los altares que no vi y percibo el color rojo en el trance decisivo de inundar el matadero. Flujo y

reflujo, el suelo, los canalillos y los aliviaderos desangran el recinto. Cuchillas, guillotinas, picas; y la esperanza, la rutina y la impaciencia se vuelven sangre y estupor. Ha pasado una eternidad desde aquello y las reiteradas preguntas se callan ante la visión rezagada del desbarajuste. El desorden se apodera del orden y lo sustituye al modo de los gobiernos asaltante y previo en un golpe de estado. Las razones no son cosa distinta de los hechos y el Universo se circunscribe al área convulsa. Sangre espesa, carne líquida, baldazos y baldazos destinados a limpiar el polvo acarreado por los zapatos, la grasa evadida de las fiambreras, hojas rasgadas de algún diario gratuito, cigarrillos a medio fumar, chicle masticado. Estruendo, turbación, sangre, carne desgarrada y residuos.

El mundo abreviado, concreto, inicia en un suspiro su expansión; a las exclamaciones de dolor se unen los gritos de socorro y los miembros heridos inician la retirada ayudados por los miembros sanos. Carteras, bolsas, taleguillas, mochilas, maletas, documentos de identidad y abonos de transporte, troceados, chamuscados, destacan sobre el andén. Rojizas huellas de calzado pintan senderos en el cemento de las baldosas; titubeantes, porque los solidarios ignoran adonde llevar su impulso. Los heridos son tantos que establecen grados y jerarquía en la gravedad, y quienes se estiman capaces ayudan a los que suponen afectados por un daño mayor; de suerte que –madeira de héroes– todos socorren a todos. Arrastran, yerguen, consuelan, ejercitan la hermandad. Gritos y trajín de cuerpos, el cataclismo ha sido consumado y el humo empieza a ralear. Los cuerpos inertes se someten a la prueba del espejo, y los que no alientan inician una capilla ardiente que crece y crece. Sirenas de ambulancias, llamadas telefónicas, fotógrafos, locutores y cámaras de televisión ofician de altavoces que cuentan al mundo lo ocurrido en las vías, en las estaciones, en los coches del tren, en el interior abierto de las personas. Brama Madrid. Utilizaron bombas: un grupo terrorista manipuló los

explosivos: el atentado fue obra de personas movidas por creencias. Personas, no; alimañas, bichos. Ni alimañas ni bichos, los seres estudiados por la zoología no se atreven; ninguna especie produce individuos dispuestos a engendrar tal horror. Zarzas, no; gatuñas, no; ortigas, no.

Enfermos mentales sin capacidad de discernir, cerebros regidos por insuficientes neuronas de axón atrofiado, pusilánimes sometidos a voluntades más fuertes, doctrinarios de aberraciones filosóficas: ellos distribuyeron la muerte por los vagones del tren. Dictando sus pasos habían de estar los inductores: unos cuantos visionarios empeñados en salvar al universo mundo de su equilibrado compás y algunos intrigantes que obtienen un beneficio mínimo de la enorme destrucción causada. El dogma, sucedáneo de la lógica a quien suplanta, fue su herramienta.

Necesitado de explicaciones categóricas, el hombre busca el origen de todo lo existente y va tras el supremo hacedor y su propósito. Descubre el futuro y concibe la propia trascendencia, distintas formas de inmortalidad. Pergeña hipótesis que tienen en cuenta los avances del pensamiento y los signos que los corroboran. La lógica es una azada que abre, cavada a cavada, el subsuelo; una escala que asciende, peldaño a peldaño, a las alturas. Tal ejercicio resulta laborioso; por eso, cuando el hada madrina muestra al hombre la varita mágica de la fe, el hombre acepta una demostración. Con la fe, razón ajena, alcanza el centro de la tierra en un instante, y en otro el cenit; sin progresión, sin análisis, sin el menor esfuerzo. La razón hace de la duda punto de partida; la fe posee la certeza incontrovertible. La razón elabora teorías abiertas a nuevas razones, la fe establece dogmas cerrados al análisis. El tiempo pasa, unas teorías suceden a otras, continente y contenido se transforman. La naturaleza entera es tornadiza: piedras, plantas y animales; la evolución parece ser norma universal. Sólo el dogma permanece –aciertos y errores iniciales– incrementando su desfase.

Mi nombre, Ibrahim Ksar Alkebir, no volverá a tener importancia; la biografía tampoco. Siete operaciones consecutivas me han recompuesto y ya no soy el que fui. He perdido al niño obediente que tras acarrear agua y leña se interesaba por los textos escritos, indescifrables, empeñado en conocer las claves que rompieran su cerrazón. Atrás queda el muchacho despierto que aprendió a leer con muy poca ayuda, el soñador que estudiaba los mapas deseoso de hallar la senda que en la antigüedad llevaba a la región ignota donde las gentes, con independencia de las circunstancias de su origen, gozaban de las mismas oportunidades. Atrás queda el joven que se lanzó a la aventura y cruzó el Estrecho, disimulada unión de África con Europa, sabiendo que esa ruta no iba a la tierra de sus ensueños.

Agnosia: apenas queda correspondencia entre lo que soy y lo que fui; no me reconozco en los míos. Mi identidad actual emana del venezolano llegado de Ciudad Bolívar, minero en El Pao, que tras rescatarme de la chapa abrasadora y cortante, entregó una buena porción de su sangre a mis venas. La reiterada cirugía precisó luego otros donantes; así que de mi sangre originaria –padre, madre, abuelos– sólo quedan vestigios. Víctima musulmana de extremistas musulmanes, me salvó el arrojo sobrehumano de un infiel; infieles me recompusieron y durante este año decenas de infieles se han ocupado de mí: no es de extrañar que las enseñanzas religiosas recibidas en la adolescencia reclamen correcciones a diario. El mismo Dios y raíces compartidas, los cristianos, a quienes se refiere el profeta para bien o para mal en aleyas de distintas suras del Libro Sagrado, me han tratado como a uno de ellos o, si cabe, mejor. Extraño para cualquier religión, el psicólogo que transcribe mi enfoque de los hechos sustituyendo a mi mano diestra, todavía torpe, redactor encargado de ordenar mi decir embarullado, se manifiesta agnóstico. Duda de Dios y cree en mí a pies juntillas. Hijo es de la duda y del convencimiento; y yo le

considero hermano porque ha liberado de mi interior el vigor secuestrado, el arranque y el empuje que antes poseía a brazadas.

El próximo lunes iniciaré una nueva andadura: recomendado por el psicólogo que endereza mis pasos, voy a trabajar bajo su tutela. Daré testimonio de mi propia mejoría y, sirviéndome de la experiencia acopiada, animaré a los remisos, a quienes se encastillan en el sufrimiento, a los que mantienen el libro abierto en la página donde se representa el desastre. El Alto Comisionado para las Víctimas del Terrorismo, organismo recién creado, ofrece un equipo de psicólogos al que presta ayuda un grupo de víctimas ya redimido, gente que ha experimentado mejoras y se enfrenta a los días con ilusión. Aliviado en buena medida tras las sucesivas intervenciones quirúrgicas, apeado de la silla de ruedas, me voy haciendo a las muletas y paso media mañana en los potros de rehabilitación, estirándome, reforzándome, retornando en lo posible a mi ser. En cuanto cierro los ojos veo la chapa lanzada contra mi cuerpo desprevenido: un chafarote ardiente dueño de la fuerza recibida en la explosión, un disco solar que me deslumbra una y otra vez. Me dicen: "el tiempo y la voluntad sacarán a tu mente del laberinto, hilo de Ariadna que no debes soltar". Lo creo, porque mi manera efectiva de enfrentarme a los problemas, sin librarme de ellos disminuye su efecto nocivo. No hay obstáculos insalvables: se saltan, se perforan o se rodean.

Al margen de cualquier confesión religiosa, de cualquier Dios, de cualquier mandato, se me ofrece la oportunidad de ser útil a los supervivientes de la tragedia que no logran recuperar el sosiego. Esperanza y reserva se mezclan en mi ánimo zarandeándome, renovándome. Esperanza y reserva se ayudan, se atemperan, aliadas en simbiosis fructífera. El próximo lunes, día catorce de marzo, abordaré mi inmediato futuro y, aunque temo no estar a la altura requerida, deseo con todas mis fuerzas que el lunes llegue cuanto antes.

3. El enmarañado caso que me llevó a Ginebra

Tiene todos los visos de ser el mes de abril el que nos envuelve, sin embargo, estamos en agosto, en los últimos días para ser preciso; y el año que recorreremos corresponde en el recuento cristiano al mil novecientos noventa. Podía ser otro el momento, el relato lo admitiría con ciertos retoques de acomodo, pero la verdad sólo tiene un camino y a ella me debo. La temperatura agradable, las renovadas flores recién abiertas, el matiz esmeralda de los prados verdes, los cuidados setos de las áreas públicas y mi inexperiencia en estas latitudes, pudieron llevarme a error de no haber consultado el calendario una y otra vez con motivo de la organización del viaje. La ciudad es Ginebra, si bien anuncian Genève los carteles que me han recibido; ocurre que cada idioma traduce los nombres geográficos siguiendo unas reglas que ignoro. Si el tiempo puede admitir variaciones sin trastorno grave, el lugar, no; o es Ginebra o la historia es otra muy distinta.

Tras caer desde un segundo piso –me recibió en sus brazos un resistente toldo que alguien, dotado del don de la oportunidad, había extendido a tiempo– inicio, a mis treinta y ocho años, una nueva existencia. Magulladuras, contusiones y un susto de los que libran del hipo: hasta ahí llegaron las consecuencias; la afición, intacta; la ilusión, renovada. Pese a que la profesión de investigador privado activa todas mis potencias cada día, lo cierto es que ya no soy el atleta que era y estoy quedándome algo torpe para salir airoso de los equilibrios en la cuerda floja. Peligro cierto si se tiene

en cuenta que, en Madrid, ciudad donde fijé mi residencia hace ya veinte años y me ocurrió el percance, he de fotografiar amores clandestinos, adoptando, en casi todos los intentos, posiciones inestables, funámbulo sobre el abismo sin fondo.

Mas aquí, en los alrededores de Ginebra, desmintiendo mi edad, la sangre da brincos de avance y retroceso, de las aurículas a los ventrículos, de los ventrículos a las aurículas, con un rumor sonoro que ha de oírse a varios metros. Camino despreocupado mordisqueando una manzana roja, muestra gratuita de una tienda de esas que en los pueblos ribereños del lago ofrecen sus mercancías abriendo las puertas a los transeúntes. Avanzo despreocupado y, optimista como soy, observo el presente desde una nueva perspectiva; encontrándolo terso por fuera y jugoso por dentro: fruta madura, muchacha en sazón.

El hotel en que me alojo, situado en el número 47 del muelle Wilson, ostenta un nombre a primera vista apropiado: President; y luce sin provocar extrañeza una placa poblada con cinco estrellas rutilantes. Al llegar al suntuoso establecimiento me dirigí en primera instancia al encargado de recepción, contestando con leves titubeos a sus elementales preguntas. Ante el conserje hablé algo más, dos o tres frases referentes a las maletas. ¡Qué delicia!, por fin podía dar utilidad al francés aprendido en el bachillerato; ¡y me entendían!

Facilita cobertura ostensible a mi viaje la asistencia al Congreso Europeo de la Investigación Privada que, celebrado cada dos años, tendrá su desarrollo a lo largo de miércoles y jueves. Dos centenares largos de husmeadores nos reuniremos en el Palexpo, en sesiones de mañana y tarde con el epílogo del acto de clausura previsto para la noche del jueves. Discutiremos a puerta cerrada, ¡qué menos, tratándose de agentes secretos!; debatiendo asuntos protegidos por la reserva profesional, sobre los que

el mismo programa no descubre gran cosa a quien carezca de la indispensable perspicacia.

La prolongación de la estancia carece de justificación. Un pobre diablo al estilo de quien les hace estas confidencias, que posee como único patrimonio su instinto, tal vez su cortesía, incluso una pizca de inteligencia bien organizada; no puede alegar que estira su visita sólo por placer. Y más llevando este tren de vida. Alguna excusa habrá que buscar con prontitud por si alguien indaga.

Mi caso no es único como pueden figurarse. Cuesta aceptar que detectives corrientes, de un perfil similar al que yo muestro, se puedan costear aposento y manutención tan suntuosos; así que resulta fácil deducir que les trae un propósito añadido, distinto al de comprobar la altura alcanzada por el célebre Jet d'eau. Asimismo, se concibe con dificultad, que más de doscientos investigadores venidos de cualquier país de Europa, tengan aquí un quehacer profesional coincidente con la celebración del Congreso. Pero si nos auxiliamos de la lógica convendremos en que así ha de ser: el turbio trasiego económico de las familias pudientes, del mundo empresarial y de la política –tanto la pequeña de cada país como la internacional– permiten abastecer de casos a los doscientos recién llegados y a doscientos más si aquí se presentan.

Entre nosotros existe un elevado pluriempleo, pues aquellos cuya moral es lo bastante laxa, llegan a aceptar encargos de dos clientes enfrentados entre sí en un mismo litigio. Pero quedémonos en este punto, no avancemos más; pues metido en harina corro el peligro de irme de la lengua y confesar que conozco a quien investigó al marido por cuenta de la mujer y a la mujer por cuenta del marido. Sin embargo, en la profesión se encuentran nobleza y pundonor a calderadas; héroes anónimos afrontan a diario riesgos que ni todo el oro del mundo puede compensar. El oficio de investigador está aque-

jado, además, de una seria perversión enfermiza: aun al margen de la conveniencia profesional, se buscan explicaciones a todo, nada se acepta tal como aparece en el primer contacto. Conocido un fenómeno, nos vemos impulsados a destripar su oculto meollo hasta conocer esencia y sustancia. Es decir, diseccionamos por mero placer especulativo, ya se trate del Misterio de la Santísima Trinidad, de simples disposiciones de los gobernantes o de cualquier manifestación procedente de la esposa.

En este instante, por diversas razones, algunas ya explicadas, me siento en verdad satisfecho; además de los *donnadie*, la flor y nata de los investigadores está inscrita en la Conferencia. Los mejores, los más sagaces, quienes gozan de una capacidad deductiva excepcional, los genios de mítico apellido reverenciado en la sociedad aventajada, protagonistas de relatos extensos, aquellos que cobran verdaderas fortunas por arrojar luz a encargos oscuros carentes de solución. Se rumorea que una personalidad ya retirada, oriunda de la Gran Bretaña, desconocida para el gran público, explicará en la clausura como dio con los ladrones del banco ambulante que era el tren correo. Pero yo, para no desilusionarme si en el momento previsto no apareciera, hago oídos sordos. Resulta vano fiarse de los organizadores, individuos de espíritu comercial, que con tal de llenar las salas son capaces de difundir cualquier fábula que favorezca sus fines.

Situada en la confluencia de dos ríos y a orillas de un lago, me trae a la ciudad de Ginebra mi fama de baquiano, seguidor preciso de rastros difusos por trochas y desfiladeros urbanos. Del cero al infinito. Paso media vida liberando lamentos acerca del sino que me ata en Madrid a los embusteros infieles y a los afligidos traicionados, y en un año me pone delante de los ojos dos ciudades maravillosas. Meses después de Lisboa, Ginebra; pura carambola. Acumulaba yo verdaderas ganas de conocer la región, por lo que poco a poco atesoré suficientes mapas, planos y folletos para dar y tomar. Mi

cliente es la Embajada de Holanda en España, entidad seria y meticulosa; una de las pocas que anticipan la mitad de los honorarios y entregan carta de crédito para hacer frente a los imprevistos. Consiste el encargo, simple y llanamente, en seguir a P. S. Taljaard, de La Haya. Convertido en su sombra como suele decirse, he de ir anotando sus actividades, tiempo y lugar, por si alguno de los movimientos indicara un proceder extraño. Comodísimo, ¿no?; una suerte.

En la oficina de la compañía americana de alquiler de coches situada en la calle de Lausanne, ponen a mi disposición un modelo recién salido al mercado. Se trata de una bella máquina que ofrece cualidades de difícil conciliación: rapidez y seguridad, elegancia y sencillez, adelantos electrónicos y clasicismo. La discreción buscada se obtiene en Ginebra, al contrario que en otras urbes, por la ostentación; la riqueza y el lujo visibles, aquí, camuflan. ¡Si me vieran...! Ataviado sin posible reproche, luciendo en cada ocasión el traje requerido, parezco un adinerado al que aburre tanto disfrute. Existe un sastre de Hong-Kong que dispone de taller de costura en la plaza Mont-Blanc, junto al muelle y el puente de idéntico nombre. Diligente el chino como pocos, en tan sólo unas horas me ha confeccionado cuatro ternos a la última. La tarjeta de crédito sin límite y las direcciones adecuadas producen milagros, máxime en una ciudad donde los santuarios más concurridos entronizan, en el espacio destinado al objeto de la fe, la inexpugnable caja fuerte: suma de realidades tangibles e intangibles.

El Congreso de la Perspicacia, a cuyas sesiones asistiré en la medida de lo posible, es, como ya he dicho, el señuelo destinado a desviar las miradas de mi verdadero cometido: colaborar en el esclarecimiento de un crimen. El cónsul honorario del Reino de Holanda en San Sebastián murió envenenado hace más de cien días. Resulta increíble que la averiguación de un crimen de trascendencia europea, haya sido encargada a un especialista en infidelida-

des del barrio de Pacífico en Madrid. Me froto los ojos y pellizco las mejillas para comprobar si se trata de un sueño y me hallo aún dormido. La amistad con el Agregado Cultural de la embajada holandesa contribuyó lo suyo, supongo; y el hecho de que la policía internacional y los detectives privados, encargados del caso en primera instancia, no lo resolvieran con la suficiente prontitud y eficacia a juicio del Ministerio de Asuntos Externos.

Existe un cadáver enterrado en el cementerio de la ciudad de Utrecht, de donde era originario el difunto; contamos con el resultado de la autopsia, revelador de la presencia en el organismo de un tóxico muy enérgico; y revolotean montones de móviles y decenas de homicidas potenciales. Faltan el verdadero autor, el impulso originario y el procedimiento practicado; en una palabra, todo. Yo debo seguir a un sospechoso ya descartado, por si en una segunda ronda, repetición de los ejercicios mal hechos, sonara la flauta. En esa falla estriba mi compromiso, y me siento por ello más acuciado, obligado al éxito. A los compañeros de pupitre, capacitados de sobra para sorprender mi doble juego, en confianza amistosa les aseguro que acecho a un empleado infiel, diseñador de nuevos productos en una fábrica de artefactos electrodomésticos, porque, al parecer, facilita sus hallazgos a la competencia. Correspondiendo, ellos me cuentan otra mentira –más ingeniosa que la mía, eso sí– para justificar el disimulo de sus evidentes maniobras.

El diplomático, que gozaba de alguna popularidad en su patria, pensó dedicarse a la política; pero la familia y el sentido común se lo impidieron. Fue portavoz oficial durante el asalto protagonizado por oscuros elementos internacionales –recordarán ustedes– de la embajada sudafricana en Den Haag; y tras aparecer en los telediarios, sus cargos oficiales fueron siempre de cierta representación. Tanto progresistas como conservadores le ofrecieron un lugar en sus filas, mas no lo aceptó debido al enorme esfuerzo que le suponía alinearse tras otros, dados su carácter independiente y su hete-

rodoxo proceder. Llegado el momento del retiro fue nombrado Cónsul Honorario para el País Vasco –agradecida la Cancillería a sus muchos servicios– y fijó su residencia en Ginebra. Si bien, enamorado de la geografía y las gentes vascongadas, y debido a su tarea consular, viajaba cada cuatro semanas a la ciudad del Bidasoa. Hombre metódico, repetía los desplazamientos con una precisión asombrosa y hacía, por costumbre, escala en Madrid, donde visitaba la embajada neerlandesa; allí lo conocí.

De estatura mediana y proclive al incremento de peso, sólo una atención constante le libró de la obesidad y de la diabetes amenazantes. Los imprescindibles hidratos de carbono, un ejercicio físico moderado y dos sesiones de yoga semanales, lo mantenían en perfecta disposición para abordar los años venideros fueran cuantos fueran. La servidumbre que en Ginebra atiende a la familia –su esposa, dos jóvenes hermanos de color prohijados durante su época de segundo embajador en Pretoria, y un gato de Angora, orgulloso y manso– se limita a dos empleados: un matrimonio procedente de Hondarribia. Pareja discreta de antiguos pescadores, hace él de conductor, jardinero y hasta ayuda de cámara y secretario; y ella, de cocinera, dama de compañía y ama de llaves. Una porrusalda o un txangurro que, en cuanto a ingredientes, fueran más allá de la receta, podían ser la causa del fallecimiento; pero todos en la casa habían comido tales manjares y no iba por ahí la investigación. A pesar de las alabanzas que acerca de ellos vertía la señora, no quedaban exonerados de desconfianza los sirvientes. Es bien sabido, carente de coincidencia con los principios jurídicos de la democracia, para la investigación cualquiera es sospechoso mientras no se descubra al culpable; y aún entonces, cuidadito.

Llegado a Ginebra a primera hora del domingo, con tres días de anticipación sobre la fecha de inicio del Congreso, está en mi mano hacer excursiones. Nada frívolo se lo aseguro, todo dentro de un plan meditado a con-

ciencia. Me acerco a Villa Diodati, antigua residencia de Lord Byron. Soy, debo decirlo, profundo admirador del apasionado poeta. Mi natural romántico se encandila con la entrega de Jorge Noel Gordon –su nombre cierto– a las causas más desasistidas, yendo a través de la época en romería permanente. La lectura de “La peregrinación de Childe Harold” confirmó mi sospecha: en Byron la vida iba tras la obra, justificándola. Para nosotros los investigadores, la búsqueda de la verdad necesita al menos tres ojeadas: dos para descubrir lo visible, otra para lo oculto. En Hermance aletea la felicidad esperando a los mortales; eso sí, para hallarla se precisa un amor nuevo, viejos amigos, una cierta fortuna, tiempo libre e imaginación. A falta de algunas de esas condiciones visito el Parc des Eaux-Vives, el Castillo de la Bellerive, El Chalet de Lénin, St. Joseph du Lac, el Palais Wilson, la Villa Bhartoloni, el Palacio de la Onu, la villa de la Emperatriz Josefina, los castillos Rotschild y Rojo, la Villa Barakat del Aga Kan y el Castillo de Coppet. Todo cumpliendo con mi obligación, ganándome el jornal. En el Paraíso, cualquiera que sea el reservado para cada uno después de la muerte, no existirán, es de suponer, actividades como éstas, reparadoras de los rasguños que dejan las contrariedades habituales.

Vuelvo a la ciudad a una hora algo tardía, lo sé; no obstante, con la intención de expresar mis condolencias a los deudos del cónsul muerto, me acerco a su domicilio, Place Marteau, cerquita del hotel donde me alojo. Visita de un neto carácter social, destinada, sin embargo, a conocer el terreno que piso, pues no poseo mapa alguno que muestre el sendero a mis pies. No sé si lo he dicho, pero entiendo la vigilancia como anticipación. Procuro conocer del sujeto al que dedico mis desvelos hasta los pensamientos íntimos, tratando de colegir, más allá de su camino presente, que eso lo puede hacer un aprendiz avanzado, el camino futuro. Sabiendo antes de que ocurra si torcerá a la izquierda o a la derecha al llegar a la esquina, si se interesará o no por

el Museo Ariana, o si de entrar en una embajada lo hará en la de la U.R.S.S o en la de los U.S.A., me adelanto y evito que se sienta perseguido, convirtiéndolo en mi perseguidor involuntario; de modo que de alimentar el sujeto alguna sospecha, la desconfianza recaería sobre sí, desconcertándose.

P. S. Taljaard ocupa la habitación 623, lo descubrí en el registro al inscribirme. Los funcionarios de la embajada que me reservaron el hotel lo sabían. Podían habérmelo comunicado y, sin embargo, no lo hicieron; estoy convencido: me sobrevaloran. Dando a entender una indefinida nostalgia de tiempos pretéritos pedí la 523, cuyo techo sirve a la suya de suelo. Por casualidad estaba libre y en ella me alojo. Sería exagerado decir que siento el calor de su respiro, pero oigo sus pasos, el golpear del agua sobre el acero esmaltado de la bañera, el rumor de las conversaciones telefónicas, su receptor de televisión, el quejido suave de puertas y cajones; e imagino con todo pormenor sus movimientos. Por añadidura, si uno se da maña suficiente, se puede sacar buen provecho a los conductos de ventilación del cuarto de baño y a las tuberías verticales.

En el cuaderno de operaciones anoto que el señor Taljaard resulta ser un deportista consumado, al menos un individuo deseoso de mantenerse en excelente forma física. Nada más levantarse –y lo hace cuando el Sol, poco más o menos– inicia el ejercicio. Él y yo practicamos la carrera pedestre. Desde el hotel parte un circuito de poco más de tres kilómetros que bordea un espacio inculto salpicado de frondosos árboles. Llevo las de perder, pues para evitar ser descubierto me obligo a saltar setos y a sortear arbustos. Luego, cansado como un perro, desde el salón situado entre el gimnasio y la piscina cubierta, soy testigo del progreso conseguido por Taljaard en los estudiados aparatos, así como de los numerosos largos hechos por la calle central combinando diversos estilos. Tanto la gimnasia como la natación le ocupan un buen rato; pero madrugando como madrugamos, antes de las

diez estamos listos y dispuestos; yo para mis ocupaciones de espía, él para sus actividades malvadas.

El agua gobierna la vida que crece alrededor y, satisfecha, se recuesta en las riberas. Ninguno de los múltiples aspectos de Ginebra, ciudad y lago, destaca sobre los otros: el equilibrio la defiende y la atosiga. Ginebra es un concepto que los visitantes tratamos de dar cuerpo sin tener en cuenta a los naturales. Yo poseo aquí todo lo necesario para ser feliz; Naná me lo recuerda con su presencia, con la memoria de su perfume inmarchitable. Naná es la camarera que mira a los demás servidores del hotel por encima del hombro, subida a su condición de suiza, única entre colegas nacidos en países cercanos o remotos: yugoslavos, españoles, italianos, turcos, una pareja de filipinos. Por los ojos de Naná asoma, a sus treinta y dos años recién estrenados, una tristeza que otras personas tardan cuarenta o cincuenta en acumular.

Cuando puedo, si depende de mí, hago las comidas en el restaurante del Hotel President: facilita la rendición de cuentas y su cocina es satisfactoria. La dilatada carta permite una variación racional de combinaciones poco frecuente en los hoteles. Naná me sirve platos sabrosos en su punto de cocción o fritura, ensaladas plenas de diversidad vegetal y cromática, condimentadas con salsas que potencian el sabor individual y armonizan el conjunto; y unos postres donde el chocolate se erige en protagonista, guiando al ejército de seguidores –cremas, natas, confituras– a la más deliciosa de las victorias. Naná traslada utensilios y alimentos moviéndose con notable agilidad entre las mesas, eludiendo la amenaza de las sillas en avance o retirada, dando largas a quienes reclaman con urgencia su atención y abriendo en los labios una sonrisa franca, grisona al menos. Se desvive por dirigirme alguna palabra en castellano; fuera de lugar las más de las veces: buenos días o buenas noches cuando lo correcto resultaría decir buenas tardes dada la hora, influencia quizá del francés aprendido desde su romanche originario.

Aunque me cueste admitirlo, la presencia de Naná añade motivos a mi inclinación por el comedor del hotel; me agrada verla caminar y fruncir los labios finos y delicados, dibujando una tenue y armónica mueca cargada de melancolía. Necesito oír su vocecita, suave terciopelo teñido de azul y rosa pálidos, preguntándome si deseo tomar café que, como cualquiera de mis conocidos sabe, actúa como vomitivo o purgante en mi estómago. Azorada, trae la infusión a pesar de mi desacuerdo, interrogándose sobre el error cometido, al observar que pelo con precisión de cirujano las piezas de fruta y dejo la taza intocada. Insiste en sustituirlo por otro caliente y termino apurando hasta los posos en mi afán de complacerla. Compensa ella mi sacrificio sirviéndose de una expresión adorable en la que participan los ojos, rutilantes de felicidad, intérpretes fieles de la emoción sentida. Mi horario, avanzado respecto a la costumbre de Madrid, pero retrasado para la civilizada Europa, me convierte en el último comensal, el que comparte espacio y tiempo con los que levantan las mesas. Aprovecho el momento para cambiar con Naná, fuera del protocolo obligado entre empleada y cliente, unas cuantas palabras. Conoce de ese modo que soy investigador asistente al Congreso, y advierte mi interés profesional por el huésped de la habitación seiscientos veintitrés.

Se dirime una cuestión de grandes intereses en estos días, una guerra situada en el Golfo Pérsico. El petróleo, lucrativo y estratégico, es el quid de la cuestión. Como resultado inmediato de la contrariedad, en Ginebra, a la orilla del lago y en hoteles similares al mío, se guarecen los dueños de la tierra que reserva en su seno –área de Kirkuk– el bituminoso tesoro. Aquí y ahora se refugian, de igual modo, los amos del suelo –región de los pantanos– donde crecen los palmerales datileros más extensos del globo terráqueo. Tan acaudalados señores –unos y otros– han abandonado las plácidas y curativas fuentes de Kirnawa, Ain Kibreet, Hamman al Aleet, cercanas al conflicto,

para situarse a salvo de las armas que asolan el país. Tienen muy a mano el protegido capital, y caminan inquietos, seguidos de cerca por su femenina cohorte. Naná conoce el estado de las cosas por los informativos de televisión, y debido a que ocupa la planta tercera del President una familia afectada. Lo comenta conmigo envuelta en una cierta reserva y, con malicia cómplice, me habla de un joven heredero al que ha echado el ojo. ¿A cuántos de nosotros, inspectores privados –me pregunto– dará ocupación la escaramuza?

Acerca de P. S. Taljaard recibí un burdo informe que aprendí de memoria, por lo que pude dejarlo en mi despacho madrileño. No es que sea yo un portento de retentiva, sucede que el cuadernillo no contiene más de cuatro páginas incluyendo las fotos. Lugar de nacimiento, familia, educación, formación, experiencia laboral, situación social y económica, aficiones; y una plana entera de conjeturas sobre sus actividades delictivas, complejos cambalaches de la clase de información considerada sensible. Yo, que soy como soy y no deseo cambiar, trato de conocer si le conmueven las perlas de rocío que adornan las flores en la amanecida o el despegue de un avión supersónico, y el abanico de estímulos intermedios.

Dirige la operación –así califican a los casos importantes de verdad– el que parece ser el mejor despacho de detectives del mundo, la Agencia Kioto de Japón, poseedora de oficinas dependientes en New York y Berlín. Supongo que para cada tarea habrán seleccionado al mejor especialista existente en el panorama internacional; por eso albergo alguna duda respecto a mi participación. No pertenezco yo a su red de colaboradores, y aunque resolví con cierta maestría un par de asuntos que requerían rapidez y discreción, trabajando para la Embajada de Holanda en Madrid, y gozo de su confianza, debieron aceptarme los nipones a regañadientes.

Cabe, en detrimento de otras hipótesis más confortantes, que yo sea un peón de brega, la pieza menos valorada del tablero de ajedrez; y sólo eso.

Es una elucubración nada más, pero entra dentro de lo posible que los estrategas asiáticos, en caso de resultados mediocres, comprueben la idoneidad de los pasos dados por sus agentes, evitando con ello la persistencia de la torpeza. Puede que yo no sea más que el inspector del agente encargado, en su momento, de vigilar al facineroso llamado P. S. Taljaard. En cualquier caso, yo a lo mío y ellos a lo suyo; personaje principal o secundario, actuaré como lo hago siempre, con la cabeza despejada y los pies ágiles. En Madrid van y vienen por lo menos quinientas mil personas cada día, tratando de engañar a los dos millones y medio que procuran eludir el engaño; y yo no he caído de un guindo.

Mi cuadernillo de anotaciones registra circunstancias en apariencia anodinas: horas y nombres relacionados con los lugares en los que P. S. Taljaard repite, punto por punto, algunas de las excursiones que realicé durante los dos primeros días. A actuaciones semejantes me refiero al hablar de anticipación. En la mañana del martes, durante casi tres horas, a pie, admira las inmediaciones del lago y el famoso *Jet d'eau*, símbolo popular de Ginebra en el exterior. Camina descalzo a través de un verde trecho de parques floridos y compra extravagancias en el centro comercial; se detiene ante los edificios culturales más conocidos y frente a las modernas sedes de las instituciones internacionales. Voy con él por la ciudad vieja, la Catedral de San Pedro, el Ayuntamiento y el muro de los Reformadores. Varias veces se cruzan nuestras trayectorias, llegando a estar tan próximos, que la cortesía impondría el saludo inclinando la cabeza o levantando el ala del inexistente sombrero; pero o no me conoce o lo aparenta con buenos resultados. Lo sigo cuando sube a un coche gris y sale de la ciudad.

El hambre acucia a Taljaard; le veo rebañar los platos sentado a la mesa en un restaurante de Coppet. Lo acompaña un joven de aspecto dinámico

que habla alemán. Oculto tras unas plantas los pienso intercambiando comentarios relativos a madame de Stäel, la célebre impulsora del romanticismo francés, pues alternando el gesto señalan el castillo que sin duda ven por la ventana. A los postres recibe mi investigado un paquete del acompañante, un regalo según creo, pues la envoltura presenta ese aspecto. Ya en la calle, se separan. Taljaard toma la ruta de Nyon y llegado a la Villa se transforma en turista. Embutido en la piel de quien todo lo mira viendo en realidad muy poco, se sitúa en los suburbios de Lausana, cuyas calles recorre como si buscara la tienda de *souvenirs* en la que al fin penetra. El brillo resplandeciente de la vitrina me impide apreciar con nitidez sus gestos, pero comprendo que se salen de lo amistoso. Tras dejar en el mostrador el envoltorio recibido en Coppet y aceptar a cambio un recibo o un talón bancario, abandona el establecimiento y la Villa. En mi investigación se producen lagunas, claro; se dan lapsus, despistes; pero los rellena Naná con lo sonsacado al huésped de la habitación 623 en la sobremesa de la cena.

El miércoles parte Taljardo –he decidido llamarlo así por comodidad– hacia el pintoresco poblado de Gruyères: fortificaciones, castillo, pinturas, casas antiguas. Dentro de una quesería abierta a los curiosos se fija en los diversos tratamientos que la leche recibe, solicita mayor precisión, datos que sólo un experto valora, y un informe que aparenta llenar mil folios pasa a ser de su propiedad. En una hora y veintidós minutos estamos en Berna, cuya parte antigua recorre Taljardo –me agrada ese nombre– con evidentes muestras de aburrimiento. Terminado el almuerzo, olvidando el dossier encima de la mesa, me pone en un aprieto; pues dudo –y es raro en mí– entre seguirlo a él, de regreso a Ginebra por la autopista, o al paseante de edad avanzada que recoge a hurtadillas el librote. Dada la hora temprana me inclino por ir tras el holandés: aún puede hacer de las suyas. Sube a la habitación del President, y yo, pendiente del programa del día –de provecho máxi-

mo al tratar aspectos tan sólidos como las pensiones de jubilación y el subsidio de desempleo— a media tarde me incorporo al Congreso. Llegado al Palexpo, mi rostro adquiere la rigidez admirativa de quien descubre un dragón, el fantasma del enemigo sepultado o al casero que reclama varios meses de alquiler: Taljardo se sienta en las primeras filas y permanece atento a las resoluciones.

El jueves vuelve el farsante a las sesiones y allí, retornando a su mentida personalidad de investigador, desarrolla una ponencia relativa al intrusismo. ¡Qué desfachatez!, estoy por denunciarlo. Viste un impecable traje oscuro y, prendido en la solapa, exhibe con ostentación un distintivo de asistente —consta su nombre escrito en negro sobre el fondo azul desvaído— perfecta imitación del original. Su actitud deja de sorprenderme cuando recapitulo: los malos, para mantener sin deterioro las posibilidades de triunfo, han de conocer los métodos y procedimientos empleados por los buenos. Entre tantos asistentes no será el único impostor, supongo. Contumaz, se presenta también a la clausura, y yo actúo —por comodidad o inercia— con discreción; al fin y al cabo, me digo, el cierre es un acto protocolario, nada confidencial. En el colmo de su descarado saluda a varios colegas, charla con otros y no pierde ronda cuando los camareros pasean las bandejas de canapés. Tras analizar la situación doy cuerpo a una hipótesis que voltea el supuesto anterior: yo soy el encargado de vigilar al agente Taljardo, verdadero detective que sigue a un bandido cuya identidad ignoro. Durante unos momentos el desánimo me toma en sus brazos, pero mi carácter tenaz se sobrepone y regresa de nuevo a la labor, protagonista o comparsa.

El viernes, falto de la cobertura del Congreso pero librado de su servidumbre, mi trabajo se allana. Echo de menos, sin embargo, el enredo que la doble actividad añade. Pese a mi irregular asistencia, he podido comprender que la profesión tal como yo la concibo —el hombre tras el hombre con sus

mismas armas: inteligencia, ingenio, inspiración– se acaba. Vienen los tiempos de la tecnología, de la electrónica, de la informática, de la sofisticación. No me interesa ese futuro. Continuaré mientras pueda en mi pequeño mundo entrañable, sin artilugios que suplan a los largos años de oficio; después me iré a vivir al campo y pasaré el tiempo pescando o charlando con los viejos en la solana. En cualquier caso, interesándome por la gente, anticipándome a su necesidad de ayuda, impidiendo las conductas aviesas y desenmascarando a los culpables.

El viernes, digo, sin otra obligación que la de acechar al escurridizo sujeto, objeto de mis desvelos, puedo desplegar todas las facultades de husmeador. Sale Taljardo muy de mañana con dirección a la campiña: pradera, colinas, ríos y riachuelos, bosques, viñas, cultivos protegidos de la intemperie, pueblos típicos de la historia de la Reforma que conocí días antes. Mi coche escolta al suyo con dificultad, pues razones tiene para identificarme, y resultaría difícil imponer la lógica de mi presencia. Al regreso, escuchando las canciones típicas del lugar como quien oye llover, cena en el restaurante Edelweiss. Ocupa la única mesa libre y yo recorro los alrededores haciendo tiempo, añorando las airosas evoluciones de Naná, las afortunadas mezclas de verduras que son sus ensaladas, los sabrosos peces del lago, los solomillos tiernos, los deliciosos pastelitos escogidos entre los mejores por su voluntad de agradar, el cargante café inclusive.

El sábado siento deslizarse los minutos con monótono tictac, y cuando parece que me va a consumir el tedio, un imprevisto rompe la rutina. A medias marcha y carrera, finalizado su recorrido por los alrededores del Hotel, concluida la sesión de aparatos en el gimnasio y la actividad natatoria, Taljardo, precediéndome, penetra de improviso en Place Marteau. Sorprendido hasta el pasmo le observo presentarse en el domicilio ginebrés del cónsul envenenado. Se identifica como incondicional del diplomático,

con quien asegura haber mantenido correspondencia. Reclama una carta certificada, que el cartero devolvió tras dejar aviso. Minutos después de salir el holandés, belga mentido, el comedido mayordomo me lo cuenta. Mostró el extranjero documentación bastante a nombre de un tal G. Schouteet, enraizado en Charleroi, ciudad perteneciente a la provincia belga de Hainaut, señas exactas del destinatario. En consecuencia, convencidos de su sinceridad, le entregaron la misiva. No entraba en mis cálculos tal conducta, y aunque incapaz de reacción inmediata, intuyo que debo apoderarme de ese documento sin escatimar medios. Ya se crece mi ego, ya ocupo en la operación el legítimo puesto de agente elegido entre los mejores, ya me imagino persiguiendo al verdadero malhechor.

Salgo de la casa dejando al mayordomo con la palabra en la boca y, galgo tras la liebre, llego a la primera esquina al tiempo de verlo doblar la segunda. Gira en la tercera cuando lo diviso de nuevo. Menos mal: de pronto una calle larga. Un autocar de turistas japoneses invade calzada y aceras, llenándolos de bulla y desconcierto. Me viene que ni pintado el embrollo; un encontronazo, mano al bolsillo y la carta de Taljardo pasa a mi poder. Un sobre que contiene cheques de viaje y el correspondiente extracto bancario integran el botín; es decir, adversa y esquivada ventura, nada en dos platos. A la postre no he perdido el tiempo, ahora conozco que dos ingresos recientes hinchaban sus muy abultadas reservas.

¡Oh Naná!, *magnifique*. En cuanto se lo pido se presta a colaborar. Sale de la habitación 623 exultante, alborozada, con la carta oprimiendo el pecho bajo el uniforme. Me la entrega en el pasillo que lleva a recepción cerciorándose de que nadie la ve, pues arriesga la permanencia en el puesto. Lo pensé de esa hechura, es cierto; pero no puedo aprovecharme de la incipiente amistad que existe entre ambos. Naná sigue con exactitud mis instrucciones: entretiene al sujeto de nombre cambiante atándolo a una con-

versación anodina, mientras yo penetro en la habitación 623 con ayuda de la célebre tarjeta de crédito ilimitado, capaz de abrir todas las puertas según se sabe. A modo de red lanzo una ojeada experta a la alcoba de Taljardo, Taljaard o Schouteet, y en seguida hallo el documento. Está sobre el cenicero de la mesita de cristal, ante un diván color fucsia. A su lado, un encendedor de oro me explica con claridad la acción interrumpida. Se disponía a destruir lo que supongo prueba irrefutable, cuando algo le hizo bajar a recepción donde lo encontró Naná. Impulsado por un presentimiento instantáneo, intento prender el chisquero sin arrancarle una chispa que inflame el gas licuado. Bendigo a la diosa Fortuna mientras constato que el orden de los objetos –más allá de la ausencia de la carta– permanece intacto, y con sigilo abro de par en par una ventana y salgo por la puerta. He tardado dos minutos y dieciséis segundos, una eternidad si pienso en mis intereses. En ellos pienso, y dejando la misiva bajo la alfombra de mi cuarto, desciendo a zancadas con el inaplazable propósito de liberar a mi amiga de tan poco recomendable sujeto. Cuando Naná me ve, pone fin a su plática con un “hasta luego” que me inquieta; he tardado una enormidad y se habrá visto forzada a adquirir algún compromiso.

Entro en el ascensor invadido por el desasosiego, y ya en la habitación, recostado sobre la cama, la carta –una carilla manuscrita dentro de un sobre matasellado– me encamina tras la hipótesis que en mi cabeza va tomando cuerpo a poquitos. Aunque la lógica parezca decidirse, a la hora de elegir el habla de común entendimiento, por el neerlandés, lengua del Cónsul muerto y del propio Taljardo; acaso para añadir verosimilitud a la personalidad aparentada, la primera misiva se escribió en francés, y también la que yo poseo, simple contestación. Deduzco que el sospechoso no conocía al diplomático; lo escribió a su domicilio suizo para felicitarlo por la medalla recién otorgada y solicitar una sencilla información que venía al hilo del premio. Con el fin de

asegurarse la respuesta incluía el franqueo preciso y facilitaba una dirección de Charleroi y el nombre de G. Schouteet; falsos, según todos los indicios.

No puedo asegurarlo de manera tajante, es tan sólo una corazonada, pero subido a mi capacidad de deducción afirmo que poseyendo la carta me acerco una enormidad al arma homicida. Me mojaría si fuera agua; de ser fuego, me quemaría. El escrito devuelto a su remitente llegó cuando el diplomático había muerto y, a pesar de ello, mi olfato me dice que el funcionario murió por obra y gracia de algún elemento de esta inocente epístola, continente o contenido. Ni el texto es un bumerán capaz de volverse contra el redactor, ni el esfuerzo de escribirlo provocó en él una apoplejía; el contenido no guarda relación con el fatídico desenlace. La razón última del fallecimiento se encuentra en el continente. Ni hecho avión de combate o flecha acerada lo conseguiría el papel; entonces, ¿cómo sucedió? Entre tanta hipótesis una sola cosa es segura: el arma utilizada estuvo en contacto con el asesino, pero también con la víctima; fue el último nexo de unión, ocurre a menudo.

En su respuesta pone de relieve el Cónsul, la agradable sorpresa recibida al hallar en la carta llegada de Bélgica, tres sellos cuyo valor facial sumaba el importe que las normas postales suizas exigen para las cartas certificadas dirigidas al extranjero; signo sin duda de una personalidad amable y meticulosa. Mi inteligencia destapa en el gesto de Taljardo un cúmulo de posibilidades, pero al igual que Miguel Ángel, descubridor de su Moisés en el cubo de mármol, no descansaré hasta deshacerme del sobrante. Percibo una de las conjeturas surgiendo nítida de entre un millar, decidida a entregarme la base del argumento. Aguja en el pajar, aparecerá metálica, puntiaguda e indubitable.

Pero fijemos los pies al duro suelo, avancemos sobre la terca realidad. De no surtir efecto mi burda estratagema de abrir la ventana para que atri-

buyera a una corriente de aire el escape de la carta, ya como Taljaard el verdadero o como Schouteet el falso, el asesino intentará recuperarla. En ello le va, no la vida, pues esta sociedad ha humanizado un tanto las condenas, pero sí algo que convierte en preciosos los días vividos, la tan preciada libertad. Amparado en tal certeza, decido enviar la prueba al embajador de los Países Bajos en Madrid; carta y sobre dentro de un envoltorio de mayor tamaño, con el ruego de su férrea custodia hasta mi posterior comparecencia y explicación.

En una empresa de mensajería que tiene fama de ser tan rápida como eficaz, expido con premura el preciado documento y, a Dios gracias, al salir a la calle no veo a Taljardo como me temía. Crecido dos palmos sobre mi metro sesenta y seis, todo lo contemplo –objetos y personas– desde la atalaya privilegiada que proporciona esa estatura. A nadie extrañará, pues, que dé por concluidas las actividades de rastreador, y más ancho que largo, a falta de concluir el inexcusable informe, me tome la tarde libre. Confieso que estoy tentado de reducir mi exposición de los hechos a tres palabras: “Llegué, vi y vencí”; así de exultante me encuentro.

El tiempo huye, es medio día del sábado y el avión del domingo me devolverá a casa, a la rutina diaria, a las pesquisas sin fuste. Mi sueño se aproxima al desapacible despertar. Por suerte Naná libra y, en su grata compañía, metido en amor hasta el cabello, vuelvo a la villa de Lord Byron, a Hermance, a la naturaleza cultivada y a la poesía. Recorremos paisajes inolvidables que vamos integrando en nuestro corazón ávido de emociones; hacemos del momento un Paraíso intemporal y lo acotamos por los cuatro horizontes con altas tapias cubiertas de hiedra. Y al filo de la media noche regresamos al hotel rebosantes de dicha.

La puerta de la habitación 523, al abrirse, entrega a nuestra mirada el desconcierto que su interior alberga. Mis pertenencias desordenadas y el

desgarrado forro de la maleta me informan de una visita, llegada sin aviso previo, que no disimuló su afán de exploración. Por fortuna, ni Taljardo, ni P.S.Taljaard o G.Schouteet pudieron encontrar lo que buscaban, ya que lo buscado, alejándose a enorme velocidad del aeropuerto de Ginebra, habrá llegado a su destino. Sin dar tres cuartos al pregonero, Naná y yo restablecemos en lo posible el orden.

Aterrizo mi avión en Madrid a media mañana del domingo, dejo en casa el equipaje y, sin echar siquiera un vistazo a la correspondencia acumulada en el despacho, me acerco a la legación de Holanda donde el propio embajador me recibe. Presento el informe y, antes de entrar en su análisis y comentario, me desvela algunos secretos que mi sagacidad advirtió sola o en compañía de la intuición. Se disculpa por la escasez de datos con que he debido trabajar, mas añade en su descargo que de ese modo lo dispusieron los japoneses. Dado que mi presencia en el equipo dimanaba de una recomendación del agregado cultural; ajeno yo a su red de colaboradores internacionales, había de ganarme la confianza.

A toro pasado su proceder me satisface; de haber resultado yo un detective torpe que por impericia descubre sus naipes, sabiéndose el seguido bajo vigilancia, a más de mantener sus pasos dentro de una estricta ortodoxia habría alertado a los cómplices. No soy de esos, pero saber de antemano que P.S.Taljaard –uno más de los detectives asistentes al Congreso– era sospechoso de servir a una red internacional de malhechores, podía sustraer rectitud a mis actos en virtud de una camaradería mal entendida o de simple rivalidad. En ocasiones, una información excesiva –es la experiencia quien habla– lleva a guiar las indagaciones por caminos errados orillando el verdadero.

Con mal disimulado orgullo expongo ante los altos funcionarios de la Embajada la teoría de mi descubrimiento: “Llevó a cabo el asesino su exe-

crable crimen, sirviéndose de una carta necesitada de respuesta; razón por la que enviaba tres sellos poco frecuentes. Estampillas peculiares, no sólo por el anverso, dos paisajes alpinos y el retrato de un científico, sino también por el reverso, la goma de pegar; mucilago compuesto, como uno más de sus ingredientes, por un insípido veneno que al modo del valor facial sumaba su efecto hasta alcanzar el nivel crítico”.

Almuerzo con mi amigo el agregado en un restaurante que sirve anguila ahumada y varias marcas de cerveza procedentes de los Países Bajos; y en cuanto regresamos a su escritorio, un alemán, analista experto en toxinas a sueldo de la Agencia Kioto, nos comunica sus conclusiones: mi hipótesis es exacta, los resultados la confirman. Existe total identidad entre la sustancia letal añadida al pegamento de los sellos, y la contextura del tósigo descubierto por la autopsia en las vísceras del Cónsul asesinado. “Obra el preparado con rapidez, mas no tanta que impidiera a la víctima acercarse al buzón de la esquina y volver a casa”, añade el especialista del laboratorio.

Desenmascarado el indigno Taljardo, detectives de la Kioto, basándose en mi acierto y actuado tan a derechas como yo, logran entregar a la justicia un variopinto entramado de facinerosos. Lo integra gente de la considerada preponderante: rentistas sin conciencia, ex ministros carentes de principios, funcionarios infieles, policías corruptos, hombres de empresa hechos al pillaje y la rapiña, nobles faltos de escrúpulos, expertos profesionales seguidores de métodos poco ortodoxos y simples canallas ávidos de dinero.

Obtenía la banda datos relevantes de las administraciones públicas y de poderosas compañías transnacionales, estudios y planes relativos a la expansión de sectores estratégicos. Se apropiaba de la información contenida en los discos duros de los ordenadores centrales, utilizando contraseñas y claves recibidas de quienes tenían encomendada su custodia. Juntaba así lo que en términos económicos se denomina información privi-

legiada, muy útil cuando se pretende especular en bolsa; obteniendo de las inversiones efectuadas con tal guía altas rentabilidades en tiempos muy cortos. Requerían los estafadores, y se comprende, la colaboración de algunas personalidades de extendida influencia, dueños de un prestigio sin mácula. Recibió el diplomático de la organización criminal una propuesta tan perversa como embaucadora, cuyo contenido puso en conocimiento de sus superiores. Sorprendió a los delincuentes la reacción, y heridos en su amor propio o temerosos del testimonio que pudiera dar llegado el caso, lo condenaron a muerte. La sentencia fue ejecutada como sabemos, a pesar de estar rodeado el Diplomático de excepcionales medidas de seguridad destinadas a impedirlo.

Es una lástima que no exista una clasificación de investigadores privados ordenada según la importancia de los casos resueltos; pues concluido éste, alcanzaría yo un puesto situado muy arriba, y mi amada Naná podría mostrarse vanidosa ante sus amistades. No obstante, he ingresado por derecho propio en la nómina internacional de la prestigiosa Agencia Kioto, y ese vínculo, estoy convencido, me facilitará multitud de encargos tan enmarañados o más que el del malvado envenenador.

* * *

4. El oro escondido de las brujas

Pongo por testigo acreditado de lo que a continuación relato, a Pedro de Castañeda y Ortega, marqués de Peñaserrada, quien no me desmentirá, si –fuentes inadecuadas o torcedura de la intuición– algún error se colara en estas páginas, porque Pedro de Castañeda, de natural indulgente, se fue de este mundo desajustado hace mucho tiempo. Nació en Madrid durante el año de gracia de 1691, en el seno de una familia de tan buena disposición hacia el infante, que le hizo caballero de la Orden de Calatrava a la tierna edad de siete años. Ya mozo, tras diversos amoríos de adiestramiento, casó con doña Micaela Quiroga, a quien no logró dar la descendencia deseada. Su primer empleo público fue el de Gobernador, que no es mal inicio; ocupó más tarde diversos puestos de Corregidor y alcanzó la cúspide de su brillante carrera de mandatario, reinando ya Fernando VI, al ser nombrado Intendente de la provincia de Palencia con un sueldo de treinta mil reales de vellón.

Al juicio de tan singular personaje me someto, porque fue él, quien, en el desempeño del cargo, eligió la villa de Valdepero –territorio del cuento– para llevar a cabo la llamada Operación Piloto, inicio y ejemplo del Mapa o Estado Provincial, según lo estipulado por la Real Junta de Única Contribución. El día 11 de abril de 1750, rodeado de escribientes y contadores, llegó el alto funcionario al municipio, y durante seis meses cabales –alojado en “La Heredad” por deferencia de los dueños– estuvo ligado al Señorío. El 4 de noviembre remitió la documentación concluyente a la Junta

–un primor formal en opinión del marqués de Puertonuevo, juntero designado para el estudio de las veintidós operaciones piloto– y sirviéndose de la experiencia adquirida, continuó, pueblo a pueblo, inventariando la alargada provincia al completo, parte de una obra ingente que afectaba a las circunscripciones provinciales de la antigua Corona de Castilla. Proyecto de tan vastas dimensiones, fue conocido como el Catastro de Ensenada, título del marqués que lo impulsó, poderoso ministro del rey Fernando.

Por aquel remoto entonces era Valdepero un Señorío perteneciente a la duquesa de Alba y condesa de Monterrey. Municipio mediano que, sin embargo, por derecho comprado a la Real Hacienda un siglo antes, percibía las alcabalas y los censos. Habitaban el término ciento cincuenta vecinos y lo servían dos alcaldes ordinarios, un alguacil, dos regidores, un procurador síndico, un cirujano, un maestro de primeras letras, seis clérigos y un escribano. Salvo, don Fausto, terrateniente dueño de La Heredad, que residía en Palencia dedicado a la política, los demás –labradores de tierras propias, aparceros, ganaderos, pastores, hilanderas y jornaleros– vivían del trabajo de sus manos. Los pobres de solemnidad se arreglaban con los frutos silvestres hallados en el campo, algo de caza y pesca, las dádivas de los caritativos y los animales muertos por la peste, abundantes según lo escuchado a quienes lo escucharon.

Formaban el caserío del municipio ciento cincuenta y cuatro viviendas –piedra sola o sustentando adobe, tapial de arcilla, cantos y paja; teja ideada por los árabes– a las que se deben sumar los telares, los corrales y tenadas de las rondas donde se guarecían las ovejas, el castillo y la iglesia, enormes; dos ermitas, tres mesones, abacería, taberna, pósito y hospital. Imagino las calles cubiertas de polvo o alfombradas de barro, sequía prolongada y algún que otro diluvio; gallinas escarbando en ellas, mocosos metidos de lleno en sus juegos, perros, gatos, pardales y golondrinas. Al

campo labrantío lo complementaban dos grandes encinares y una arboleda situada junto al pueblo, una mina de plata escasa de mineral, tres yeseras y ocho colmenares; amén de los apriscos del páramo, el despoblado de Palazuelos y los prados comuniegos de Villazalama, cuyos pastos compartían las cabañas ovinas de Valdepero y Husillos. Pasaba por el pueblo el Camino Real de Cantabria, vía de unión con Palencia y Monzón; y de la Villa partían los caminos de Husillos, Valdespina, Villagimena, Villalobón y numerosas veredas y carriles que llegaban a cualquier pago o terreno de labor.

Escopetazo oído al caer la tarde sosegada y plácida, campanada en la noche dormida; ese efecto causan el intendente y su séquito cuando llegan al Municipio. Bandos y pregones, interpretados por rumores contradictorios, agitan las almas dentro de los cuerpos, lo mismo en campo abierto que bajo techado. La unidad catastral y cada uno de los sujetos del censo –términos oídos por vez primera al alguacil– ya pertenezcan al nutrido estado general –escasean los nobles– o al eclesiástico, no caben en su envoltorio: muralla, ropilla de estameña o sotana. El memorial, encabezado por los datos personales y familiares, consiste en una relación pormenorizada de todos los bienes, rentas, derechos y cargas; lista de propiedades y beneficios que debe ir firmada bajo juramento al entregarla a los responsables del catastro. “La que se nos viene encima”: se oyen decir unos a otros. Errores de interpretación, muda en el orden, tergiversación de los conceptos, tachaduras, correcciones, ilegibilidad de la letra: obligan a la mejora mediante la repetición.

Avanza decidido el Siglo de las Luces –está a punto de eclosionar el huevo de La Enciclopedia– y la Inquisición le sujeta la capa con toda su fuerza de agarre para mantenerlo en la oscuridad. Ocurre la acción ideada en Valdepero, mediado ya el contradictorio siglo XVIII. Tomando el camino de Husillos, tras las últimas tapias, avanzando acaso una treintena de estadales, situada a la derecha, se encuentra la arboleda –casi veinte aranzadas– men-

cionada en el memorial de La Heredad. Álamos en su mayoría, aceptan otras variedades sin recelo: copas altas o derramadas y múltiples arbustos mezclándose con ellos. Grupos tupidos suceden a ejemplares dispersos, y al inicio de una leve ladera, rodeada de las agujas góticas de los chopos erguidos y de encrespadas zarzas de endrinas, semioculta, se alza una vivienda cercada que un día fue refugio de leñadores y hoy habitan dos mujeres solas: breves muros de piedra y la cortina protectora de las tapias circundantes.

Callaba mi boca para no alarmarla, madre; pero el pueblo anda revuelto y la inquietud va a más. Han llegado funcionarios de alto copete con la intención de hacer un inventario de las propiedades tangibles e intangibles, y los vecinos han de calibrar el grado de pobreza y de resignación en que viven, cifrarlo, escribirlo y refrendarlo con una rúbrica que vale lo que el honor de cada uno. Quién iba a pensar que donde no llega la mano des-pensera del Rey, llegara la recaudadora; entramos en tiempos movidos. Hemos de declarar la vivienda y el exiguo terreno cercado; eso si el señor de la Heredad no los registra como propios, que todo cabe en su voluntad voluble. Añadiremos los enseres del hogar, las ramas secas que el viento desprende de los árboles, el manantial y el arroyo, la burrita y sus alforjas. Y puestas a decir la verdad, digámosla entera: las primorosas mañanas de abril y las noches de agosto, refrescantes; los animales que pueblan la arboleda y el campo íntegro, pájaros y liebres; las laderas del páramo con sus hierbas aromáticas y los reflejos irisados del mineral de yeso. Lo que no es de nadie es nuestro, porque sabemos aprovecharlo sin mermar su esencia.

Sale esa voz de los primorosos labios de una de las dos mujeres de la casa, la más joven; costurera que permanece sentada en una silla de patas muy cortas y se ocupa en el añadido de una cenefa a una sábana de lienzo curado. Es bella, facciones suaves de una perfección sólo vista en algunas pinturas sagradas en las que aparecen vírgenes. Nariz proporcionada

al óvalo de la cara, frente espaciosa, ojos abiertos a la vida, finísimos cabellos descendiendo en cascada sobre los hombros. Al andar se cimbreo su cuerpo espigado: cabeza, tronco y extremidades armonizados por un resorte interior. Se llama Marcela, cuenta treinta y tres años y su aspecto de fruta jugosa, madurada a la intemperie del campo, le viene de la vida silvestre que lleva. No ha conocido a su padre y se tiene por hija de quien, a unos pasos, agita el líquido de un caldero sometido al fuego activo, la vieja Leonarda: joven y hermosa no hace tanto y hoy sexagenaria: arrugas surcando el rostro en opuestas vertientes, un semblante que conserva restos del pasado esplendor.

Recoge la mujer mayor su pelo gris en forma de moño, viste ropas amplias de tonos oscuros y posee unas manos largas, inquietas, hechas a dar explicaciones, a reforzar la acción de las palabras. Para que su figura sea la de una anciana prematura, la espalda se ve un poquito arqueada. Ha debido de ser muy enérgica, y una gavilla de nervios también; porque aún alcanza al tiempo en su avance. Leonarda, la madre, es dueña de una biografía que de ser conocida algún escritor dejaría reseñada en un libro para conocimiento general. Asegura haber parido a Marcela, la mujer deseable, la mujer deseada, aunque del padre no menciona detalle que lleve a la identificación. Parece ser el asunto un secreto que no está dispuesta a develar, nada pecaminoso sin duda, dada la limpieza de su corazón; años lleva la hija intentando descubrirlo sin resultado práctico.

La cordura habla por tu boca, hija mía; confiando en que el registro otorgue fuerza de título a lo registrado, declararemos nuestras exiguas propiedades. A más de la casa y lo contenido en ella, la poca tierra anexa y las tres prerrogativas que la proporcionan su verdadera utilidad. El derecho de paso desde el camino de Husillos, el derecho a tomar del manantial el agua precisa para los usos domésticos y el derecho a aprovechar como leña las

ramas secas desprendidas de los árboles. De ese modo, si don Fausto, actual señor de la Heredad, olvidara el legado de su padre, reseñado en el testamento que le hace a él heredero, tendremos un agarre más al que asirnos. Refugio y privilegios te permitirán escoger el camino cuando yo muera. Continuar mi labor si ese fuera tu deseo, o emprender cualquier otra partiendo del conocimiento adquirido en los libros que don Baldomero tuvo a bien donarme. Incluiremos en la lista de posesiones los minerales y vegetales que usamos en los tratamientos, y la alcancía mediada de monedas de cobre, pago recibido de los enfermos que vienen llamados por el áspero y bronco son del cuerno de la fama. A la relación añadiremos nuestra libertad y la independencia conseguida, frágiles en cualquier momento de la historia, pues los poderosos, en su afán de someter al rebelde, se valen de triquiñuelas que nosotras seríamos incapaces de utilizar. Sí, hoy por hoy, y conscientes de la provisionalidad, nos pertenecemos a nosotras mismas, que al fin y al cabo es lo que más vale de aquello que vale.

Era don Baldomero, el viejo señor de la Heredad, un hacendado distinto a los otros; más interesado en descubrir la razón de ser inherente a los hechos, que en acrecer la riqueza acumulada por sus antepasados. Inconformista y culto, recibía revistas y libros de Madrid y Barcelona; y hasta de la ciudad de París. Conocía la lengua francesa y estaba al tanto del avance del pensamiento, vanguardia intelectual que en España era dominio de unos pocos. Desprendido y humanitario, los desprovistos de sustento recibían de él socorro cumplido y trataba con sumo respeto a los asalariados. La cocinera de su casa de Palencia enviudó dos años después de alumbrar el cuerpecillo de una niña, una infanta que en el bautizo recibió el nombre de Leonarda; y don Baldomero aceptó a ambas en las habitaciones destinadas al servicio. El preceptor de Fausto y Micaela, sus vástagos, educó a la acogida sin distinción, y como el natural despierto de ésta respondiera a los estí-

mulos y la pequeña mostrara afición a don Baldomero, el señor, ignorando las constantes travesuras que traían a la esposa a mal traer, la quiso como a hija propia. La hubiera adoptado cuando recién cumplidos los ocho años falleció la madre, pero doña Consolación, la esposa, se opuso. Al llegar a la mayoría de edad, Leonarda explicó a Micaela –ña y carne ambas– y luego a don Baldomero, que dejaba la casa de acogida para averiguar si lo aprendido bastaba para subsistir. Por sabida, no fue necesario mencionar la causa verdadera: la oposición constante de Fausto y de su madre, su trato hostil, su indisimulado desprecio.

Nada pidió en los años sucesivos a su antiguo tutor, a quien, sin descubrirse, observaba los días de Consejo en el Hospital de San Antolín y San Bernabé; donde la muchacha, protegida por un canónigo de la catedral, servía escudillas de caldo y ayudaba en los fogones. Sin embargo, el señor de la Heredad la tuvo presente a la hora de dictar sus últimas voluntades. En un intento de favorecerla de modo adecuado por si el futuro tomaba un cauce imprevisto, puso en sus manos los libros más sabrosos, naturalistas, filosóficos, en los que –adolescente despierta en busca de explicaciones– se sumergía hasta la madrugada cuando aún era huésped del testador. Añadió otros publicados más tarde, de dentro y de fuera, manifestantes silenciosos del pensamiento progresista; y en previsión de que el saber no bastara para salir adelante, hizo a la mujer legataria de una casa de piedra, agua salobre y leña abundante. Todo lo abandonó entonces Leonarda: amistades, empleo y la rutina asentada durante años, para refugiarse en la arboleda del camino que desde Valdepero va a Husillos, acompañada por una niña preciosa, figura esculpida teniéndola como patrón.

Puerta principal orientada al Sur, postigo al Norte, es la construcción una vivienda mínima: dos alcobas enyesadas la componen en la parte superior, y en la de abajo una sala corrida y una alacena cuneiforme bajo la escalera.

Visten las desnudas paredes largas repisas cargadas de recipientes de barro, estudios sobre los tres reinos de la naturaleza, tratados de filosofía y novelas: las más consideradas de ese género nuevo. El esconce formado a la izquierda del postigo admite sin riña la campana de la chimenea, hueco que consume de noche y de día una hoguera avivada con nuevos aportes de leña cuando el rescoldo anuncia su pronta extinción. Una amplia mesa de roble, cuyo tablero tiene un espesor de cuatro dedos, se arrima a la derecha rodeada de sillas.

En el exterior, rompiendo la rectitud del muro trasero, a un lado de la portezuela se asienta la cuadra de la burra, y sobre ella un gallinero al que las aves acceden mediante un tablón cruzado de astillas alisadas. Y al otro, un techo sostenido por columnas preserva de la humedad las ramas recogidas, la reseca hojarasca y algunas chamadas dispuestas para nutrir el hogar. A cinco estadales de los muros de piedra, lo que en estos pagos son casi dieciocho varas, se alza el tapial de la débil muralla, cierre de un cuadrado de campo, corral y huerto, que se une a la fachada principal formando una misma línea. Cruza dos veces el cerco, invasión y escape, un arroyuelo nacido entre juncos algo más arriba; de él se surten las mujeres para sus necesidades: bebida, abluciones, riego y coceduras. Sucede que cuecen ellas hierbas medicinales, raíces, cortezas, frutos y flores desecadas. Tuestan piedras y tierras ricas en minerales provechosos, las muelen, hacen barro con ellas y lo bullen. Tiene razón la madre, el lugar resulta pintiparado para sus prácticas, una medicina antigua muy eficaz, que evita los frecuentes sufrimientos de las gentes asentadas en la villa y en los pueblos vecinos, Husillos y Monzón, en la ciudad inclusive; principales y del común.

Sulfur, phosphorus, nitricum acidum, natrum sulfuricum, kalium carbonicum, hepar sulfuris, ferrum metallicum, calcarea phosphorica, arsenicum album, antimonium tartaricum y aurum: son nombres escritos en los tarros,

sacados de tratados antiguos que describen los síntomas de las enfermedades curadas por su influjo. Miel, aguijón de abeja, acónito, bellotas, árnica, belladona, camomila, nuez vómica, espliego, escaramujos, estambres de cardo, gelsemio, fruto de taxo, brotes de adelfa, veneno de víbora, tomillo, licopodio, hojas radicales y pecioladas de pulsatilla, diversas setas, corteza de ahuehuate y raíces de cipariso se suman al acopio. Algunas plantas y determinados animales poseen elementos capaces de matar; tósigos muy poderosos cuyo manipulado erróneo puede causar terribles convulsiones previas a la rigidez cadavérica. Ellas las utilizan como fuerzas de choque en situaciones excepcionales.

Salió Leonarda de la casa de acogida, domicilio urbano de don Baldomero, cuando para las leyes era una persona adulta, dueña de su destino, libre para ir adonde quisiera. Sin embargo, la negativa a aceptar más socorros del defensor limitaba sus pasos y los encarrilaba. Poseía unos brazos y una cabeza que por separado o juntos habían de proveer el sustento. Tocaba el piano con gracia y conocía cuestiones históricas que por lo general eran ignoradas en las aulas, filosofías que acabarían imponiéndose en el discurso de los intelectuales que marcaban el rumbo de las gentes. Dominaba el arte de disponer el ajuar de una casa principal, hacía exhibiciones de destreza en el encaje de bolillos y sus manos bordaban primorosas filigranas sobre tejidos cálidos; y por si fuera poco, podía moverse en sociedad mejor que cualquier señorita de las que se cruzaban con ella en las calles o en los salones de la gente que recibe. Con todo, de la catedral, y en ella de un canónigo a quien contó con todo pormenor sus cuitas, se sirvió el destino para orientarla.

Tuvo que aprender Leonarda a pelar patatas y a fregar los suelos, a lavar los frágiles cuerpecitos de los infantes que lloraban inmersos en sus propios detritos. Tuvo que iniciarse en la cura de pústulas, ampollas repletas

de pestilencias en enfermos que, a Dios gracias, tenían el olfato embotado; en el tratamiento de las infecciones de los contagiosos, en el purgado de las bilis negras de ciertos moribundos. Se interesó por los preparados químicos, por los principios activos que les proporcionan su eficacia. Y todo eso porque le procuraron un empleo cercano a la caridad en el Hospital de San Antolín y San Bernabé, donde los aritméticos y contables –aspectos de la matemática que ella dominaba– eran hombres respetables y a la vez incul-tos. Acabó encontrando un secreto atractivo en servir a los otros, en procura-r a los demás un mínimo grado de satisfacción. Llevó la entrega al extre-mo de dar su amor a un enfermo incurable necesitado de compañía y cari-ño. Fueron meses de felicidad para quien al cabo de ellos murió satisfecho; un muchacho que recobró la fe en las personas y llegó a albergar la espe-ranza de un mundo mejor. Fueron meses de constante sacrificio y, por qué no decirlo, de complacencia y satisfacción. Muerto ya el padre en brazos tan caritativos, nació al cabo, con la hermosura y la vivacidad de un ángel, la niña Marcela; y cuando don Baldomero propició con su legado el arraigo de una realidad favorable, la heredera habitó la casa recibida y con ayuda del contenido de los libros y la colaboración de los tres reinos de la naturaleza, sacó adelante a su cría.

Arranca una mañana apacible cuando Marcela, treinta y tres años de mujer hermosa, subida a horcajadas en el asno hembra, una manta dejada por pudor sobre los muslos prietos modelados por la saya ceñida, avanza parsimoniosa con la intención de recolectar la materia prima de cataplas-mas, emplastos y tisanas que su madre se da buena maña en preparar, remedios eficaces enfrentados a muy diversas perturbaciones de la salud humana. La domina un humor excelente, grises laderas del páramo, lado izquierdo del camino de Valdespina, próxima ya a los colmenares amuralla-dos de oloroso romero. Inicia la mujer una canción espontánea que en sus

labios cobra dulzura y sentimiento inusuales. Historia de los amores quebrados de una mozuela, cuando la guerra se lleva forzado a su galán; tardan las cartas en llegar a un campo de batalla cambiante, pero llegan al fin. ¡Cómo resistirse a la pasión impulsora! El soldado abandona las armas y enfrentado al destino regresa para vivir una vida de desertor con su amada.

Un caballero, harto alejado de la juventud, rampa por la cuesta subido a un corcel negro, demostrando con sus movimientos de ayuda poseer unos bríos que la edad en él resta despacio. Cabalga contento el jinete, porque a su edad, frizando los cincuenta, vive aún días de plenitud; y el que se inicia parece ser uno de ellos. Lo ha sacado de Toro, ciudad donde llevaba menos de tres años de Corregidor, el nombramiento de Intendente de la provincia de Palencia. Acaba de tomar posesión en la capital de una residencia espaciosa que, complaciendo sus gustos y satisfaciendo de sobra sus necesidades, acaso no colme las apetencias de la esposa, más refinada acaso, sin duda más exigente; pero desea iniciarse cuanto antes en el cumplimiento de la voluntad de sus jefes, Ensenada y el propio Rey, y no entra en los desajustes domésticos.

Ayer mismo llegó Peñaserrada a Valdepero, municipio escogido por él como punto inicial del Catastro, operación piloto que acabará siendo ejemplo útil para levantar los mapas locales de la provincia: los estados relativos a las tierras, a los ingresos por actividades industriales, comerciales o profesionales, al ganado y a la población activa: legos y eclesiásticos por separado. Desea el intendente recorrer el campo y hacerse una idea aproximada de las dificultades con las que se va a topar, pues se trata de un término disparejo en el que no existen dos fincas iguales: altozanos y hondonadas, páramo y vega, yermas laderas grises y valles salpicados de manantiales, una red extensa de arroyuelos, frondosos bosques de encinas. Para colmo, el amor que los labradores ponen en las tierras, a las que atan su inaltera-

ble destino, viene a dar personalidad individualizada a las parcelas, una carta de ciudadanía que las distingue con ventaja de las contiguas.

Habrá días, muchos, en los que el trabajo le impida regresar a Palencia, una legua en carruaje incómodo por el descuidado camino real que viene de Cantabria. El dueño de la Heredad, representante de un partido político afín y persona de larga influencia –ignora el Intendente las miras últimas de su acogimiento– le hace partícipe de todo lo que en sus dependencias del pueblo pueda necesitar: alcobas, servidumbre, comida y hasta el único caballo, el negro que ahora monta, de una espaciosa cuadra de mulas.

Caballero y rústica han de encontrarse, porque la canción es un llamado que atrae a modo de imán a quien la escucha. Queda absorto el señor ante tan natural belleza; y cuando sabe que la mujer subida al borrico con modos varoniles, ayuda a su madre a preparar medicinas capaces de curar de sus dolencias a enfermos de toda condición, preso de un propósito egoísta sin duda, se interesa por arte tan beneficiosa para el género humano. Ya no es quien solía ser: los humores circulan por su organismo con parsimonia, las piernas no dan de sí cuanto exige la voluntad de ejercicio y la acidez de estómago acompaña a las prolongadas digestiones; la memoria, inclusive, le traiciona en los momentos más comprometidos. En estos días concretos sufre las consecuencias de un malestar general, impreciso; producto, al parecer, del traslado y sus múltiples dificultades. Satisface a Marcela la estampa de don Pedro, herencia y educación; la complace tanto, que de conocer lo que ignora, la índole noble del caballero, su empleo de Intendente, la presencia del hidalgo no mejoraría a sus ojos. Hablan del pueblo y de las gentes que lo habitan, de la salobridad de las aguas, de las pocas cosechas, de las excelencias de su vino; y luego, de la historia, de la geografía del lugar, de la vida y la muerte que zarandean a las personas; y carruaje que lleva de la una a la otra: de las enfermedades. En torno a las

dolencias permanecen un rato, porque en la mente del marqués, como al acecho, permanecen preguntas concretas sobre los comprobados remedios: diluciones, maceraciones, cataplasmas, apósitos y emplastos que pueden oponerse a sus achaques. Al cabo, pasado el medio día, conocedores de las circunstancias que hubieran podido unirlos de darse el hallazgo en la época adecuada, se separan con la promesa de un pronto reencuentro. Imagina el Intendente su imposible retorno por la vereda del tiempo, galopando hacia ella que avanza galopando.

Dicta la vieja Leonarda los componentes de las medicinas y, de tanto repetírselo desde que era niña, la hija sabe de memoria el cuánto y el cómo de los componentes; y si ocurre que presta atención a la madre, es por no herir su amor propio, una forma aceptada de orgullo. Recoge Marcela tierras y plantas, y en un herbolario de la capital trueca las propias por las ajenas. Azufre, fósforo, ácido nítrico, sulfato sódico, carbonato potásico, fosfato tricálcico, mercurio soluble y sal marina recibe a cambio de flores, hojas y raíces de plantas curativas, venenos de víbora y de alacrán, médula ósea de mamíferos carnívoros, polvo de cuerno caprino, bigotes de gato. Madre e hija curan enfermos y los restablecidos lo difunden, de modo que el sanitario destinado al hospital de Valdepero se ha ido haciendo enemigo oculto de las sanadoras. Propala por ello cuentos que dejan en mal lugar a las mujeres, dando pie a la desconfianza porque viven apartadas y de ellas nada se sabe. Así que, salvo los agradecidos, que los hay pero son pocos como ya comprobó el milagrero Jesucristo, las gentes del lugar teorizan y especulan.

Don Fausto, el actual señor de La Heredad, y la vieja Leonarda compartieron espacio durante las épocas lejanas de niñez y adolescencia. Compartieron asimismo preceptor, rivalizando en los estudios de la teoría y en la puesta en práctica de lo aprendido. Cuando trataban de seguir el camino recto en los tramos faltos de indicaciones, los más necesitados de la intui-

ción, el niño erraba. De modo que buscó el medio de quedar bien con poco gasto, utilizando el socorrido método de forzar los errores de la oponente; en una palabra, comenzó a hacer trampas. Fue descubierto en varias ocasiones y, desde entonces, su palabra careció de suficiente peso para oponerla a la expresada con aplomo por la protegida.

El aya de la pequeña Micaela, seguidora convencida de la ley del mínimo esfuerzo, universal y eterna como es sabido, con frecuencia la confiaba al cuidado de Leonarda, tan sólo cinco años mayor. De modo que Micaela, distante de su hermano en los rasgos físicos y en el carácter, acabó entregando a Leonarda el cariño fraterno. La cabeza de don Baldomero, cargada de argumentos, habló al corazón de las cualidades que adornaban a la infanta acogida a su amparo. Despierta, intuitiva, prudente y, por si fuera poco, afectuosa; no es extraño que don Baldomero la tratara con mimo. Doña Consolación, la esposa, oponía a ese trato favorable un desprecio velado, suficiente para someter a Leonarda al imperio orgulloso de Fausto, hijo verdadero, en posesión de los derechos inalienables que confiere el origen. Andaba la casa dividida y el servicio, acaso por contradecir a la señora, rígida en sus exigencias, tomó partido por la niña agregada.

Con ocasión de la muerte de la cocinera, tuvo don Baldomero la ocurrencia de adoptar a Leonarda; y la esposa, decidida a impedir la resta de un tercio de herencia al caudal de sus hijos, se opuso con todas las energías reservadas. De aquellos tiempos, ahora remotos, viene, pues, que el actual señor de la Heredad, dedicado a la política con provecho, tenga inquina a Leonarda y hable mal de ella en presencia de aparceros y criados. Conocen éstos el sendero de su beneficio y en tal sentido orientan la conducta propia y tratan de dirigir la ajena: dicen y dicen engordando una hablilla que iguala a la baja a la hija con la madre, expertas ambas en el uso de almireces, matraces y alambiques tras objetivos mágicos y hechiceros.

Ocurre en ocasiones cada vez más frecuentes, el año pasado sin ir más lejos, que los productos del campo entrados en el pósito municipal, sobre todo en lo que hace a cebada y lechazos, suman cantidades menores que los recibidos en concepto de diezmos, primicias y limosnas por los curas asentados en la villa de Valdepero. Apaleados de palabra por las mujeres, denunciantes incansables ellas de los abusos recaudatorios y de la rápida acumulación de riquezas, los clérigos las pintan unidas al infierno por lazos directos y previenen a los demás contra ellas. En vano toma su defensa Francisco Carretero, uno de los regidores, porque Tomás Calvo, procurador síndico, se opone a él con voces más altas, a las que se une Francisco García, uno de los dos alcaldes ordinarios. No resulta extraño, pues, que la gente, aleccionada por quien tiene ascendiente sobre ella, viendo salir el humo en constante procesión de la casa de la alameda, espiras y círculos expandiéndose, escapando del hogar encendido, imagine a las mujeres estrechando el cerco a la piedra filosofal; brujas que, dominando los vegetales, marchan a la conquista del reino mineral, más hermético, menos relacionado con el resto de la Naturaleza.

A la búsqueda las creen del secreto de la transmutación de unas cosas en otras, de unas piedras en otras. Así como sapos y culebras entregan su veneno para componer un filtro amoroso, y el halcón las barbas de su pluma caudal, o un perro muerto por la rabia aporta el hueso molido de su taba izquierda; el sol, cuando se trata de trastocar la materia, envía uno de sus rayos a través de las nubes y señala con él, dormido entre otros, el pedrusco más propicio. Sopla la vieja Leonarda sobre la roca su mefítico aliento, mientras pronuncia misteriosos conjuros, latinajos de origen *non sancto*, fórmulas arcanas vomitadas en la oreja por el propio Lucifer en forma de macho cabrío, durante el prolongado rito de su iniciación –tres noches contiguas de aquelarre– bruja inscrita ya en los libros arcanos con sangre de

ratón albino. La sirve en los tejemanejes de la provechosa transustanciación una bruja aprendiz, su hija Marcela; y al cabo de unos instantes, lo que era hasta entonces una horadada piedra del páramo, se convierte en oro coruscante, noble metal apreciado por personas de latitudes y épocas muy diversas; tanto, que se tortura y se mata por él.

Pacto con el diablo; y el olor a azufre sólo viene a confirmar lo cierto y sabido: rúbrica y sello. Poderosas fragancias se expanden desde la casa, procedentes de hierbas olorosas: tomillo, anís, aroma, hierbabuena, manzanilla, albahaca, hinojo, espliego; y están destinadas a enmascarar la pestilencia diabólica, el acerbite que denuncia la cercana presencia de Lucifer. Filtros y bebedizos dicen que procuran las mujeres a quienes pagan con monedas de oro. Hacen caer a los infelices en el amor o en el odio siguiendo el interés de los peticionarios y, a cambio de oro, someten la voluntad de los débiles. Murmuran sin pausa los chismosos, y la mentira poco a poco va adquiriendo tintes de verdad. De madrugada ejecutan ensayos perversos que conducen al oro. Ávidas del dorado metal componen unas onzas cada madrugada y lo esconden en una madriguera abandonada por los animales, junto a la raíz de un árbol, el más frondoso, acaso bajo un retoño que empieza a crecer; en el interior de un tronco hueco del que nacen hongos comestibles. Proporcionan la muerte y la vida con la misma indiferencia y rinden culto a Satán, que unas veces es ave dentada y otras cuadrúpedo cornudo, y bajo ambas formas tienen con él comercio carnal. Y se tasan alto. Oro, oro; pretenden moverlo a paletadas, llenar las alforjas de la borriquita y en mil viajes nocturnos ponerlo a resguardo de ladrones: un gran depósito acrecientan en la arboleda, próximo al camino de Husillos, al pie del manantial, en los cimientos de la casuca, disimulado en escondrijos de acaparadoras urracas.

En lo que será mi herencia usted yerra, madre; ni casa, ni huerto, ni cercado, ni paso franco, ni agua, ni leña serán míos. El actual señor de La

Heredad o sus hijos harán valer la condición añadida al legado; se pondrá en la picota nuestra integridad, cuestión indispensable, seremos acusadas de brujería y por la acción del Santo Oficio nos arrebatarán la propiedad de lo nuestro. Esa posibilidad, próxima a la certidumbre, indica sin interferencias que hemos de marcharnos. Nada nos ocupa aquí que no podamos hacer en otra parte. Vayamos a una ciudad donde nadie nos conozca y quienes curan a los demás siguiendo las leyes naturales sean respetados; una villa poblada por gentes libres de prejuicios, ajenas a cualquier modo de superstición, bien instruidas, con quienes podamos mantener conversaciones que pongan a prueba nuestra idea de las cosas. Un lugar en el que los vecinos no se santigüen al cruzarse con nosotras, y usted se libere de las incógnitas provocadas por su nacimiento y de las sospechas que suscita el mío. Si don Fausto, dueño con su hermana de La Heredad, nos arroja fuera de esta casa, habremos de cobijarnos en las cuevas de la cuesta de Husillos o en las ruinas de Palazuelos. Debemos irnos antes de que ocurra lo que sin remedio está abocado a ocurrir. ¿No lo ve usted como yo, madre? No, no me iré sin usted; pero le pido que no se sirva de mi lealtad. Ya no vendrá el caballero de mis sueños para llevarme subida a la grupa de su caballo. Ya no me convertiré en esposa de un arriero de los que detienen su recua cada día en un sitio distinto. Nadie se acercará con la intención de hacerme señora de su tornadiza voluntad o vasalla de su firmeza; pasó mi hora y usted lo sabe, ¡no se valga, madre, de ello!

Qué necesidad tenemos de huir, ¡dime!; nada nos empuja, nadie nos apremia. Aquí está nuestra senda bien marcada, y alrededor hallamos todo lo preciso para desenvolvemos. No nos echarán de la casa; obramos el bien y cualquiera lo sabe. Sirviéndonos de principios naturales de dominio público, hallados en animales, plantas o tierras, ayudamos a los vecinos a vencer la enfermedad, cuando, dolientes, recurren a nosotras. Practicamos la

generosidad y la generosidad no admite pago; tampoco lo desprecia, porque el menosprecio del pago anula la más sencilla de las posibilidades de agradecimiento, la más inmediata. Eso sí, aceptamos de cada uno lo que tiene a bien entregarnos, y nunca por encima de sus posibilidades. Ellos, los enfermos sanados, serán nuestros valedores frente a la calumnia; ellos se alzarán contra la mentira y el vilipendio. No, no temas; respeto tu derecho a buscar la felicidad en otra parte, y si decides abandonar estos andurriales tan nuestros, en los que siempre he pensado morir, aunque comprenda que tu visión del edén es sólo un espejismo, si así lo deseas mis pasos irán tras los tuyos. Pienso que actúas de manera razonable al pretender un mejor acomodo; y mi corazón saltará de gozo cuando un hombre cabal venga a solicitar tu mano; aún es tiempo de amor y de bodas.

El marqués de Peñaserrada, Intendente en ejercicio de la provincia de Palencia, caballero en su negra montura, sale del pueblo por el camino de Husillos sin que nadie le sirva de acompañamiento. Pasadas las eras donde pasta un rebaño de ovejas salpicado de cabras, tras los últimos corrales, avanza todavía un poco y tira a la derecha por la vereda que lleva a la choza de las mujeres solas y allí se presenta. Se encuentra la madre en el espacio desierto de las descarnadas laderas donde el buitre anida, cárcavas enormes del declive que lleva a la llanada de Campos. Recoge huesos calcinados de mamíferos y aves, rabos de ligaterna, espaldares de costrollo, camisas de culebra, cáscaras de los huevos ya eclosionados de diversas rapaces, uñas enteras de raposos muertos. Inicia Pedro de Castañeda la conversación con la joven en el punto mismo en que la dejaron un mes antes –colmenares amurallados de romero de las cuestas del páramo– acerca del origen de la cultura que a borbotones sale de la boca chica, chorro de argumentos liberado en cuanto la mujer recibe conveniente estímulo. La madre, enciclopedia viviente, es el manantial; estudiada y leída como nadie de los

contornos, escultura labrada por don Baldomero para hacerla hija suya, heredera de su inquietud por las razones que devienen hechos.

“Hablando de la reina mora, por la puerta asoma”. No necesita Leonarda presentación porque ha sido descrita con todo detalle, y sobre el caballero se ha expresado la hija hasta dibujarle facha e intenciones sin apenas desvío de la realidad. De modo que entran de lleno en el inventario de síntomas, primera de las diversas enfermedades, y describiéndolos el Intendente se explaya como en respuesta de examen para obtener un buen puesto. Lleva una temporada el Marqués temeroso de la muerte, da un valor extremo a los problemas cotidianos y sus dedos reciben señales que le explican, a más de la piel de los objetos, la composición interna. Dolores del cuerpo propios de quien ha rodado monte abajo, pesadez de cabeza, un activo enjambre en el fondo del oído y pesadillas nocturnas. A una seña de la madre se encarama la hija a un escañil, y con algo de esfuerzo alcanza en la repisa de la chimenea una planta puesta a secar. Tallo hueco de más de un palmo, ramas simétricas nacidas de dos en dos, hojas ásperas de forma ovalada, flor ambarina, semillas parduscas. Como quien lo ha repetido cien veces o ha visto hacerlo y ha tomado nota, como quien disecciona un cadáver separa Marcela algunas partes del resto.

Ha de ser árnica, una planta de las Compuestas, que el caballero, sentado en una silla de armazón de pino, respaldo de cuero y asiento de enea, observa con actitud vacilante, porque espera de su esencia algún prodigio pero desconoce las causas y los efectos. Sirviéndose de los sépalos pajizos y del puñal de las hojas, prepara la experta una infusión que debe tomarse caliente. Una tintura dispone a base de vinagre y el extremo majado del tallo; envolviendo el vegetal sobrante en papel de estraza. Sobre el cuerpo dolorido del noble el remedio administrado inicia al momento su acción calmante y lenitiva; y lo mismo sobre su mente agitada. Principio

curativo y noticia escrita del modo de empleo recibe el enfermo de su sanadora, con el objeto de que el Intendente, prescindiendo de manos ajenas, se prepare la botica a sí mismo.

A los mensajes anónimos, acusadores de brujería y comunicación diabólica, siguen los que amenazan de muerte a las mujeres. Los árboles del paseo abierto en la alameda que va hacia la casa, neutrales hasta entonces, colaboran con los atacantes. Prueba evidente de urgencia y desidia en los autores, sobre los álamos se afirman los avisos usando puntas dobladas de cabeza minúscula, las más opuestas a los clavos de forja que sujetan los edictos en el tablón de El Corro. Leonarda y Marcela los leen al pasar. Madre e hija arrancan las vejatorias púas, en un intento piadoso de restañar la herida abierta a las plantas; se internan al punto en el análisis de las abominaciones y en vez de dar al fuego lo leído, lo guardan como prueba. Voces de penados, desgarradores gritos, aullidos de humanos imitando bestias, rompen el silencio en días posteriores. Sufren inesperados ataques a pedradas de personas ocultas tras los troncos más gruesos o subidas a las ramas altas. El miedo atenaza a las sanadoras, cuando, en el estanque calmo de la noche, una piedra envuelta en una carta sin firma, rompe la quietud existente al penetrar por la ventana de la alcoba donde la madre duerme. El temor acoquina a las valerosas mujeres cuando, al levantarse, en la portada descubren el rescoldo de una hoguera y los tizones de dos efigies de palo que llevan sus propios nombres grabados en una tabla renegrida. Árboles, papel y fuego, colaboradores necesarios, son, no obstante, exonerados de culpa. La boca trasmisora de lo que la cabeza maquina a instancias del corazón, la mano que convierte el odio en signos caligráficos, la que espeta la corteza inocente y los pies que saltan las tapias al amparo de la oscuridad, pertenecen a personas diferentes unidas por lazos inconfesables. Es imperioso buscar, primero que nada, a la persona encubierta, cobarde, rastrera,

capaz de inducir a otras a llevar lo concebido a la acción; persona o personas anónimas, pero menos de lo que tales sujetos imaginan: don Fausto, los clérigos, el sanitario del hospital: alborotadores de la mitad de los vecinos, aquellos que por impulsos del miedo o a la espera de algún pago se ponen al servicio de la fuerza callada.

En los meses sucesivos menudean las visitas del Intendente a la casa de la alameda; y lo empuja el cuidado de dos gestiones emprendidas. Una de ellas tiene que ver con su presente trabajo: Marcela, dibujante experimentada de los animales y plantas usados en su arte –secciones precisas para cada tratamiento, traducción a figuras de los libros leídos– perfila el contorno de las parcelas pertenecientes a la unidad registral, las frases que encabezan cada apartado y las letras iniciales de los párrafos: un primor de bordado que reconocerá el propio marqués de Puertonuevo, comisionado por la Junta de Única Contribución, como es sabido, para evaluar las operaciones piloto. La otra gestión se corresponde con el cuidado de la salud; tratada la más acuciante de las enfermedades, las otras, las crónicas, aquellas a las que se ha ido haciendo el Intendente, reclaman atención de las sanadoras. Tántalo, Sísifo, Prometeo: sufre una tortura efectiva: el mismo mal del bajo vientre que le impulsa a orinar con extremada frecuencia, burador del esfuerzo, le impide la consumación. Borborigmos disonantes le acompañan en el inicio de cada jornada. Dolor agudo de las articulaciones, dedo gordo de los pies y rodillas sobre todo; rojeces, hinchazón de los cartílagos y una pérdida paulatina de vista y oído raen su existencia de manera incesante. Llamadas surgen de la chimenea llegadas del horno ardiente, volcán activo del hogar; borbotea el agua intentando escapar del excesivo calor, vientre convulso del caldero; y desde el Pico Taragudo, la Cuesta de la Miel o la Fuente de la Atalaya, se ve elevarse el humo sobre la vertical de la arboleda. *Nux vomica*, *argentum nitricum*, *sabal serrulata*, *magnesium*

carbonium, aconitum, apis, bryonia y mercurius solúbilis salen de su encierro de meses, abandonan los frascos que han sido su prisión y empleando todos los recursos de que fueron dotados, sus provechosos principios activos, se disponen, brazos arremangados, a luchar contra un enemigo común, las molestias causadas al Intendente por sus inconvenciones achaques.

En esas idas y venidas, recepción y entrega de los memoriales, recuento de síntomas y preparación de tratamientos, se va el tiempo sin sentir. Sabrosas pláticas concluyen de madrugada y el intercambio de conocimientos rinde beneficio a ambas partes. Deduce el Intendente de alguna manifestación involuntaria –toma la noticia ese atajo para darse a conocer– el cerco a que los eventuales provocadores someten a las mujeres. Pregunta, reclama y lee los anónimos confiados a los árboles. Autoridad máxima de la provincia, un gesto suyo en el momento adecuado, ante las personas convenientes, y las aguas desmadradas vuelven, en apariencia, a discurrir por su antiguo cauce. Es sólo una tregua, un alzar de espadas; pero los ceñudos aceros se mantienen en alto, porque esperan que el protector termine lo que ha venido a hacer al Señorío y abandone para siempre su término municipal.

Se producen mejoras; Pedro de Castañeda y Ortega, caballero de la Orden de Calatrava desde los siete años, va recuperando la salud lacerada y, libre de dolores durante días enteros, atraviesa una pradera de verde pasto y bienestar. Las mujeres, debido quizá a que cesan las arremetidas o porque hallan un escape a sus inquietudes, ni se acuerdan de buscar otro asiento. Pasa el tiempo como de puntillas, silente, comedido, pero pasa; y los métodos que el Intendente vino a ensayar alcanzan el pináculo de su concreción. Regresa el Marqués al palacio de la capital palentina, y sigue al coche de caballos, atada a él por un ramal de esparto, una borrica que parece formar parte del séquito. En el interior del carruaje, Leonarda y Marcela,

vestidas con ropas de gala que aún ceden esencias de alcanfor, sin disimular la inquietud que las asedia, conversan con el alto funcionario acerca del giro que van a dar a su vida. Las mujeres, opuestas a servir a cualquiera por dinero y a depender de los poderosos, habitarán una casa baja de La Puebla, allí donde la ciudad se hace campo, y sin abandonar el ejercicio de su ciencia asistirán al Marqués en lo que precise.

La tregua establecida en Valdepero por los discrepantes, inductores e inducidos, se quebró. En cuanto el Intendente –carruaje incómodo sobre un firme descuidado– tomó el Camino Real de Cantabria con destino a la ciudad de Palencia, las erguidas espadas se abatieron sobre el cercado del plantío, sobre la puerta de la casa de las mujeres idas y sobre el postigo trasero, con el ánimo de derribarlos y penetrar en el misterio de su sala corrida, de su alacena, de sus dos alcobas, de sus cachivaches diabólicos, de sus filtros y bebedizos, de sus conjuros mágicos capaces de transmutar la piedra en oro.

La codicia del oro impulsó el denuedo de los asaltantes más enardecidos; un oro cuantioso que, trasladado a talegadas a lomos de la pollina en cientos de viajes, abandonado por las brujas sus propietarias, al día de hoy, siglos después, yace dormido en algún chiribitil cercano, a la espera del osado que se decida a rescatarlo del sueño.

* * *

5. En Roma, tras el amor

Mi tarea de investigador privado está formada de rutina y de sobresaltos; noventa y siete partes de rutina y el resto, hasta cien, de sobresaltos; más de tres, seguro. Mira que yo pongo pasión en lo que hago; aún así, hoy día son contados los encargos que resultan apasionantes. Razón cumplida para dejar memoria de los excepcionales; sin pretensiones de inmortalidad, para mi propio contento, en previsión de la desmemoria que suele acompañar a la temida vejez.

Ejercí en Madrid, ciudad escogida por naturales y forasteros para originar más embrollos de los que somos capaces de desentrañar quienes nos dedicamos a ello. Mi oficio es mi vida, a él me doy por entero; no obstante, las variaciones de asunto o escenario le añaden atractivo. En ausencia de realidades, sueño. Me imagino representando el papel del candoroso Padre Brown, detective de mi estilo, intuitivo y campechano, perseguidor de los delitos y considerado con el delincuente; y un ligero parecido me une a Alec Guinness, el actor que lo encarnó en la pantalla. Embutido en la piel del curita viaja de ciudad en ciudad: trenes que cruzan las fronteras sin sentir, aviones que unen continentes, burritas que van de pueblo en pueblo. Con todo, Roma fue siempre piedra imán para mí. La invención sustitutiva no me llevó a ella, porque dada su relativa cercanía podía visitarla de verdad en el transcurso de unas breves vacaciones. Luego me casé, y como mi esposa ya la

conocía, la oportunidad quedó postergada. No obstante, hecho yo a seguir los obligados mapas del trabajo, gozando de entera libertad no hubiera sabido moverme. Paradojas verán en mí aún mayores.

Hace años, quizá demasiados, en un soleado mes de abril llegué a Portugal tras una cuestión nobiliaria: la vulgar pendencia entre dos primos carnales por el marquesado familiar. Acumulando pruebas de una conducta disoluta, anduve de la ceca a la meca: Estoril, Sintra, Cascáis, Lisboa. Pese a lo irregular de mi recorrido –zigzag, diagonal o circunvalación; barrios abiertos y otros apenas percibidos desde la orilla– supe que me hallaba en un espacio privilegiado, configurado a través de los tiempos por las fuerzas telúricas que rigen la formación de las geografías y el clima.

Tiempo después vino Ginebra –primera guerra de Irak– y en su entorno viví una aventura de las que facilitan el saldo positivo a la vida de un detective. Resolví el encargo de manera satisfactoria, dándome a conocer en los círculos profesionales más exigentes. La agencia japonesa para la que trabajé desde entonces, me fue asignando casos saturados de complejidad pero localizados en España; y cuando cumplí los cincuenta, con una gratificación que sólo contentó a mi familia, me cesaron. De ese modo me vi abocado a lo de antes, el seguimiento de sospechosos de cualquier conducta infame. El caso es que los viajes me enseñan; en ellos adquiero conocimientos dispares que forman islitas en el mar de mi ignorancia. En Portugal entreabrí la puerta del mundo decadente y apollillado de la aristocracia, y Ginebra me descubrió que, en el aspecto social, lo de arriba y lo de abajo se diferencian sólo en la envoltura: oropel en láminas maleables o papel de estraza. En Roma recibiré una lección ilustrada de historia universal y palparé vestigios de algunas de las intrigas que conmovieron al mundo.

Sí, al fin Roma. Me paso el día añorando Ginebra y Lisboa, y el destino me entrega en bandeja de plata la Ciudad Eterna, antigua capital del mundo,

mi sueño vivido en mil noches de ensueño. De circunstancial actualidad en estos días, abre los espacios de noticias en los distintos medios de comunicación. Sucede que abraza con cariño el escueto territorio del Vaticano, y vive pendiente de la salud de un hombre de cabeza patriarcal, piel rosada y cabello blanco, cuyos seguidores viven diseminados por el ancho mundo. Me refiero al Papa, cabeza visible de la Iglesia Católica, doliente, más allá de la enfermedad que consume su salud, de la reciente traqueotomía. Espera e incertidumbre son las palabras que definen la convalecencia posoperatoria del Sumo Pontífice, cuya actividad se verá reducida durante la próxima Semana Santa, el período del año más significativo para los católicos, porque conmemoran en él la pasión redentora de Cristo, su muerte y posterior resurrección.

Situado en la ventana de la clínica, muestra la televisión un Santo Padre enflaquecido, amilanado por el padecer constante; furioso, pese a ello, contra las leyes naturales que restringen sus movimientos, su capacidad oratoria en doce o trece idiomas. Yo, que no soy religioso, me conmuevo al verlo crisparse, hombre al fin y al cabo; y perdono la posible ostentación de sufrimiento señalada por los detractores. Su conducta suscita en mí cuantiosos interrogantes que no hallan respuesta. Mas no me desanimo; desde que el tiempo inició la andadura, eterna repetición del derrotero elíptico, los enigmas –retorcidos como manojos de sarmientos, laberintos de entrada intangible– esperan al hombre: su voluntad averiguadora debe desanudarlos, darles forma de silogismos comprensibles.

Se nos viene encima el Domingo de Ramos, momento de trajín viajero, cuando me acerco a la agencia de viajes asignada por las circunstancias del caso. En ella contrato un paquete de opciones situado a medio camino entre el viaje organizado y la aventura libre: billete de ida y vuelta, elección diaria de hotel entre varios de una misma categoría, excursiones en autocar por

los alrededores, visitas guiadas a los museos y monumentos meritorios, asistencia a ciertos actos de culto, póliza asegurando todos los riesgos. La flexibilidad conviene a mi tarea; pues me permite adaptarme con rapidez a lo imprevisto y lo imprevisto sucede.

“Roma. Dentro de su vasto perímetro se encuentra todo lo que usted soñó algún día. Si duda entre ir o quedarse, vaya; si debe elegir entre varios destinos, decídase por Roma”. Así aboga el folleto publicitario, escrito sin duda por un convencido o un buen simulador. “Recorra las calles, pero deténgase en las plazas. Los espacios circulares, cuadrados, rectangulares, ovalados o elípticos ganan en antigüedad a la urbe; estaban ya presentes cuando Rómulo fundó la ciudad. Sobre siete colinas, asiento de los dioses, se elevaron monumentos que conmemoran las glorias patrias, otorgando al pueblo un inmarchitable orgullo de estirpe. La gente se hizo con el ágora, pero los carruajes desplazaron a las personas. Se trata ahora de volver estos ámbitos a sus primitivos dueños, los peatones: Via Veneto, Corso, Villa Borghese, Piazza Venezia, Rotonda, Campidoglio, del Popolo. Piazza di Spagna, Navona, Campo dei Fiori y más, muchos más, la ciudad entera hasta donde sea posible”.

Dos clientes –caso frecuente tras el éxito ginebrino– han solicitado mis servicios en un lapso de treinta horas. El primero de ellos, hombre creyente, católico practicante y padre amantísimo, teme que su hija esté desarrollando un amor furtivo. Pequeños detalles causan su desvelo, una conducta sin tacha salpicada de nimiedades nuevas.

“En Roma pasee con calma. Actúe como si volviera a su propia ciudad tras años de ausencia, vaya redescubriéndola, inventándola; mírela desde ángulos nuevos. Olvídese de prisas y agobios: no debe superar experiencias previas, carece del don de la ubicuidad y los demás lo saben, no es un conquistador de los que hincan en tierra la enseña patria al tomar posesión del

territorio en nombre del Rey. Usted, lejos del esforzado héroe antiguo, es un afortunado excursionista. Vagando por los Foros y el Palatino, temprano en la mañana o al caer la tarde, conocerá el verdadero placer de pasear”.

De profunda raigambre católica, el segundo cliente, padre viudo, vino a verme porque necesita afianzar la confianza puesta en un hijo modelo de obediencia. El planeado viaje a Roma de su vástago, puso sobre aviso al anciano. La liturgia de días tan señalados y la enfermedad del Papa, motivos confesados del viaje, pueden no ser más que el saliente del iceberg. Le crece, íntima, una zozobra enfrentada al antiguo crédito: su hijo alimenta una vocación religiosa, que si se concretara daría al traste con sus proyectos más queridos. Desea de mí el aporte de pruebas definitivas que vuelvan la tranquilidad a su espíritu.

En conclusión, debo seguir a dos jóvenes, chico y chica, de una religiosidad inusual, turistas en Roma durante la Semana Santa, que utilizan los servicios de la misma oficina de viajes y seguirán, por tanto, un itinerario común. “Jamás te fue Fortuna tan propicia”: dice mi esposa, que no acaba de dominar el idioma castellano.

“Visite monumentos, mire, admire. Si le interesa, deténgase y acopie datos; si no, avance: iglesias, termas, catacumbas, fortalezas, villas, teatros, museos y jardines. No seré yo quien le guíe, piérdase usted solo. Tratando de llegar a cualquier lugar conocido hallará los rincones más interesantes, y no sabiendo volver a ellos, el recuerdo los convertirá en únicos para el resto de la vida”.

Recurro a las habituales fuentes de información, al tanto como siempre de lo que ocurre en el mundo corporativo, para conocer algo más de mis clientes. Se trata de dos hombres de negocios hechos a sí mismos, administradores únicos de empresas competidoras, cuidadosos de las potencia-

les alianzas que representan las relaciones amorosas de sus hijos, únicos a propio intento. Ellos son; y resulta que cada uno por su lado, desconociendo los desvelos del otro y sin un mínimo interés por dar tres cuartos al pregonero, contratan al más caro de los especialistas en seguimientos cautelosos, conductas dudosas, infidelidades, pruebas testificales, etcétera, etcétera. ¿Pura coincidencia? Tal vez; pero, sólo tal vez, y por ahora.

“En los ciento treinta escalones que suben a Trinitá dei Monti desde Piazza di Spagna, se sienta media humanidad con el solo objeto de observar el paulatino acercamiento de la otra media, que avanza peldaño a peldaño examinando a los que sentados permanecen. Veinte siglos le esperan en el foro de Augusto, encaramados a la columna de Trajano”.

Trata el folleto de magnificar las obras públicas y las personalidades de quienes las erigieron, persiguiendo un disimulado fin comercial. Mas, sin pretenderlo, me descubre la miseria escondida en lo grandioso, la desigualdad incrementada por las esplendorosas construcciones. ¿Dónde se ocultan las chozas que compensan el despilfarro constructor de los palacios? Dada la amplitud del Imperio, la pobreza quedaría en los recónditos lugares saqueados, allá donde los esclavos fueron arrancados de sus familias. Y en épocas más modernas: ¿de dónde vino el dinero para erigir el monumento a Vittorio Emmanuele de Piazza Venezia? Gigantesco. Ciclópeo. Colosal. ¿Qué servicios públicos dejaron de prestarse para utilizar en su construcción los caudales suficientes? ¿Cuántos colegios y hospitales presentan el solar vacío por su causa?, ¿cuántas viviendas sociales y carreteras? Sin duda el opúsculo no fue redactado pensando en mí, que llevo años esperando este momento, sino en los indiferentes, los tibios o los indecisos. Así es que lo doblo por el centro y, en adelante, sólo me serviré de su plano interior.

Aceptar dos encargos simultáneos por simple coincidencia en el tiempo y en el espacio, sin informar a las partes, ha de tener alguna contraindica-

ción ética. Pero no seré yo quien lo confiese al uno, rompiendo con el otro el debido secreto profesional. Rebajaré, eso sí, el montante final de mi factura, dado que los costos fijos pueden ser compartidos. De manera tan ingeniosa resuelvo a mi favor la objeción de conciencia surgida; todo un hallazgo de la lógica. Pero hay más, al viajar los espíados con la misma agencia y, por ende, en el mismo grupo, la duplicidad de espías no estaría justificada. Al contrario, resultaría perjudicial: el detective uno entorpeciendo el trabajo del detective dos, el dos entorpeciendo la tarea del uno, descubriéndose ambos al actuar como hermanos siameses que duplican gestos. Imagínense lo chusco de la situación.

¿En verdad, Giovanni Pierluigi da Palestrina murió la fría noche del dos de febrero de 1594? ¿Compuso toda la obra a él atribuida? Puedo confirmarles la existencia de gente que se hace preguntas de índole pareja: investigadores. Roma es una ciudad ideal para los estudiosos, estimulante de la indagación. Si se quieren conocer los caminos recorridos por la civilización para traernos adonde estamos, hay que visitar Roma y encerrarse en bibliotecas y museos o sentarse en los lugares públicos a observar el paso de la gente de a pie.

El método y el rigor son condiciones exigibles a la profesionalidad. Analizo las circunstancias a medida que se acercan a mi conocimiento, las registro en el expediente del caso y establezco mis objetivos acompañados del plan de acción. Ciencia y arte, mi oficio se sirve de la tenacidad dirigida del científico y de la intuición e imaginación propias del artista. Lo ilustra el caso que me traigo entre manos. Un padre quiere impedir que su hija inicie una relación inconveniente. Otro desea confirmar que su hijo pone límites razonables a la inclinación religiosa. Ambos muchachos viajan a Roma con ocasión de la Semana Santa, preocupados por el declive de la salud del Santo Padre. En consecuencia, mi primera hipótesis de trabajo, dando una

voltereta en el vacío, supone al chico el amor furtivo de la chica. La penuria actual de vocaciones sacerdotales o monásticas me empuja hacia el sendero más transitado.

Ignorante de casi todo lo concerniente a los protagonistas, recibí una película familiar donde ella aparece jugando con sus ahijados –insistió en amadrinar a los hijos de una sirvienta, me informaron– y en amorosa actitud hacia su madre, con quien coincide en la perfección de los labios finos, de la nariz recta, de la frente amplia. La grabación me ha servido para allegar opinión favorable; en mi fuero íntimo, estoy convencido de que la vida familiar la satisface más que cualquier otro aspecto de la existencia. El contento de sus ojos no se somete a la acerada voluntad.

Del varón, un joven perteneciente a cuanta congregación mariana existe en su entorno, que encuentra atractivo bajar torrentes en balsa o atravesar barrancos sustentado por una cuerda tendida sobre el abismo, recibí un álbum de fotos que integra toda su biografía. Infante sonriente ante las cuca monas maternas, uniformado al estilo de los Caballeros de Calatrava para la primera comunión, subido a una bicicleta de carreras a los once años, jinete en un caballo de espléndida estampa a los catorce y en traje de baño practicando esquí acuático el pasado verano. Carente de madre desde la niñez, algún mensaje trata de enviar con su arriesgada conducta. De algún peligro huye, de algún miedo, acercándose temerario al precipicio.

Rondando por el vestíbulo de Salidas Internacionales, tan paciente como un tigre enjaulado, los esperaba yo en Barajas. Llegó ella con dos horas de anticipación; está enamorada –me dije– o es de natural precavido. A punto de cerrar la facturación él no había hecho acto de presencia. Lamentaba yo mi suerte hostil, pues su ausencia rompía el basamento inicial de mi trabajo. Sin el muchacho, ni amor, ni caso, ni pruebas, ni acierto, ni minuta. En esas andaba mi mente detectivesca, cuando el esperado llegó

corriendo por el pasillo que une el área de vuelos nacionales con el de internacionales. He aquí, pensé, recordando al poeta andaluz, un hombre que sube a bordo ligero de equipaje, ya que únicamente un maletín lo componía. Favorable circunstancia, pues sólo en razón de no tener nada que facturar, pudo correr azuzado por las azafatas hacia la puerta de la nave. Posee la facultad de calibrar los escollos, soslayándolos, o nació de pie: ya se resolverá la disyuntiva, especulé. Cierto, lo dicho sobre él servía para mí, ya que, portafolios en mano, embarqué con premura tras el joven.

Se sentaron alejados uno del otro. "Qué remedio", pensé, "los asientos libres destacan aislados aquí y allá, y al comprar los billetes por separado no hay forma de reservar el contiguo". Al cabo de tan corta reflexión, la circunstancia me pareció hija de la lógica. Anoto yo por costumbre los ramales seguidos en las encrucijadas, las paradojas e incongruencias de los personajes, tratando de definirlos para prever su posterior conducta; y por esos andurriales vagaba mi ingenio cuando me asaltó una terrible incertidumbre: el hombre del maletín bien podía no ser el sujeto esperado, pues en tan dinámica llegada no había visto con claridad sus facciones. Una cosa podía deducirse, el carácter de quien corre así y llega en el último segundo, se corresponde con el modo de ser del deportista amante del riesgo que me habían descrito los documentos gráficos. Algo más tranquilo, me dispuse a mirar el paisaje alcarreño por la ventanilla del avión, consciente de sobrevolar los cuadros de un pintor de esencia y hondura, de quien poseo un catálogo impreso hace al menos diez años: parcelas irregulares unidas por linderas, mil tonos del pardo salpicados de ocre y gris, verdes riberas de escasos arroyuelos, algún árbol, dos o tres casas rurales rodeadas de huertos.

Siguiendo a una señorita de uniforme violeta claro que enarbolaba una pancarta con el nombre de la agencia de viajes, en Fiumicino, mis vigilados –él detrás, ella delante– seguidos por veinticuatro compañeros de excursión,

subieron al microbús encargado de dejarnos en los distintos albergues. Paramos ante palacetes de lujo, hoteles de cinco estrellas cuyas puertas con dosel guardan cancerberos de librea, pero ellos no se bajaron. Tampoco lo hicieron frente a las elegantes alfombras, que desde la calle dan acceso a soberbias residencias algo más modestas. Por último, en la Via del Tritonne, cerca del Palazzo del Quirinal, descendieron ambos, y yo tras ellos, en el umbral de un modesto hotel de tres estrellas. Sin duda se trata de jóvenes prácticos que saben valorar la relación entre la calidad y el precio, fruto tal virtud de una estricta educación familiar que los prefiere sencillos.

Les oigo decir sus nombres y, en efecto, se llaman Andrea y Jerónimo. Se inscribieron sueltos, en habitaciones individuales, sometiendo a prueba mi hipótesis del noviazgo, zarandeándola. Me registré a continuación, y detrás de mí hizo lo propio una joven bellísima. Pensé, intranquilo, que un quinto espectador podría deducir sin fundamento, que los cuatro anteriores formábamos dos parejas decididas a ocultar una pasión desaforada. Por desgracia, para un investigador privado, las apariencias, cuando no existe otra realidad, son todo. Así de desalentador resulta mi trabajo; tras un momento de euforia, una espina toca el globo y el aire se desvanece en el aire con silbo de huida.

Papas y Emperadores tendieron una misma mirada centrípeta sobre el mundo. Pero lo que son las cosas, la semilla fructificó, tallo y raíces crecieron pujantes, rica y generosa maduró la espiga; y no se repara a estas alturas de la historia en el grano original, arrugado y vacuo.

¿Dónde empieza el Vaticano? Ente abstracto de imposible delimitación, toma cuerpo en la Basílica y Plaza de San Pedro. Renacentista una y barroca otra, contribuyen ambas a conformar una de las unidades arquitectónicas más conocidas del mundo. En tan magnífico enclave, extraviándome, estoy a punto de separarme de mi doble objetivo y del resto de la expedición. La

misa de Ramos congrega a cincuenta mil fieles y es fácil desunirse. No preside el Pontífice la bendición de palmas como es habitual, lo hace el cardenal Ruini, vicario de Roma, quien al término de la procesión, dice la misa. No obstante, tras el rezo del Ángelus, el titular de la Sede agita una rama de olivo desde la ventana de su alcoba, impartiendo la bendición. Le resulta imposible articular palabra a pesar de los visibles esfuerzos: la reciente traqueotomía aún se lo impide. “Da alegría verlo, da pena verlo”: musitan los fieles allí congregados. El arzobispo Sandri, de la Secretaría de Estado, lee en nombre del enfermo un texto dirigido más que a nadie a los jóvenes, pues se celebra la Jornada Mundial de la Juventud.

El clero da a Roma una población exclusiva y preponderante que no acogen otras ciudades. Aun secularizado en la vestimenta, destaca del conjunto. Su dominio, extenso y dinámico, sobrepasa el recinto del Vaticano, rebosa. Ha crecido un comercio de objetos de culto, de uso diario o destinado al recuerdo, no regido –en contra de lo que podría creerse– por las leyes comunes del mercado y, en época de crisis generalizada, florece.

Interesándome en lo que nos rodea, y separados los jóvenes por un señor de barba blanca que lleva del brazo a una señora metida en carnes, procuro no perderlos de vista. Vamos todos tras el guía, un joven florentino que da al español acento musical y declamatorio. Al intercalar palabras italianas en sustitución de las nuestras, ignoradas, nos muestra sin buscarlo un armonioso idioma del que iniciamos el aprendizaje en sus aspectos más elementales.

“Semejando dos granos de trigo en un puñado de cebada”, expresión de mi origen rural que aporto a la jerigonza del oficio, deambulan los hijos de mis clientes por salas y galerías. Y no es un decir figurado, en realidad se distinguen del resto del grupo integrado por matrimonios mayores o parejas muy hechas. Nos detenemos ante la Piedad, obra de Miguel Ángel Buonarroti, y sus rostros, distanciados como están, parecen unidos por la

emoción sentida, idéntica según mi estudiada apreciación. Frente a San Longino y la cátedra de San Pedro, de Gian Lorenzo Bernini, observo a través de sus pupilas la gran sensibilidad atesorada. Debido a estos indicios comprendo que no se perderán la visita al Museo. Y así es, suben animosos la rampa helicoidal. Arte egipcio, etrusco, griego, romano, paleocristiano, italiano: arte acumulado por sucesivas voluntades bien pertrechadas. La restauración de la Capilla Sixtina ha descubierto la luminosidad original; debían verla o tener una excusa rayana en la coartada. La ven, no necesitan disculpa a la altura de la obra maestra.

Avanzo a través de la historia recordando en todo momento que formo parte de los visitantes, grupo humano encargado de dar lustre a la ciudad. Si siglos después del apogeo se llena la boca de las gentes al nombrar a Roma y, al oír la mencionar, la imaginación se eleva tratando de abarcar el primitivo universo, se debe a los visitantes. Preteridas por la rutinaria indiferencia de los residentes habituales, qué sería de las ruinas sin el concurso de quienes llegamos deseosos de ver y tocar los vestigios de la civilización; multitudes relevadas cada día en la concienzuda tarea, capaces de recorrer sin desmayo el espacio que separa unos restos de otros para admirarlos; apasionadas difusoras, luego, de lo visto, oído e imaginado, en nuestros dispersos lugares de origen, trompetas que colocan en disposición de marcha a la siguiente oleada.

No es tarea fácil la de los visitantes; de ningún modo. Vagamos por calles, plazas, museos y tiendas; nos asombramos de la amplitud de los palacios, de la belleza de sus elementos, de la evidente antigüedad; escuchamos, traducimos, pensamos, suponemos. Todo ello sin flojera, con espontánea celeridad, abreviando. Extasiados ante magníficos grupos escultóricos, recuperamos fuerzas. No sólo oramos, sentados en los bancos de las incontables iglesias, también buscamos sosiego. Descubrimos con

agrado la Fontana de Trevi y, apoyados en su barandilla, recibimos alivio. Contemplando casi tendidos los frescos de los techos, reposamos. Exhaustos, en la intimidad del hotel, restañamos heridas: contusiones, pisadas, rozaduras.

Los zapatos mallorquines, cómodos, estrenados para la ocasión, aún no se han hecho a mis pies. Suerte que Andrea y Jerónimo actúan ya sin disimulo y será fácil seguirlos. Sucede en las salas de arte egipcio del Museo Vaticano, entre una estela conmemorativa y el "Torso de Sumo Sacerdote". Se examinan con insistencia, sonríen tímidos, se acercan aparentando casualidad, hablan de asuntos triviales y se entienden a las mil maravillas. Vamos ya por el Panteón –Piazza della Rotonda– cuando rozan sus manos como al albur. Brillo afebrado de los ojos limpios, muestra ella el inconfundible gesto del juego con los ahijados: mirada millones de veces repetida a lo largo de los siglos, reflejo instantáneo de la huidiza felicidad. De esa misma forma me contemplaba mi esposa en los primeros tiempos, hace de ello tres lustros. Mi hipótesis de trabajo, logro de la intuición, se revela acertada.

El anciano Pontífice –ochenta y cinco años cumplirá en mayo– tenaz y sufrido, continúa resistiéndose a la enfermedad. Le cuesta acompañar la respiración, acumula dificultades para alimentarse y su organismo rechaza algunos medicamentos. Con todo, el miércoles santo, aunque no asiste a la tradicional audiencia, vuelve a aparecer en la ventana durante breves momentos. Bendice a los fieles que aceptan gozosos y apenados su presencia, e inicia un dificultoso saludo moviendo varias veces la mano. Ni una palabra, gestos tan sólo; muecas de dolor que evidencian el padecer continuo. Una sonrisa inacabada se diluye en sus labios. Andrea y Jerónimo, superado el fingimiento que los mantenía espaciados, se confortan mutuamente –abrazo incompleto– enjugando en pañuelos impolutos las lágrimas que fluyen de sus ojos tristes.

Gatos fuertes, ufanos, descendientes de los leones y tigres circenses, vigilan Roma, el Patrimonio Nacional en todas sus facetas. Los carteles advierten con frecuencia que existen controles electrónicos. ¡Pura filfa! Si alguien toca piezas preservadas o se adentra por pasillos prohibidos, los felinos simulando duermevela, arañan, mayan, dan la alarma. Sin embargo, cuando, detrás de una estatua sin cabeza, teniendo al fondo el Colosseo, mis observados dibujan con suaves trazos un beso tímido –mero contacto de los labios tensos– los gatos ni se inmutan. Mucho han cambiado las cosas, mucho se han relajado las costumbres en Roma, para que los guardianes no traten de impedir tales efusiones de cariño.

Comprendo que Japón se ha convertido en una nueva provincia del Imperio. Miles de embajadores, portadores de ricos presentes disimulados en cheques de viajero, llegan cada día. Asimismo ocurre con los ciudadanos de la América adinerada, novísima colonia. Jamás estuvieron tan alejadas de la metrópoli las fronteras. ¿Quién de los antiguos protagonistas imaginó tan provechosa continuidad? “Mañana no iremos, vendrán”: ¿Qué profeta aventuró tal vaticinio?

El Jueves Santo, desgajados del grupo general para participar en actividades más acordes con sus gustos, Andrea y Jerónimo forman parte de una patrulla a la que me agrego, cuyo interés primordial son las ceremonias propias del tiempo litúrgico. En la mismísima basílica de San Pedro, a las nueve y media de la mañana se celebra la Misa del Crisma con la bendición de los óleos sagrados. Debido a la ausencia del Papa preside el prefecto de la Congregación para los Obispos, cardenal Giovanni Battista Re. Por la tarde, en el mismo espacio, cardenales, obispos y presbíteros ofician juntos la Santa Misa en la Cena del Señor; homilía, lavatorio de pies y traslado del Santísimo a la Capilla del Monumento. Un cardenal chileno, el presidente del Pontificio Colegio para la Familia, sustituye al Santo Padre. Rumores som-

bríos sobrepasan los confines del Vaticano dominando en poco tiempo la Urbe: el Sumo Pontífice está en las últimas. No obstante, el portavoz del Vaticano, miembro español del Opus Dei, resta importancia al deterioro de la salud papal usando eufemismos que producen alarma. Andrea ya se pone en lo peor y, conmovida, toma de las manos a Jerónimo. El muchacho reacciona al estímulo de manera sorprendente, porque compartiendo el desasosiego no acierta a consolarla.

El Trastevere ya no es lo que solía. Han proliferado los restaurantes y la excesiva comercialización suscita la repulsa de los propios vecinos. Forman la excepción unos cuantos comedores originarios que permanecen invariables. Elegimos uno de ellos para cenar, un establecimiento hogareño; la casa de la abuela italiana que nunca tuvimos nos acoge. Minúsculo jardín en la entrada, vestíbulo justo para cinco o seis personas, varios salones de diferentes tamaños y ambientes, una salita contigua a la cocina y el patio al que dan las ventanas.

¿No se lo he dicho? ¡Qué cabeza la mía! Coincidimos en la cafetería del hotel a la hora del desayuno, y un saludo cordial, el gesto valiente de situarme en su misma mesa, la charla interesada, las coincidencias y el aprecio mutuo, nos convirtieron en amigos. Forman una pareja encantadora. Jerónimo es un mocetón rubio y tímido que ya ha cumplido los veintiséis años. Dotado de una bondad natural con el injerto temprano del tallo religioso de la educación, resulta comprensivo y amable. Economista que añade a su preparación estudios empresariales, se desenvuelve bien con la informática y domina la lengua inglesa. Andrea, complementando al muchacho, es morena, posee la experiencia adquirida a lo largo de veintitrés años bien aprovechados y aparenta una ingenuidad que superó hace tiempo. Abogada experta en Recursos Humanos, habla a la perfección inglés y francés y se entiende en alemán con escasas dificultades. Ambos son para mis ojos libros

abiertos; en cinco minutos cumplimenté sus fichas. Mi conjetura inicial, a la postre sin agarre de importancia, se revela pura especulación. Hablaron el segundo día y, ya en la presentación mutua, se reconocieron. Sus viviendas están situadas en urbanizaciones gemelas, separadas por una autovía que es, de hecho, una frontera, un río caudaloso, una profunda garganta, una cadena montañosa. Pero frecuentan círculos coincidentes. Asistieron juntos, sin saberlo, a tres concentraciones de jóvenes católicos y a varias Vigilias de la Inmaculada. Un mismo verano visitaron la Costa Azul con sus respectivas familias; Andrea durante el mes de julio, Jerónimo en agosto. Apasionándoles las competiciones automovilísticas, él como piloto y ella como espectadora, pudieron coincidir en el autódromo varias veces. Advierten, de pronto, un afán desusado del destino por separarlos o unirlos con fuerza; y no se lo explican, pues para el común de los mortales no tiene el acaso más que indiferencia. Siempre oyeron a sus padres hablar de la otra familia en tono despectivo; atribuyéndola la malquerencia, los desnaturalizados intereses, la falta de escrúpulos comerciales y las propias dificultades económicas. Revolviéndose en el fondo de la permanente rivalidad, intuyen una mezcla de envidia y admiración. Creen haber oído referir en alguna conversación entre adultos, que el padre de él intentó conquistar a la madre de Andrea, cuya elección recayó en el otro pretendiente. Han decidido orillar las diferencias familiares; más aún, ser nexo de unión, argamasa. Al exponer las razones de su presente visita a Roma, encuentran cierta concomitancia en la conducta de sus padres: por separado, aparentando indiferencia, la propiciaron: sugerencias veladas o explícitas, constantes llamadas a la acción, verdaderos impulsos verbales y más que nada –rara conducta en ellos– la oferta de correr con los gastos.

Recibo el relato de sus cortas vidas en la hogareña trattoria del Trastevere que yo sugerí cuando buscaban un comedor tradicional. Me invitaron a compartir mesa y conversación, y aquí estamos. Recoge la coman-

da una anciana cuya viveza corresponde a la edad de su hija, de su nuera quizás. Andrea pide pasta; una porción abundante hecha de distintos colores y formas, paleta abigarrada de pintor, plato sabroso y digestivo que sirven a los llegados de fuera para que se hagan una idea rápida de la variedad inventada a través de los años. Añade la chica Ciuppin de pescado y el Pan di Spagna cierra su yantar. Verduras frescas aderezadas con aceite de oliva inician la comida de Jerónimo. Las sigue el Saltimbocca alla romana; un tierno escalope de ternera, tan sabroso, que Andrea, después de probar un bocado, pide la receta. Por último, Pasta Frola. La dueña me recomienda Caponata; berenjenas, apio y que sé yo qué, del todo deliciosos. Para seguir, un Coniglio al Marsala que extiende su fama por los alrededores; y el queso Pecorino a modo de postre. Ya que no bebo alcohol, puedo decir sin exceso, que son ellos quienes dan buen fin a una botella de vino de Frascati. Soy un sentimental y quisiera compartir estos instantes con mi melancólica esposa, camarera ascendida a jefa de sala en el hotel más lujoso de Madrid, de quién aún me enamoro a diario.

La sobremesa se prolonga en una charla cordial, y la sinceridad dominante invita a las confidencias. Debilitado por la camaradería y sin entrar en detalles, confieso mi profesión de Investigador Privado. No me rechazan como era de temer; y asegurando que cada quien sabe lo que le conviene muestran una amable tolerancia. Habla Andrea con entusiasmo de Florencia, Venecia, Génova y Verona; ciudades que describe como si las hubiera recorrido palmo a palmo, sacado su conocimiento de los libros leídos. Tan a gusto de Jerónimo las dibuja, que acuerdan ambos incluirlas en el periplo europeo de su viaje de novios.

Caleidoscopio que muestra al visitante una existencia plural, varias ciudades en un mismo espacio, Roma se comporta como un diamante tallado con desigual pericia por sucesivos expertos. Religioso o ateo, el peregrino

encuentra la que busca. Pertenezca a un partido político o se considere anarquista, adorador de imágenes o iconoclasta, halla la más afín. Rea Silvia, hija de Numitor, fue la madre biológica de Rómulo y Remo; aunque si damos crédito a la leyenda, la verdadera madre, la del amor y los desvelos, la de los biberones cada tres horas, fue una loba. Licencia tenemos, pues, para solicitar a Roma cualquier cosa. Pidámosle la luna, y nos dará una luna preciosa, dispuesta a derramar su luz sobre los tejados, cayendo en cascada por los románticos jardines del Palatino, reflejándose inquieta en las aguas del río, de las fontanas en penumbra; casi mágica. Roma de noche se transforma. No, no es máscara, se trata de una faceta distinta de su ciudadana personalidad. Cambia el objeto y cambia la mirada. Recomiendo la intimidad de ese paseo a Jerónimo y Andrea, y me lo agradecen; porque los enamorados necesitan soledad para servir a su pasión y compañía que atestigüe su felicidad.

La *notte*: antes y después de las navajas desnudas, amor y poesía. *Non è più tempo, Amor, che 'l cor m'infiammi*. Descubro a la pareja la apasionada personalidad de Miguel Ángel, capaz de escribir vehementes versos a Vittoria Colonna –romana, catorce años menor que él, casada muy joven con el noble Ferrante D'avalos, fiel, religiosa, intelectual y poetisa, ligada a artista tan completo por una profunda amistad– de lo que se sorprenden emocionados. Tras sacar un buen rédito a mis lecturas poéticas, yo me retiro a dormir y ellos salen a crear los futuros recuerdos.

Bien avanzada la mañana del Viernes Santo, quienes ya somos tres amigos inseparables que han dado al grupo la espalda y se desentienden de la cuadrilla desgajada, recorreremos el centro ciudadano. Roma es un desván en el que los sucesivos dueños han ido dejando su ajuar; un trastero lleno de nostalgias. Tiene por ello el encanto de los baúles heredados y el agobio de la acumulación de enseres. Permite así buscar antecedentes y sobre todo,

soñar. Me hablan ellos de sus proyectos, pues ya los tienen. Son conscientes de la oposición de sus progenitores, orgullosos y testarudos a cual más, pero están decididos a cambiar de domicilio, de ciudad y, llegado el caso, hasta de familia; renunciando a sus copiosas herencias. Sospechan que vigilo por encargo a uno de los dos, pero no saben a quien y eso me salva. El secreto profesional frena mi confidencia en la cota apropiada y ni niego ni confirmo, dejándoles la dulce intranquilidad de la duda. Esa misma noche vemos al vicario del Papa en la diócesis de Roma, cardenal Ruini, portar el *lignum crucis* en la ceremonia del Calvario. Desde el Coliseo hasta la colina del Palatino, avanza la procesión con lentitud solemne, consumando el tormento al término de las catorce estaciones. Ni una sola vez, en los veintiséis años de su papado, el Santo Padre ha dejado de llevar él mismo la cruz.

¿Resulta Roma excesiva? Sí, pero en cierto sentido nada más. Es demasiado compleja para una semana de permanencia, quizá para un mes; pero la perspectiva de pasar toda la vida en Roma puede atemorizar. Si es imprescindible ver Roma, por simétrica razón es obligado salir de Roma. De lo contrario, el punto de mira puede perderse y las partes serían anuladas por el todo. La línea inclinada de las colinas, la horizontal de los sepulcros y la vertical de los obeliscos establecen la bella geometría; pero unidas se hacen saetas que apuntan al corazón.

¿Se construyeron monumentos incompletos, estatuas y jardines envejecidos desde su concepción, deteriorados a propio intento? Llegamos a sospecharlo basándonos en las abundantes muestras diseminadas por plazas, patios y terrazas, y las correspondientes copias halladas en tiendas y talleres. Naná, mi melancólica esposa suiza, a sus cuarenta y ocho años, disfrutaría como una adolescente tomada por tan espléndida desolación. "Pero el deber exige bordear el afecto": según dice ella misma, paráfrasis acaso de algún dicho grisón.

Sábado ya, y aún hemos de ver algunos de los espacios más destacados, barrios sencillos, rincones entrañables. En los desplazamientos deslizamos frecuentes ojeadas por los escaparates con el fin de seleccionar encargos y regalos. Roma es diseño. Lo moderno son los escaparates; y en Roma los escaparates difunden diseño. La tienda más pequeña, de vitrina mínima, está cuajada de diseño; me refiero al buen gusto y a la armonía adecuados al uso del objeto. Compramos seda en uno de los numerosos puestos callejeros, corbatas, pañuelos; el precio es bajo y la calidad aceptable. Variedad de colores, de tonos, de dibujos. Libros; hojeamos una gran diversidad y adquirimos una pequeña muestra. Tenderetes colocados con primor en confluencias de calles, en bocaplazas de anchas aceras, ofrecen, junto a láminas de la ciudad antigua, ejemplares de cuidada edición, encuadernación magnífica y armoniosas portadas. Las librerías mejor surtidas muestran un abanico de posibilidades casi inagotable. Concentradas alrededor de la Piazza di Spagna y de Ludovisi, Andrea se da de bruces con tiendas de joyas, costura y piel, de fama reconocida. Veo calzado italiano en el Corso cuando mis pies y los zapatos mallorquines se abrazan hermanados. En Porta Portese recorreremos un mercado popular parecido al rastro de la madrileña Ribera de Curtidores.

Al anochecer, nuestro destino inmediato es la Basílica de San Pedro, pues pronto empezará la Vigilia Pascual presidida por el cardenal Ratzinger, decano del Colegio Cardenalicio y prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe; quien, en opinión de los entendidos, será el próximo Pontífice. Dicen que es docto: ha escrito libros enjundiosos y multitud de artículos, da conferencias junto a seglares de renombre. Dicen que su conservadurismo le lleva a ser el látigo de los teólogos heterodoxos. Dicen que es el señor de una Curia dominadora de los cardenales. Quienes desean saber, recurren a los medios de comunicación que exponen los hechos según su

propia manera de ver las cosas; así cada cual confirma su punto de vista y refuerza la solidez de su pensamiento. Por eso la brecha abierta entre progresistas y conservadores se ensancha y ahonda.

En ocasiones me salgo de la fila para hablar con la gente de a pie, la que vive por sus manos. De esa masa surgen individuos sabios que llevan dos milenios de cultura a las espaldas. No lo parece a simple vista, se hace necesario entablar con ellos abierta comunicación para descubrirlo. Los habitantes de Roma han desarrollado un escepticismo creyente que, manifestado en una sabrosa charla, nos dice del clero católico y de su jerarquía, mucho más que los sesudos vaticanistas en sus intervenciones televisadas.

El Domingo de Pascua, a las diez y media de la mañana oímos misa en la Plaza de San Pedro; la oficia el secretario de Estado, cardenal Ángelo Sodano, muy cercano al Papa y enfrentado –se comenta– al bávaro Ratzinger. Hora y media después, un Santo Padre desfigurado, viva imagen del dolor, imparte en silencio la bendición “Urbi et Orbi” a setenta mil asistentes. Las lágrimas de centenares de enternecidos espectadores se convierten en un anticipo del cercano desconsuelo final. Gesticula el Pontífice con fuerza, pero la rigidez muscular sólo permite la salida de un áspero susurro. El Papa vive su particular semana de pasión, acercándose paso a paso a la cumbre del Gólgota.

La estancia, intensa en el sentir general, llega a su término. Nos gustaría quedarnos, pues se avecinan acontecimientos de gran trascendencia: la muerte, acompañada de un duelo que, desde Roma, como el agua incontenible de un embalse roto, inundará todo el Orbe; la exposición del cuerpo insepulto, miles y miles de fieles dispuestos a pasar un día entero con su correspondiente noche en una fila que no avanza, para luego echar un doloroso vistazo al cadáver; el entierro, la ciudad tomada por la policía y el ejército en actitud protectora de los mandatarios que representan a casi todos

los países del Globo; el cónclave de electores, ciento diecisiete purpurados decididos a nombrar un sucesor que esté a la altura del extinto, capaz de seguir su obra y de mejorarla, llenando de paso la mermada alcancía. Ceremonias de un enorme colorido, inusitado hoy en día, repetidas al milímetro con independencia del paso del tiempo. Millones de peregrinos se apropiarán de la urbe para presenciar unos momentos históricos de los que vale la pena ser testigo.

Jerónimo, Andrea y yo, hablamos de permanecer en Roma unos días más, pero el vehículo de la agencia de viajes recorre los hoteles para devolver a los excursionistas al aeropuerto. Ni una habitación queda libre, ni una cama de pensión; puede que los catres desplegados en pasillos de casas particulares o los bancos públicos lleguen a ser objeto de encarnizadas disputas. El vientre metálico del autobús va atestado de bultos, y nosotros, con el sentimiento de ser llevados a la fuerza, dejamos la mirada perdida en las calles, en las plazas más transitadas, en los jardines maltratados, Piazza della Republica, junto a los negros estorninos que pueblan los árboles nevados de sus propios excrementos.

De Fiumicino a Barajas, mientras Andrea y Jerónimo se prometen amor eterno y dicha infinita, yo, en una de las últimas filas del avión, reintegrado al encargo que me llevó a la Ciudad Eterna, me empeño en consignar el transcurrir de los hechos que justifican mi viaje. En la entrevista de rendición de cuentas y presentación de comprobantes, habré de contestar cuestiones de mucho compromiso a cada uno de mis clientes, señores que se crecen ante los asalariados.

En la doble partida de ajedrez que ahora concluye, consigo hacer tablas: gano una y pierdo la otra. Mi informe disgustará al padre de Andrea y aliviará al de Jerónimo. La sospecha de un galanteo en la hija, indebido desde su punto de vista de empresario intrigante, de pretendiente no correspondido,

gracias a la mezquina actitud paterna, se ha concretado. El miedo del otro a una religiosidad excesiva del muchacho, modificadora del futuro diseñado por el egoísmo, se aleja a pasos de gigante de los hechos que habrían de justificarlo. Reflexiono: no hay tablas; seré el mensajero de dos descalabros. El temor del padre de Jerónimo no va a diluirse, se transformará en otro, uno simétrico al que consume al padre de Andrea.

Mis clientes, tan coherentes ellos, tan dados al axioma del dos y dos son cuatro, en cuanto vean las fotos de viajeros que sus hijos exhiben con deleite, haciendo de tripas corazón, romperán el silencio de su prolongada enemistad y conversarán. Tendrán una charla tensa, la única posible entre ambos, empresarios competidores y enemigos declarados, cuyo objeto será entorpecer el idilio, acordar la continuidad del desacuerdo, pactar el progreso de la guerra más allá de la imposible victoria, más allá de la indudable derrota, eternizándola. Andrea y Jerónimo, punto débil del rencor paterno, se profesan un amor que humilla a los insensibles progenitores.

No se muestra tan fiero el león como el cazador lo describe; cuentas rendidas, no aprecio el hosco gesto esperado en mis momentáneos jueces. Distingo, sin lugar a dudas, una sonrisa incipiente, fragmentada en elementos complementarios, labios entreabiertos y ojos brillantes. Y hay más: recibo de ambos una prima no pactada, un plus destinado a premiar el óptimo desenlace del caso y mi pérdida de neutralidad, mi beligerancia a favor de las emociones, del sentimiento que arraiga en sus hijos.

Tras lo visto y oído columbro que, perjudicando a sus negocios la disputa, desean ambos la unión de sus vástagos y con ella una alianza comercial que los haga fuertes. Yo fui el cebo, el acicate de lo prohibido, la prueba del nueve; el alfil agitador de su tablero. En casa hablamos sin reservas, y cuando explico el caso que me llevó a Roma, mi hijo, lector de Chesterton a sus trece años, asegura que el sagaz padre Brown no se hubiera dejado

engañar por embusteros tan fatuos. Pero mi esposa Naná me defiende con una sonrisa cómplice, que resume un tratado no escrito acerca de la pasión amorosa.

* * *

6. La invicta espada de Bernardo

Entre las imágenes que pueblan mi larga memoria, se encuentran las suscitadas por la leyenda de “La Espada Invencida de Bernardo”, escuchada hace al pie de medio siglo –alcanzaba yo los doce o trece años de edad– a un titiritero conocido por Teudenio, barbado sujeto de una ancianidad adelantada dos o tres lustros, en cuya manera de ser convivían, habitándolo, un comediante de la legua y un juglar del medioevo que solían echarse una mano si la situación lo requería.

Andaba Teudenio sobrado de conocimientos, pues añadía al saber de un maestro de escuela el interés por el origen de los hechos que define a los filósofos. Se comportaba de manera práctica en lo tocante a los grandes conceptos, obrando como un escéptico respecto a Dios y las particularidades que las religiones le atribuyen, pero su sentir era el de los desconfiados más que el de los indiferentes. No obstante, se descubría soñador a la hora de afrontar el día a día; tan lejos del utilitarismo como lo estuvo en la niñez, de la que aún conservaba algunos matices muy acusados. De modo que, comparado con la generalidad de la gente conocida, sobresalía.

Confío en que si mi palabra no lo describe con claridad suficiente, añada su conducta la luz necesaria, ya que hombre tan singular iba de pueblo en pueblo por el Bajo Carrión y El Cerrato más próximo a la ciudad de Palencia, recitando versos y representando obritas de teatro. Aspecto positivo de su

estrella, le ayudaba –acogida a su generoso amparo– una muchacha huérfana de tez rosada, mirada luminosa, naricilla chata y rubias trenzas llamada Marina. Utilizaban ambos a modo de hogar ambulante un carro de varas entoldado, cuyo armazón, ligero y resistente, constituía un prodigio de la destreza carreteril. Tiraba de él un jumento de considerable alzada y cano hasta la última cerda, que situaba a los artistas ante auditorios de bolsa menguada.

En Valdepero, mi pueblo, se afianzaron en el Patio de Castaño, al pie mismo de la iglesia, junto al cercado de servidumbre parroquial. A través de las rendijas de la puerta pudo ver el burro la abundante hierba del corralito, y una vez liberado de sus arneses se acercó al umbral con la boca hecha agua. Aún no existía la fuente que unos años después abrió el Ayuntamiento en el centro del callejón, de modo que si el carro simulaba el escenario, la plazoleta era una vasta platea que ni pintada le venía al farandulero para sus propósitos.

Cuando la acción se enmarañaba de manera que los brazos de padrino y ahijada resultaban insuficientes, o cuando el argumento reunía en primer plano a un número desusado de personajes y se requería sumar voluntades diestras, Teudeno solicitaba voluntarios entre los entusiastas de su arte. En esas me hallaba aquel doce de junio, víspera de San Antonio Abad; pues nada más comenzar los preparativos quise iniciarme en los entresijos de técnica tan sorprendente. Debido al natural curioso acumulaba yo fama de muchacho despierto, dado a la historieta y a la fabulación; y revoltoso hasta un milímetro antes de lo intolerable. Nada extraño le resultará al lector que, con todo ese bagaje a mis espaldas, llegado el momento de reclutar colaboradores estuviera un servidor entre los elegidos.

Tanto agradó el ensayo general de la obra a los allí presentes –a los niños los constantes manejos y a los mayores la trama– que el eficiente maestro, don Roque, se comprometió a preparar una versión adecuada a las

posibilidades escénicas existentes en el pueblo. Arreglado el drama con esas miras, a su justo tiempo, un mes antes de la festividad de Nuestra Señora de la Antigua, patrona de la localidad, en el salón de baile comenzaron las lecturas del texto. Es necesario decir que por entonces, don Roque y don Jesús, el cura, colaboraban en la formación de un grupo de actores pertenecientes a la Acción Católica; unos cuantos aficionados, chicos y chicas solteros, a punto ellos de ir a la mili o ya vueltos, y una pareja de recién casados, quienes, participando de la afición a las comedias, se hicieron novios por el simple procedimiento de prolongar el primer papel representado: Romeo y Julieta, adaptación *sui generis* del drama de Shakespeare discurrida entre don Roque y ambos protagonistas.

Por mi parte, en cuanto estuve capacitado y hallé oportunidad, busqué naturaleza histórica al romanesco relato de "La Espada Invencida de Bernardo", encontrando harto ingrata la tarea. Está claro, a mediados del siglo noveno, cuando parece desarrollarse la trama, no existían los actuales castillos o abadía a los que ella se refiere. Mas, como resulta probado que todo mito participa de una base cierta, es de suponer que la fortificación y el cenobio iniciales –precursores de los ahora alzados– fueran el soporte sólido de la invención. Originada ésta en fuentes diversas, tales como las crónicas árabes, las narraciones cristianas o la erosionada tradición oral; nada impide que se aposenten en su esencia la ambigüedad y la paradoja.

Medido en los estudios que debían hacer de mí un ciudadano libre, respetado y próspero; tuve acceso a libros que trataban algún aspecto relevante de la leyenda, tanto en verso como en prosa. Así que el presente relato es la sumada consecuencia de tales orígenes y el aporte que la fuerza de mi imaginación haya sido capaz de añadir, que no será plumón de ave, supongo. Con todo, siendo el texto presente hijo de cien padres –poetas algunos, historiadores otros y hasta comediógrafos de nombradía– las

maneras son las que vi la víspera de San Antonio y el día del Santo en el Patio de Castaño de Valdepero; de eso doy la fe que mi mermada capacidad de evocación admite.

No sólo los cofrades, el pueblo entero andaba metido de lleno en las fiestas: calzadas limpias, balcones adornados, mozos asidos a su condición masculina, muchachas deseosas de agradar, niños incapaces de conservar la quietud más allá de un breve momento, padres desazonados por la estrechez de los zapatos finos y el deficiente anudado de la corbata, madres ocupadas en el adecentamiento de la casa, en la disposición de las blanquísimas mudas y la ropa elegante, en la búsqueda de ingredientes para completar las recetas de un menú extraordinario. Dianas, pasacalles, misa mayor oficiada por varios curas venidos de fuera al olor del lechazo, realizada con la poderosa voz, bronca y firme, de un predicador jesuita, flagelo de los incrédulos y de los tibios de corazón.

A la anochecida, cuando –cresta amoratada, ojos, pico y principio del pescuezo violáceos– exhibían los mozos el trofeo de las cabezas arrancadas a los gallos vivos: trote forzado de las mulas contra las aves aterradas, patas asidas a la soga que de bombilla a bombilla cruzaba la calle; conocida ya la escopeta ganadora del afamado concurso de tiro al pichón: treinta y tres abatidos sin un solo yerro; tras el concurso de arada: surcos trazados con una cuerda ficticia; a esa hora mágica del anochecer, en el espacio elegido por Teudenio, la verdadera representación de los títeres, formal e íntegra, estaba a punto de comenzar.

Los pequeños errores descubiertos en el ensayo fueron corregidos uno por uno, y las manos de los colaboradores se movían ya con apreciable soltura. Un bullicioso público abarrotaba la plazuela: personas de toda edad y condición. Sentados unos en las sillas traídas de casa, y los más, de pie; habitantes del pueblo y forasteros exteriorizaban su entusiasmo.

Conducida por el ramal del verbo sugerente y acariciador de Teudenio, la imaginación de los espectadores formaba el decorado. Un lienzo blanco, un tafetán rojo y un fieltro verde, manejados con tino, pueden dar sustento o tejadado a cientos de historias. Tenía el carro los peones –tanto los de varas como los traseros– bien hincados en tierra, las ruedas trancadas con cantos en forma de cuña y la galga ceñida a más no poder. Los intérpretes, Marina y Teudenio, se situaban dentro del carro fijando los pies en el suelo, ya que las tablas del fondo eran quitadizas. Un tablero no más ancho de un palmo, dispuesto junto al travesañ que une las teleras, hacía las veces de mostrador, territorio donde los muñecos evolucionaban. Las ranuras abiertas a la madera ampliaban los recursos de las manos, permitiendo deslizar el disfraz de las figuras en su constante ir y venir. Eran las voces cosa de los trashumantes, que las modulaban en sus tres registros. La mocita imitaba los diversos matices de las femeninas; quedando las masculinas a cargo del hombre, simulador de la plática sosegada de los ancianos y del parloteo de infantes.

Cuadro Primero

La particular disposición de los recursos sugería el salón principal de un castillo. En lo que debía de ser el sitial del trono, aparecían un rey erguido –cetro y corona definiéndolo– y una joven cabizbaja; a hurtadillas escapaba de la escena por el lado izquierdo el infame acusador de la doncella. Hablaba el narrador con voz pausada, interrumpido por el amargo llanto de la reprendida. Ante la puerta, dos soldados armados de lanzas entrecruzaban sus pasos.

Una palabra clara y profunda, cargada de inflexiones, ponía Teudenio en el relato de la acción desplegada ante los ojos ávidos. “Muy otra sería la existencia de Ximena de no tener, como tiene, vinculado su destino por

parentesco al del Rey de Asturias, Alfonso II el Casto. Hace Alfonso promesa de virginidad en nombre propio y en el de ella, sin buscar su aceptación como parece natural. Insolencia enorme. ¡Ah!, pero su hermosa y discreta hermana, que tal es el grado de consanguinidad existente entre ambos, se enamora de forma impetuosa como las mozas de toda condición suelen hacer cuando les ha sido vedado”.

“Un joven noble, dotado por natura de generoso espíritu y vivo ingenio, el valeroso conde castellano Sancho Díaz de Saldaña –gentil estampa en los salones, airoso a caballo, diestro en el manejo de la espada, fuerte el empuje de su pica, fiel vasallo del rey asturiano– gana la pública amistad y el amor secreto de Ximena. Pasión correspondida, que el fluir del tiempo hace notoria al mostrar la doncella signos evidentes de preñez. Gestación que, a pesar de enraizarse en el amor más puro, mancilla cuando se produce fuera de las uniones que Dios ha bendecido”.

“Abandona la sangre el rostro de Alfonso urgida por el apresurado corazón. En fiero lo convierte la ira: ojos ígneos y un rictus bárbaro en la boca; de modo que mil enemigos huirían de su encolerizada presencia. Oscureciendo ayes y lamentos, las reales órdenes portan una firme voluntad de observancia: Tú, impúdica, acrecerás la menguada virtud en un convento; el Conde, traidor, será preso hasta la muerte; y del bastardo, nacido del pecado, no quedará vestigio que sea nuestro estigma”.

Oyéronse unos golpes secos que bien pudieran ser obra de los soldados del Rey; no obstante, nacían de las cabezadas del asno en la puerta del corral, destinadas a forzarla para alcanzar la hierba. Las afectadas voces de Teudenio y Marina ponían angustia en la actitud de los personajes, y el medido agitar de brazos y cabeza de los muñecos, generaba una tensión que por momentos se iba adueñando del ambiente. Ignorantes de las pasiones que arrastran a los adultos con frecuencia, quedaban los niños en ayunas del

argumento, pero al igual que los mayores tenían sus ojos clavados en la acción ocurrida bajo el toldo del carro, imponente castillo de sólidos cimientos y elevadas almenas, poblado por nobles y villanos en forzada armonía.

Emocionado, el imperturbable narrador proseguía el relato: "La desdichada amante, la infeliz enamorada queda recluida en la abadía de Fusiellos; comunidad de linajudas damas, señoras de biografías semejantes a la suya. Sin profesar ni tomar hábito por considerarse esposa, madre sin vástago a quien cuidar, reduce el ocio confeccionando filigranas de encaje, labor apenas estorbada por irreflexivos rezos y hondos suspiros. Como si de indómito enemigo se tratara y metida en fierros estuviera su energía, la custodian media docena de soldados disimulados de labradores".

Cuadro Segundo.

Aparentaban los trapos del decorado una mazmorra en penumbra. Dentro de la angosta celda, un hombre encadenado se dolía tristemente de su sino. El narrador continuaba la exposición de los hechos, interrumpido a veces por las quejas del confinado; lamentos que el propio Teudenio había de ejecutar mudando la voz resuelta en otra desvalida.

"Tras una defensa infructuosa que da con diez soldados en tierra, el Conde, ignorante de la suerte corrida por su amada, cae en la celada dispuesta por el rey Alfonso. Cargado de grillos y cadenas, la tropa lo conduce a la pétreo fortificación situada a una legua de Palencia, castillo vigilante de la ribera en arco del Carrión, límite elevado de la villa que tomó el nombre de Valdepero en la repoblación reciente".

En tal momento del pasaje, los espectadores de cualquier edad nacidos en la comarca inflamaban de orgullo su pecho, pues ese Valdepero de la historia no era otro que el nuestro, próximo a Fusiellos, hoy Husillos, mencio-

nado también por Teudenio en su exposición. Yo mismo, que sujetaba un soldado con cada mano, no pude evitar un temblor perceptible, que debió de mostrar a los armados como consumados cobardes.

“En cuanto preso y custodios, tras llegar a la explanada del castillo, suben al ajarafe, cumbre de los recios muros, para leer y oír la sentencia; pide Sancho Díaz su acero, pues desea orar ante la cruz de la empuñadura como tiene por costumbre. Sobre el último amén, bajo la sorprendida mirada de los guerreros, con toda la energía de que es capaz su fuerte brazo, inserta media hoja entre dos piedras sillares bien ajustadas. Violencia sustitutiva, acaso, de la que, en ese momento de cólera inconmensurable, desea descargar sobre el duro corazón del soberano, tan casto como cruel y tan cruel como casto. Empeño ponen varios soldados en liberarla, y ni juntando sus fuerzas lo consiguen”.

“Recibe el Conde penoso aposento en una mazmorra insalubre y lóbrega, húmedos cimientos de roca viva carentes de los huecos que suelen formar puerta y ventanas; hoyo al que desciende en vilo a través de un pequeño lucernario abierto en el techo. En un capacho de masiegas los carceleros bajan los alimentos y alzan los desperdicios. El sol con sus interrumpidos rayos habla al preso del abreviado día y de la alargada noche, del cielo azul y el nuboso manto, de las estaciones cálidas y frías”.

“Tras el empeño de que nada descubra su origen, bautizan las monjas al recién nacido el día preciso de San Bernardo, dándole ese mismo nombre. Si ha de morir, se dice la madre superiora de la abadía, mejor hacerlo en la condición de cristiano. La hermana tornera, encargada de entregar el infante al verdugo, buscando infundir más énfasis a sus palabras, sugiere que las instrucciones escuetas y precisas transmitidas por ella, provienen de un personaje acostumbrado a ser obedecido de todos sin obligación recíproca. Dócil de suyo la religiosa a más de por los votos profesados, con

harto dolor de su corazón entrega la criatura a quien hace en el convento las veces de sacristán, jardinero y hortelano”.

“Mudo de nacimiento, trátase de un sombrío alquimista y astrólogo, intuitivo hasta el punto de armar con escasos detalles conjeturas que al cabo resultan bien ciertas. Sin perder de vista la suposición forjada, tuerce las intenciones homicidas de quien está en situación de imponerlas, señor principal desde luego, puede que el mismísimo Rey. Siguiendo el dictado de su voluntad desafiante, tatúa la divisa regia al recién nacido y lo abandona ante el postigo del castillo de Montesón. Frecuenta esta puerta trasera, según el acertado saber del adivino, la esposa del señor feudal, linajudo caballero temido en los contornos en razón de las frecuentes levadas y requisas. Delatan los vagidos la mínima presencia, y Aldonza, la señora, toma al recién nacido a su cuidado. En adelante le procurará atenciones de madre, las mismas que a la pequeña Elvira, su verdadera hija, nacida por entonces”.

Sonreía, cómplice del narrador, la concurrencia; pues el Montesón mentado había de ser por fuerza el pueblo llamado Monzón, sito al norte, en el lado izquierdo de la carretera de Santander. Lo riega el río Carrión fertilizando su vega, y como sólo dista cuatro kilómetros del nuestro, rivalizan ambos en pasadas glorias y hasta en la presente andadura. Posee Monzón de Campos parada del ferrocarril, que a nosotros nos huye a resultas de la irregular geografía; si bien, la fábrica de su castillo actual se muestra pobre comparada con la espléndida del levantado en Valdepero. Sabía Teudenio el efecto de los nombres conocidos, y los citaba con prodigalidad, parsimonia y complacencia.

“Herido en su amor propio, Alfonso II el Casto jura mortificar a los transgresores con el mayor castigo que el rencor puede concebir. Así se las ingenia para que los enamorados se sepan inmediatos, uno cerca del otro sin poder verse ni oírse, ignorando el destino del hijo arrancado del seno mater-

no en el primer sorbo de vida. Consigue el Monarca en demasía su propósito, pues inflamadas las mentes de los confinados hasta límites cercanos a la locura, ansían reunirse, santificar su cariño y dar con el infante destinado por Dios a gobernar varios reinos”.

“Ximena, a un tiempo alentada y abatida, confía a las avecillas mensajes tiernos dirigidos al cautivo Conde, al hijo de ambos, vivo si del corazón se fía, muerto si el cerebro impone su opinión. Corcel trabado, el tiempo avanza tardo sobre la desesperación de los amantes, hiriéndolos con el insistente retumbo de sus cascos. Bajo las piedras que asientan la mazmorra, Sancho de Saldaña orada sin descanso un pasadizo. Progresas en dirección a la Abadía, y su visión disminuida por la permanente oscuridad le sirve apenas para conservar la línea recta. Se deba al despertar de la misericordia, a la espera interesada de alguna recompensa o a la sabia ineficacia de su severidad, lo cierto es que se suaviza el rigor de los carceleros y bajan herramientas cuando les son pedidas o izan la tierra resultante junto a los residuos”.

“Protegido de la Fortuna personificada en la bienhechora Aldonza, mujer de gran entereza, decidida y juiciosa, dotada por añadidura de un carácter plácido, crece Bernardo feliz, ocupando su tiempo entre los juegos con Elvira a la que sirve de paje y la formación necesaria a todo muchacho. No es de extrañar que, en tales circunstancias, prenda en los niños una apremiante necesidad de estar juntos y confesarse unas cuitas carentes aún de trascendencia.

Cuadro Tercero

Un campo simulaban los lienzos; llanuras y altozanos se sucedían en sus pliegues. Se perdía en la lejura, delimitada por cuestas casi llanas, la bien imitada vereda de fieltro pardusco; caballeros en briosos corceles de tafetán

ceniciento lo recorrían; y proseguía el narrador su discurso entre los ecos de una sombría canción que Marina, la joven huérfana, desgranaba enternecida, metida de lleno en la piel de la infeliz Ximena, dos veces torturada.

“Adolescente despierto e industrioso, crece Bernardo en el castillo de Montesón desconociendo su verdadero origen y el significado del dibujo grabado en la piel. Entre los rígidos ejercicios de adiestramiento y las cuantiosas labores asignadas, va fortaleciendo un amor amparado por Aldonza. Sabe la madre de Elvira que su hija venera a Bernardo. Ojos, manos y suspiros son los encargados del involuntario pregón. Y resulta el mensaje tan nítido e insistente que hasta el padre percibe los destellos. Mas de un corazón inhóspito y egoísta en sumo grado, cabe esperar que pergeñe planes ambiciosos, procurando sumar territorios y mesnadas por medición del pretendiente. Separa a los muchachos como era de temer; da las órdenes precisas para que habiten dependencias alejadas y en las actividades comunes fija su posición de modo que les resulte dificultoso hablarse”.

“Un infierno arde inextinguible en el castillo, y no son los enamorados los únicos dolientes: sufre Aldonza con ellos por partida doble, una por cada amor contrariado. Cierta tarde quieta de primavera, un grupo de jinetes –los apasionados jóvenes, el padre y sus amigos– allá por los campos de Valdespina, trota tras la jauría perseguidora de un jabalí. Una viborilla surge de entre las piedras bajo las mismas herraduras. El corcel de Elvira, desbocado, parte como un rayo hacia un cercano bosquecillo, inicio de un valle húmedo cubierto de pasto. Brinca la cabalgadura para salvar el obstáculo que supone un tronco caído entre peñas, y da con la doncella en blando suelo, suave tierra alfombrada de esponjoso musgo y flores profusamente pigmentadas. A su lado corre Bernardo como el viento, como la sangre llamada por la herida. Reciben sus brazos a la amada y en un beso espontáneo, largo tiempo contenido, sus labios húmedos devoran a los que se rin-

den sin lucha. Llega raudo el receloso padre, a tiempo de sorprender la brevedad del dulce galanteo, y a latigazos rompe la armonía de la composición pictórica. Sucede en ese instante tan rico en emociones contrapuestas: Bernardo es expulsado del castillo como Adán lo fue del Paraíso, y acaso por motivos coincidentes: la trasgresión, el avance de la voluntad rebelde a través de espacios prohibidos”.

“Desde la mazmorra de Valdepero se prolonga, largo y oscuro, el estrecho túnel excavado por la esperanza nacida de la desesperación. Avanza a duras penas descubriendo las raíces hondas de los árboles, rompiendo terrenos densos trabados de rocas. De quererlo, el Conde podría liberarse; pero dirige el túnel hacia Fusiellos: ansía oír, sentir a Ximena. Sabe que si huyera, el ejército al completo, una patrulla desorientada y hasta un solo escudero inhábil prenderían a un vagabundo casi ciego. Ximena intuye la cercanía que el corazón avisa, y escucha en silencio, durante largos ratos de atroz monotonía, el golpeteo de la azada y unos pasos imposibles”.

Descubría la historieta el origen de un antiguo mito, referido por los abuelos de la comarca a sus nietos: unen sendos conductos el castillo de Valdepero con el de Monzón y la Iglesia de Husillos. Un murmullo entrecortado de exclamaciones suspendió el relato un instante, pues Teudeno hizo un alto en el camino, parada momentánea, ya que aún quedaba mucho texto.

“Humanitario y culto, el abad acoge en el monasterio de Lebanza al joven Bernardo, viajero sin rumbo que cruza los espacios más ásperos de su existencia. En efecto, separado de Elvira por la fuerza, marcha sin gobierno con los pies y el corazón llagados. Escuela de altas enseñanzas, internado de nobles herederos: Filosofía, Retórica, Teología y Ciencias Naturales son allí afán cotidiano. Sin efectuar ningún pago ni trabajo servil que compense el trato recibido, permanece Bernardo los años precisos para que su ingenio bien dotado fructifique. Perfecciona el arte de la espa-

da, con la lanza es hábil hasta extremos infrecuentes, adquiere los modales que todo caballero debe presentar ante la corte y notables conocimientos en materias principales”.

“Estimándose digno de Elvira a pesar del enigma de su origen, regresa Bernardo al castillo de Montesón. Allí la desgracia ha tomado la fortaleza y Aldonza naufraga en un mar de lágrimas. Su marido, acusado de felonía por un brioso conde leonés, no encuentra paladín para el juicio de Dios. Pálida y delgada, Elvira suplica asistencia a Bernardo, que no puede ser armado caballero. Cree Aldonza llegado el momento de anunciar la regia estirpe de su antiguo acogido, acreditada por los signos grabados en el hombro. Hizo la mujer averiguaciones que desde la Abadía de Fusiellos la llevaron a la corte del rey Alfonso. Se ensancha el corazón de Bernardo cuando ve el blasón íntegro del escudo –réplica del dibujo tatuado en la piel curtida– azor en campo de gules sobre una mano inmaculada de mujer. El Señor del castillo, siguiendo la fórmula de la arcana ceremonia, en uso de sus prerrogativas le nombra Caballero del Azor. Dispuesto a defender a quien a su felicidad se opuso, azote de su pubertad enamorada, desdeña Bernardo el peligro desgajado de la acción: su casto tío conocerá que vive, y de nuevo intentará perderlo.”

Al llegar a este punto se oyó un rechinar de hierros, roce y golpeteo que bien pudieran anunciar el encontronazo sufrido por lanzas y armaduras si no fuera su razón la que fue. El codicioso asno acababa de romper con su propia industria el alambre que sujetaba la puerta del corralillo, y forzaba ésta para entrar, sin que supusieran obstáculo calificado para detenerlo ni frenarlo, los chirridos nacidos de los herrumbrosos goznes. Para sí tomó Marina enseñanza del imitado fragor atribuido a Teudeno. Por el contrario, el hombre admiróse de lo bien que la joven simulaba el ruido conveniente; y prosiguió la narración procurando mayor énfasis.

"Lanza indoblegable, espada de imparable acometida, vence Bernardo en el duelo lavando el reducido honor del esposo de Aldonza, padre de su amada, señor del abuso y del castigo, infortunio de la gente campesina. Elvira desea darse por entero a Bernardo; él lo sabe y ansía recibirla; y quien posee la potestad de interponerse, forzado por las circunstancias, no se interpone. Pero antes de llevar el amor a feliz término, la nobleza de su sangre exige al muchacho aceptar su propio sino. Debe presentarse ante el Rey Casto, poner brazo y espada a su servicio, solicitar licencia para desposarse y liberar al Conde Sancho de Saldaña y a la Infanta Ximena. Nada emprenderá hasta verlos unidos para siempre en matrimonio, hasta dejar de ser bastardo".

Cuadro Cuarto

Se repetía el palatino decorado inicial. Mostrábase el muñeco que hacía las veces de monarca, y en su presencia un caballero se postraba de hinojos mientras otros nobles atendían reverentes su parlamento. La narración iba adquiriendo por momentos un tono dramático, en claro contraste con lo sucedido en el escenario. Marina, la pupila de Teudenio, comenzaba a emocionarse. La ocurría con frecuencia: tomaba el alma de los personajes representados –Ximena, Elvira, Aldonza y varias monjas en aquella obrita– y pasaba sin ningún lenitivo por sus mismos padecimientos.

"Bernardo no desea hincarse de rodillas ante Alfonso, su Señor, sin portar alguna ofrenda de relieve y magnitud apropiados; poco diría de su liberalidad, inclusive de su nobleza, el gesto de acudir a la audiencia real con las manos vacías. Le entregará un presente, piensa, digno de un Príncipe tan elevado que lo posee todo en considerable cuantía y de suma calidad. Despierta en aquellas fechas la adormilada guerra contra los seculares ene-

migos del reino, y Bernardo se incorpora a la disputa. Merced a la fortaleza de su perseverante brazo y al ingenio de su mente serena, conquista y ocupa nuevas comarcas formando con ellas escabel para el excelso Soberano. Mas el Rey, que por casto no tiene descendencia, temeroso del derecho al trono que asiste a su sobrino, pospone una y cien veces la entrega de su enclaustrada hermana y del Conde preso, retrasando en consecuencia el sacramento que pondrá término a su deshonrosa bastardía”.

“Durante meses permanece en erupción el volcán ardiente de la lucha, con suerte desapareja la contienda se prolonga más allá de un año; y el propio Rey, buscando inclinar a su favor la equilibrada balanza, se suma a la vanguardia asistido por los caballeros más capacitados. En el fragor de la batalla, cuando se combate cuerpo a cuerpo, Bernardo descubre al monarca –penacho de plumas, armadura resplandeciente– descabalgado en medio de enemigos; y en espontánea reacción le cede su caballo, salvándolo de una muerte cierta”.

“Alcanzados los objetivos marciales, llevada la paz a los calcinados campos de labor, a los cadáveres mellados, al dolor asentado en los hospitales de campaña, a las derruidas fortalezas, a las aldeas arrasadas y a la gente harta de sufrir privaciones; en pago de tan demostrada fidelidad, de tanto arrojo, el Rey entrega a Bernardo la heredad del Carpio y el título de Señor. No obstante, apoyado en fútiles reparos, incumple una vez más su regia promesa; palabra de rey que asegura la inmediata redención de Sancho de Saldaña y Ximena de Asturias –Castillo de Valdepero, Abadía de Fusiellos– y la celebración inmediata de las ansiadas nupcias, redentoras de la ilegitimidad filial, impedimento de importancia para un noble que pretende el trono alegando derechos de sangre”.

Con todo, es posible mantener viva la esperanza, porque si oponemos a un corazón pétreo semejante al del Rey Alfonso, una voluntad de bronce

como la del Señor del Carpio, conoceremos que, en los más de los casos, vence la tenacidad imperturbable de quien sabe que los senderos de la vida con frecuencia atraviesan angosturas. De todos es sabido: el impertérrito tesón, el indefinido golpear del martillo sobre el yunque, noventa de cada cien veces, se acaban imponiendo”.

“En audiencia carente de aderezos revela el Casto la razón de su pureza, y Bernardo, sirviéndose de una sola mirada, calibra la impalpable solidez del estímulo secreto, firme impulsor de las acciones todas de Alfonso. La continencia carnal tiene un sentido práctico, y en ese instante alcanza el punto adecuado de temperatura y la presión idónea para ser expuesto al sobrino, que sufre un profundo desengaño, porque, mostrado, resulta que no es simple devoción como pensaba”.

“Persigue recompensa el Rey, y la quiere, falto de la capacidad de espera de los eremitas y de las mujeres piadosas, en este mundo imperfecto, valle de ardientes pasiones apagadas por las copiosas lágrimas vertidas. Pretende su ambición el Sagrado Vaso, continente de la sangre recogida por José de Arimatea, de aquella fuente abierta a lanzadas en el divino costado. Jesús de Nazaret, verdadero Dios hecho hombre, rodeado de Apóstoles, la víspera de su anunciada muerte bebió en él, escanciada por el Padre, la pasión salvadora de la humanidad completa: hombres de todas las razas y credos, de todas las épocas y lugares, de toda condición. Conoció Alfonso la existencia del Santo Recipiente y al instante quiso poseerlo. Inquirió a sacerdotes y alquimistas, escarbó en antiguos códices, leyó el relato de fracasados intentos, testimonio fiel de las andanzas de algunos osados que se hallaban a las puertas del hallazgo cuando la muerte les arrebató la vida; y en su cabeza fue dando cuerpo a una hipótesis que adquiriría visos de realidad. Descubierta ya el sepulcro de Santiago Apóstol, la búsqueda del Santo Grial parecía la más encumbrada de las empresas, dignas de un dignatario

como él, distinguido por el Altísimo. Casto se quiere a sí mismo el Rey, porque si estuviera en los designios de Dios la entrega a los humanos del Vaso, de su milagroso influjo, sólo lo daría a un hombre de castidad sin mácula, portador de una tersura de alma cuasi infantil, recto de intenciones, carente de apetitos egoístas”.

“Incierta aventura a la que desea dar principio, aun sabiendo que la indagación puede resultar infructuosa y volverse contra quien puso tanta osadía en abrir el misterio, si por cualquier motivo impenetrable no entrara en los planes divinos revelarlo. Por razón de semejante peso encomienda a Bernardo la dura tarea; quiere hacer del sobrino la inmutable prolongación de su propio afán, el brazo armado, lanza y espada que el Cuenco Sacrosanto conquisten: divino talismán, refugio seguro y herramienta efectiva. Uno serán ambos, pureza y bravura unidas, prestos a separarse si las circunstancias así lo aconsejaran. Con el Grial, el poder omnímodo; la gloria con el Grial, la liberación y la perpetuación del reino; la unión con otros feudos que ofrezcan fortaleza. Con el Grial, aliado del Gran Carlos en la Gran Europa”.

Cuadro Quinto

Tornó el escenario a representar un campo transitado por caballeros, aunque quizá la geografía fuera en aquel preciso momento más inhóspita: picos y hondonadas formaban los pliegues de las telas, pasajes estrechos muy propios para la emboscada, fáciles para el paso encubierto de cualquier cauteloso furtivo. Se daba un tono de misterio en la voz de Teudenio, que seguía narrando la aventura sin que su voluntad de perfección decayera.

Debo advertir al lector, que el pasaje completo de la búsqueda del Grial, emprendida por el protagonista a instancias de su tío, no se trataba en la obrita del titiritero y la niña; acaso tampoco tenga su raíz en los textos leídos

más tarde –dramas, epopeyas– y haya que buscarle manantial en el que mi imaginación presta a historias tanto o más descabelladas. Prevenido queda el lector, así que prosigo sin prejuicios ni reserva.

“Cerca de un año camina Bernardo hacia el Oriente, acompañado de dos nobles escogidos por Alfonso de entre sus paladines; caballeros cumplidos que de valor habían dado cuantiosas muestras. Leales al Rey y a quien el monarca señale, ponen en peligro su vida protegiendo la de Bernardo en trances difíciles. Discretos hasta forzar los límites de la naturaleza humana –oído cerrado y lengua muda– marchan sin saber el porqué de la exploración callada y sin querer saberlo. Paso a paso se acercan al horizonte por donde nace el Sol, imán de los desorientados; un día es Pompeya el destino, luego Eleuxis y el misterioso Kernos, y más tarde el Trono de los Arcos. Por la mañana persiguen una Copa, al medio día un Caldero y en la anochecida una Bandeja. Perecen los caballos al subir cuestas empinadas, al vadear ríos agujereados de remolinos, víctimas de la emboscada de la nieve y los alfanjes, de la extrema sed que portan los ardientes vientos del desierto cargados de tamizada arena”.

“Llegado a Tierra Santa, medio año emplea Bernardo en la averiguación del enigma. Descubre huellas de expediciones memorables, corrige las numerosas inexactitudes de los mapas, penetra en las memorias olvidadas de ancianos a punto de devolver su espíritu al Creador, estudia legajos reservados a instruidos en doctrinas herméticas, desvela secretos escondidos en oscuras covachas por sus depositarios y desciende a criptas funerarias donde yacen héroes descalabrados junto a valiosos objetos y sus armas rendidas; y en el postrero de esos trajines mueren los nobles caballeros a manos de saqueadores. Queda solo el sobrino de Alfonso, en efecto; pero los jirones de verdad, la minúscula evidencia y los indicios palpables, unidos de forma precisa, interpretados de manera eficaz, forman

una flecha cuya punta manifiesta el sentido de la búsqueda. La prolongada peripecia que la ilusión acorta y el desengaño alarga, le va acercando palmo a palmo al Cáliz, lo aleja legua a legua. Oraciones reforzadas con dádivas generosas le sitúan por fin en las proximidades, entregándole, cuando la esperanza se reduce ya a la puesta por la superstición en el azar, el ópalo y el oro hermanados, materia de la Venerable Copa. Ilustran su exterior, grabadas por una mano dominadora del oficio, algunas escenas vividas por el Héroe de la Cruz, a quien el Padre confirió la facultad de trocar en respetado trono el leño del patíbulo. Un claror sobrenatural la hace inconfundible; un prodigioso resplandor derivado de su esencia, que sólo las miradas limpias perciben y descifran”.

“Ocho meses ocupa el regreso de Bernardo, restados en su integridad al reducido tiempo favorable, al delgado lapso que conserva sobre el yunque la incandescencia del hierro sujeto el imperio del martillo. Ida, búsqueda y retorno: considerable rezago en la empresa de unir a sus padres, en la grata ocupación de hacer feliz a la adorada Elvira, la novia más paciente que la reata de siglos ha entregado a la memoria. La travesía, orientada por lugares donde la lucha supone una dificultad constante, resulta enmarañada. Recurre a lanzas, a espadas mercenarias, ignorantes del tesoro protegido; y se ve envuelto en batallas de una guerra intermitente, que viene del temprano despertar de la ambición humana y llegará, es muy probable, hasta el final de las personas. Dificultad incrementada por el miedo al deterioro, a la pérdida y al robo del Preciado Cuenco que integra su fortuna. Señor de los señores, potencia de potencias, Alfonso II el Casto, rey y tío, en pago de tan elevado servicio procurará a Bernardo bienes innúmeros: la redención del pecado original que tanto le importuna, el abrazo enamorado de Elvira, hijos que vayan más allá que él, el propio Reino y la inmortalidad de sus hazañas cantadas por inspirados trovadores”.

Cuadro Sexto

Por la forma de ambientar la parte trasera del carro, cualquiera de los presentes en el Patio de Castaño podía entender que la acción iba a desarrollarse de nuevo en un castillo. Tiñóse el relato de tonos lóbregos, y las voces resonaron entre solemnes y apesadumbradas. Teudenio ponía una vez más al servicio del texto toda su capacidad de recrear ambientes de incertidumbre y sospecha, consiguiendo que mayores y pequeños estuvieran muy atentos a las palabras surgidas de su boca y a los movimientos provocados en los muñecos por sus habilidosas manos. Marina, la niña huérfana, haciendo suyas las emociones de los personajes, contribuyó a la perfecta dramatización. Yo estuve mirando de reojo a la encantadora muchacha durante toda la obra, recuerdo, atraído por la armonía de su rostro y la gracia de sus animaciones, admirador en cualquier caso de la perfecta ejecución del papel encomendado.

“Ya en Europa, cuando, la parte más dificultosa de la ruta ha sido superada, Bernardo disminuye las precauciones y en una noche sin luna, mientras duerme, le despojan del Grial. Los mentidos mercenarios de su escolta, dóciles a señor principal atraído por el Vaso al igual que el Rey de Asturias, se lo arrancan del lugar oculto entre las ropas en que lo cosió a salvo de testigos. Abandonado a su suerte lo dejan; quebrada la lanza y espantado el corcel que debía devolverlo a sus ineludibles compromisos”.

“Nuevas pruebas de ingenio y tenacidad hubo de dar Bernardo para salir con bien y en tiempo breve del aprieto; las dio muy suyas, y tras visitar a Elvira, criatura asentada en su pensamiento íntimo, puede relatar al Soberano, sin añadir ni quitar hierro, los momentos dispares del milagroso hallazgo y del extraño robo. A estorbo del Cielo atribuye Alfonso el fracaso de la expedición: el verdadero Dios condena los sueños imperiales, la soberbia que empuja a los excesos. Recibe Alfonso a Bernardo con ceremonial de

Príncipe; y admite que el esfuerzo, baldío a pesar de los pesares, debe ser premiado. Está en deuda con Bernardo, sangre de su sangre, y desvelándole los lugares donde tan próximos y tan alejados han pasado sus padres cinco lustros, cumple al cabo la promesa mil veces quebrantada”.

“En el salón del trono del castillo de Valdepero, el Conde don Sancho Díaz de Saldaña, revestido con sus signos de poder, ocupa el sitial de honor cuando Bernardo llega a besarle por primera vez la mano. Al fin padre e hijo frente a frente: una vida entera que decirse, todos los sentimientos que expresarse. La fría piel de las manos y del rostro, los cerrados ojos ciegos, la ausencia de aliento cálido, el color descolorido, macilento; le dicen, uno a uno y en conjunto, que su padre no es un hombre, que su progenitor es ya un cadáver y el cuerpo abrazado es el de un muerto. Y el mundo con sus montañas, llanuras, ríos, mares, precipicios, se le viene encima en un instante, espalda insuficiente, aplastándolo. Abre el odio acumulado la espita de su corazón magnánimo, y colma una escudilla hasta los bordes. El execrable proceder del Rey Alfonso con el hijo de su hermana, su único heredero, desborda el recipiente al añadir esta nueva felonía, que el género humano, por nueva y espantosa, aún no ha dado nombre”.

“Enérgico y sensato, Bernardo domina la cólera y reacciona con presteza. Va a Fusiellos, se dirige a la Abadía, abraza a su madre confundida y sin dar tiempo a las palabras –preguntas y respuestas miles– vuelve con ella hasta el Castillo. Junta las manos de los responsables de su vida: la mano amada, fría, deseada; mano muerta de amado ya extinguido, de anhelo vulnerado; y la mano amante, enamorada, trémula, entregada: nieve y sol fundidos. Y sin tiempo para ceremonias más prolijas, Bernardo de El Carpio, Caballero del Azor, en el salón del Trono del Castillo de Valdepero; con ayuda de un anciano sacerdote de cansadas pupilas, los declara, Conde Sancho Díaz de Saldaña y Ximena de Asturias, ante el Cielo y la Tierra eter-

namente unidos en santo matrimonio. Dura la ceremonia un lapso mínimo y en él se da la mutación, porque el bastardo, dejando de serlo, se convierte en legítimo heredero. Nada ni nadie se interpondrá en su camino hacia el regio trono y el amor de Elvira”.

“Entendiéndose dueño o porque asume el altruista compromiso, con sobrehumana pujanza que apenas se percibe, Bernardo arranca de la dura piedra el acero que su padre clavó con tanta saña. Sabida y celebrada durante décadas como la Espada del Reino, ante ella naufragaron orgullo y ambiciones. Y los soldados que montan guardia, los que la han rendido y los que esperan formarla; vitorean al príncipe heredero de Asturias y Cantabria, de Galicia, de León y de Castilla. Bernardo, erguido sobre la alta torre, levanta hacia al sol el brazo fuerte, y en su puño de hierro se asienta firme la férrea empuñadura de la espada. La cruz invertida se eleva en la finita vertical de su hoja destellante, hasta tocar con la afilada punta los primeros pliegues del más cercano de los siete cielos. Es de rabia el rayo reflejado, forja y temple, y reclama ir contra el Rey y conducir sin sentimiento la venganza. A la Corte irá secundado por cientos de voluntarios, acaso miles; surgidos de todas las aldeas, de todos los campos de labor, de todas las majadas. Pero antes ha de disponer las paternas exequias con la dignidad máxima que las circunstancias consienten, y dejar a su madre, una infanta Ximena encanecida, en el castillo de Montesón al cuidado de la amada”.

Cuadro Séptimo

De nuevo el escenario mostraba un terreno abierto, valles pronunciados, abruptas montañas, algún llano. Por esos pagos trotaban ordenados los caballeros que luego se agitarían en batalla confusa. Diez manos hicieron falta, y los chiquillos llamados por Teudeno aceptaron el encargo agradeci-

dos. El dramatismo del texto interpretado por el narrador llegó a su clímax; quejas y gemidos penetraban en los abiertos corazones y Marina no pudo remediar que el sentimiento dominase su estremecida voz. Entre tanto, yo, el chaval travieso y rebelde que llamaban Pedro Demonio los vecinos, motor del caballo de Bernardo, cabrioleé sin descanso para enamorar a la bella niña en el papel de Elvira.

“El célibe Rey de los Astures, tras la idea de la unión de reinos que más fuertes los haga, pretende unir los suyos al Poder incardinado en hombre, a Carlomagno. En la Corte tantean la amenaza que llega a villas y heredas; de modo que pueblo y nobles reciben a Bernardo con honores que sólo a los reyes se dispensan. Una vez más el corazón sangrante y la cabeza gélida se baten en duelo; y los dos caballos de siempre, albo el de la derecha, el de la izquierda oscuro, arrancando raudos en sentido opuesto, tiran de los miembros doloridos. Tiene a su alcance la dicha que le debe a Elvira, el dulce trago del amargo desquite y la llamada angustiada de la patria. Por encima de los domésticos temores, sobre el lamento de las pretensiones personales, destaca clamoroso el crecido rumor de las armas invasoras: la Batalla de los Siglos, Roncesvalles, lo reclama”.

“Allí la hecatombe se avecina. Los esforzados brazos de la granada Europa portan sus armas más preciadas. Allí, Durandal; allí, la Espada del Reino liberada de la piedra, castillo de Valdepero; allí, el fragor de la lucha encarnizada. Nervio y sangre; hostiles los metales, los miembros, los huesos que soportan los sensibles tejidos de los cuerpos, los gritos que desgarran las gargantas y las testas cercenadas. Caen soldados a los pies de los caballos. Ruedan por los suelos, sin alma, paladines. Los Doce Pares, caen. Cae Roldán, protegido de los dioses, a manos del Caballero del Azor, Señor del Carpio. Y a manos de Roldán,

cae Bernardo”.

Conclusión

En tan dramático momento, entre aplausos de inquietos chiquillos y emocionados adultos, bajaba el telón, que no era pieza distinta de la cortina encargada de oscurecer el interior del carro desde la trasera. Los peones de las varas y los situados atrás, dos a cada lado, permanecían hincados en tierra aunque algo inclinados hacia el exterior debido al continuo ajeteo soportado. Marina y Teudenio, partiendo de la espalda de los espectadores, en línea casi con la calle Mayor, los abordaban presentándoles las cestillas de la colecta en el momento idóneo. Con todo, se daban casos de mayores que echaban una perra gorda y de niños que habiéndose gastado la propina entregaban canicas o tabas. El jumento, de alzada considerable y cano hasta la última cerda, salía del corralito lamiéndose los belfos oscuros con su lengua rosada. Algunas mujeres, seguidas por sus vástagos, iniciaban el regreso a casa portando las sillas utilizadas durante la función; otras se quedaban comentando lo visto y oído.

Es tan pródiga la literatura universal en personajes contrariados, que resulta atrevido situar en el pináculo de la malaventura al encarnado por Elvira, castellana de Monzón y perpetua prometida de Bernardo. Son tantos los héroes sufridos, creados por autores de dramas y tragedias, que acaso sea sólo uno entre ellos Bernardo, noble sobrino del rey Alfonso, quien situó los intereses patrios, las guerreras obligaciones, las caballerescas causas y los deberes filiales por delante de su propia felicidad, cifrada en desposar a Elvira, la mujer amada, para vivir a su lado educando en las buenas costumbres a los hijos.

Las dos noches memorables en las que la obra fue representada por completo y profusamente aplaudida –no cuenta el ensayo previo de la víspera de San Antonio– colaboré con Marina y su protector; y en ambas ocasiones, al producirse la muerte del héroe, mis ojos se anegaron en lágrima.

mas. No es de extrañar, por ello, que pasados los años, convertido yo en un hombre entero y verdadero, siga llevando impresa en mi memoria la leyenda de "La espada invencida de Bernardo", tal como la refería el titiritero y juglar que llevaba por nombre, sacado de algún libro, el de Teudenio.

Semanas después, meses inclusive, llamados por la voluntad o presentados de forma espontánea, repetía yo de memoria párrafos enteros del texto escuchado. En cuanto me acostaba, a oscuras y en silencio, transformábame en el animoso Bernardo de El Carpio y emprendía en mi mente aventuras sin cuento impulsado por el amor de Elvira. Regresaba de las campañas cargado de gloria, y con mi amada, ya esposa, me retiraba al campo sin esperar recompensa alguna del Rey. En una aldea elevada sobre los suaves valles de El Cerrato o asentada en la llanura de Tierra de Campos, donde ni el honor ni la hidalguía nos pedían cuentas que no quisiéramos rendir, vivíamos en armonía vecinal vigilantes del libre desarrollo de nuestros hijos. Es cierto, el rostro de mi amada en los recurrentes sueños, coincidía a la perfección con el de la bella muchacha de trenzas rubias, mejillas rosadas y ojos vivarachos llamada Marina, que prestaba a Elvira la voz y el movimiento en la mentida historia. Rostro amigo el de la huérfana, que en los días de mayor aflicción resultó ser bálsamo para mis magulladuras, frágil divinidad a quien pedía ayuda en las dificultades.

Me he preguntado muchas veces durante estos años si tenían un perro los cómicos; y no lo recuerdo. Un chucho callejero de esos que comen lo que encuentran al paso y, sin embargo, son fieles al dueño hasta la muerte de uno de los dos. Un can resistente a las enfermedades, del tamaño preciso para infundir respeto sin provocar temor, agrisado con algún corro negro o marrón oscuro, capaz de pasar inadvertido en cualquier paisaje campestre. Puede que tuvieran un perro así, de esos que no llaman la atención de nadie porque apenas ladran; pero no me acuerdo.

7. Don Quijote y Sancho en el Camino de Santiago

Don Quijote de la Mancha, capítulo LXVII apócrifo. (De la resolución tomada por el vencido caballero, acerca de visitar Santiago durante el retiro impuesto.)

Huyendo de las calzadas reales, de la enamorada Altisidora que acucia al de la Mancha, de la duquesa, con el escudero tan atenta; fiel don Quijote a Dulcinea y a su natural Teresa Sancho Panza, toman en Barcelona la ruta pirenaica.

Han resuelto, escudero y señor, en conferencia, hacerse perdonar del Cielo compasivo, tanto los errores muchos como los muchos pecados, recorriendo piadosos el Camino que lleva al sepulcro de Santiago.

Obtenidos salvoconductos y licencias, sin dictar –como se estila– testamento, se acomodan macuto y calabaza, sayal y escarapela y en recios bordones apoyan su esfuerzo.

Vislumbran Somport mas siguen adelante, deseoso el Caballero de la Triste Figura –más triste que nunca en ese instante– de ver en Roncesvalles la huella de Roldán y de los Doce Pares, de la espada en persona transformada, la bien forjada Durandarte.

Pasan las noches de claro en claro, pensativos, desvelados. Aflige al caballero la promesa absurda, de no tomar armas en un año, arrancada por

el de "La Blanca Luna". Torturan al escudero impidiéndole dormir, los insatisfechos azotes recetados por Merlín; sola medicina contra el encantamiento de la sin par Señora, que siendo princesa trocöse en labradora.

De Roncesvalles parten en pos de su destino, don Quijote y Sancho inusitados peregrinos. Tras el descarnado rocín y el asno rucio, a pie llegan por Viscarret hasta Pamplona, a Monreal, a Estella, a Nájera y a Burgos.

En la Ciudad del Cid, héroe al que el Ingenioso elogia, el rústico sucumbe al embeleso del artilugio que mueve en la catedral al papamoscas; y asombra al hidalgo cenceño, que las finas agujas no alcancen el Cielo.

Disciplinante Sancho por la gracia del destino, consigue de su negra fortuna sacar un buen partido, pues cobra a medio real los azotes ajustados a cuartillo.

Ciento treinta zurriagazos dase Sancho con una sogá desabrida de reseco esparto. A los mozos castiga en verdad sobre su lomo, y equilibra así las coces recibidas, al recoger de un fraile los despojos en la aventura de la princesa vizcaína. Y el magro don Quijote ayuna por reforzar el efecto de la tunda.

Atravesando Castrojeriz a Boadilla alcanzan, y sin temer la sangre que produce el daño –pensando dárselos a los yangüeses– doscientos zurriagazos se da Sancho.

En Frómista, al pie de San Martín, de traza espléndida –según el esforzado andante, del románico la fábrica maestra– ciento y setenta zurriagazos a quienes le mantearon en la venta, aplica Sancho en el tronco amigo que sujeta su cabeza. Y los da con tanta saña y en cuerpo tan propio, que en un año no podrá vengarse de ningún otro contrario.

Ensalza don Quijote el afán puesto en el castigo, del que juzgaba incapaz a su escudero, de carne floja y espíritu tranquilo; y a costo bajo –mil seis-

cientos cincuenta reales– ya ve en Dulcinea, dejada la apariencia de pastora, la princesa más hermosa que la historia registra en sus anales.

El caballero de la figura triste, mudado a ser de Los Leones, en Villasirga explica al alma de cántaro que le sirve y acompaña, que en tal pueblo existe un tesoro único en España.

Santa María es la templaria iglesia que hace de arca –Pantócrator, Apostolado, Anunciación, Epifanía– al retablo mayor, a los sepulcros y a la Virgen Blanca que el Rey Sabio alaba en sus Cantigas.

Un hervidero humano representa el Camino. Hormigean por él gentes muy diversas: estudiantes, pícaros, reyes, soldados y mendigos, que hablan de Europa las diferentes lenguas, intercambian culturas sedimento de siglos y las bien atesoradas experiencias; llenan templos, refectorios, hospitales y cobijos, reposan, oran, curan llagas, se alimentan.

La estepa castellana descubren los viajeros, campo despoblado en favor de las ciudades, diezmado por la peste y el imán del Mundo Nuevo.

La expulsión de moriscos y judíos, la Inquisición y la barbarie represiva, llega a ver un don Quijote intuitivo, hidalgo para quien el trabajo no es estigma, entre los males que a Castilla llevan –en plata americana sumergida– a la dependencia exterior y a la pobreza.

Torna en Carrión el escudero a las punzantes disciplinas, y ante el Salvador magnífico de la iglesia de Santiago, ciento cuarenta y ocho zurriagazos se propina, azotando al galeote robador del asno. Y sin tasa alguna embaúla pan y vino, convento de San Zolilo refectorio y claustro, pétreos retratos de monjes distinguidos.

Antes de entrar en Sahagún, la cabecera de la octava etapa según el Codex Calixtinus, en un hospital asentado del Valderaduey en la ribera, alivia el escudero sus heridas con un bálsamo, que sin ser el de Fierabrás obra exce-

lencias; mas la lanza atada a Rocinante no florece, como sucede en la leyenda que don Quijote evoca, donde el mismísimo Carlomagno se entremete.

Cruzan el Cea por el puente romano, donde Panza, pensando en los reales prometidos, doscientos cardenales añade a su espinazo, destinados al mayor enredador que haya existido, conocido en todo el orbe como Merlín el mago; y tomando de Mansilla de las Mulas el camino, llegan a León de un solo tranco.

Admiran de San Isidoro la trabajada piedra, las hechuras de la Catedral y de San Marcos, y en la orilla verde del Bernesga, al menos ciento y noventa latigazos recibe quejumbroso el escudero, puesto el vengador empeño en los bellacos que en Barataria remataron su gobierno.

En Rabanal descende el ánimo de lo alegre hasta lo triste –célebre Casa de las Cuatro Esquinas– pues a punto están de toparse con el Rey Felipe, peregrino entre soldados de una escolta reducida.

Siguiendo el uso enraizado, en la Cruz de Ferro depositan las piedras traídas, los rodados cantos.

Ponferrada, Carracedo y Villafranca, los ven pasar sobre las bestias, mellado el temple y muda la palabra.

De pan y agua se alimenta el caballero en despoblado y de caldo de convento en hospederías y hospitales, de modo que sus agudos rasgos parecen afilarse; los azotes que enriquecen al buen Sancho –larga cuenta confiada a la frágil memoria– abaten el espíritu y dejan el cuerpo tumefacto.

No son despojos de encarnizada lucha, son romeros que peregrinan a Santiago y pastores serán cuando concluyan.

De Triacastela a Palas de Rei, y en el ocaso, desde el aventajado Monte del Gozo, logran la visión de la soñada Compostela, inundándose de lágrimas sus ojos.

Entran en Obreroiro como si entraran en el Cielo, con la misma humildad y devoción pareja, con la jubilosa expresión de los bienaventurados electos.

El pórtico de la Gloria, de méritos cargado, les entrega la catedral y las reliquias produciéndose el milagro: la mente de don Quijote recupera la cordura y Sancho se convierte en ilustrado; ya no hay delirio en el señor ni sanchez en el criado, huyen los encantadores que todo tergiversan y escapan por ensalmo las encantadas princesas.

Aceptada la verdad de los que consideran mentiras las descomunales y enredadas ocurrencias contadas en los libros de caballería, dejan la apostólica ciudad y vuelven a la aldea, donde el cura y el barbero, el ama y la sobrina, concedores del regreso, los esperan.

* * *

8. La conjura del Jardín Botánico

La densa sombra nacida a los pies del soberbio edificio de la Antigua Compañía de Préstamos e Inversiones, cuando se alarga al atardecer cruza invasora el Paseo de la Castellana, linde entre el Este y el Oeste de la ciudad de Madrid. Ennegrece el asfalto hasta llevarlo al negro verdadero, ennegrece los rojos edificios, el verde de los setos, y se convierte entonces, en un guión que une ambos mundos, en su efímero enlace. El inmueble, calificado de colosal el día de su inauguración por la prensa más objetiva, proyecta una oscuridad, en determinadas circunstancias, comparable a las tinieblas del mundo en el primer instante de la Creación, momento en que la luz dormía envuelta en tinieblas y el Universo era una masa informe y vacía, según consta escrito.

Tan considerable casi, y más negra aún que su sombra; granítica, mármorea, compacta y maciza, la voluminosa construcción sugiere a primera vista un monumento azabache erigido al absurdo; un absurdo abstracto, sin concretar, alejado de cualquier estructura preexistente. La forma –cilindros crecidos de otros más achatados hasta llegar al cielo o casi– es un ejemplo de la convivencia entre las líneas curvas horizontales y las verticales rectas. Su original diseño lo distancia, no hay más que verlo, de los demás, convirtiéndolo en único. Exclusivo aspecto positivo, éste de la unicidad, para sus detractores; la abundancia hubiera sido nefasta, aseguran.

Rodean el edificio unas casas dotadas de jardín lateral, construidas en el espacio que en tiempos recorría un arroyo –se anegan aún sus sótanos con las lluvias de octubre y las tormentas húmedas de verano– y logran aumentar la sensación de enormidad por simple comparación volumétrica: el punto y la i, el elefante y la hormiga. Se trata de viviendas donde la tranquilidad habitaría si pudiese, si la ciudad no la expulsara. Poseen el aspecto rústico de las mansiones que los nuevos ricos construyen en el campo; ínfulas exageradas de quien comienza por construir el pabellón de invitados, la casa del mayordomo o jardinero, y agotados los económicos venenos o mutada la intención, en eso quedan.

Como prueba fehaciente de la generosidad de los recursos puestos a disposición del equipo de arquitectos, la inmensa edificación fue dotada hasta de los más extravagantes oropeles. Tales son el carro de fuego, el auriga Faeton y las fluctuantes llamas que, ardiendo día y noche, coronan la cúpula. Grupo escultórico, que de elemento ornamental ideado por un delineante soñador pasó a enseña de la compañía, símbolo de su diferenciada cultura empresarial, de su eficaz estrategia.

Lejos del escenario descrito, pero en el mismo meridiano de la anchurosa vía, junto a la cabecera del trecho que toma el bucólico nombre de Paseo del Prado, desde hace dos semanas tres hombres se reúnen cada tarde. Ocupan un banco de piedra, rincón de arces y araucarias del Jardín Botánico, y ningún observador que pase por allí y los vea hablando tan serenos, tan apacibles –lentos ademanes y voz suave– podrá imaginar que trazan un plan diabólico. Maquinan, es cierto, arruinar la sede de la Antigua Compañía de Préstamos e Inversiones, rematada por la permanente hoguera y dotada de los últimos adelantos electrónicos, que hacen de ella lo que se conoce como un “edificio inteligente”. Abordan ya los últimos detalles, repasan los acuerdos alcanza-

dos, hilan los flecos descubiertos y tratan de prevenir improbables catástrofes situándose en su teórica presencia con toda sencillez, aunque no aciertan a formular la hipótesis de manera satisfactoria. Uno de ellos, el de mayor edad, sin convencimiento claro expone la contingencia de un súbito encendido de la noche por causa del rayo; y la no menos sorprendente del desgarramiento de las vías públicas debido a un corrimiento de tierras. Escépticos como ellos solos, los otros dos se apresuran a negar probabilidad alguna a las eventualidades esbozadas; y se tranquilizan los tres.

El temeroso del quebranto de la ordinaria rutina, esencial en los diarios y naturales acontecimientos, está situado entre los cuarenta y los sesenta años. No es posible precisar más, pues su barba blanca y su melena negra, añaden poco a la explicación entregada por las raídas ropas y el gracioso mohín de los labios displicentes. Ha sido, según propia y orgullosa confesión, miembro activo y destacado de un inadmisibles Partido Anarquista, desbaratado por un grupo disidente que se ajustaba a las viejas teorías como guante de cabritilla a la mano.

—¡Cuidado con los personalismos! Si quien defiende un proyecto ante los demás resulta ser la misma persona que lo concibió, restará, y ha sido comprobado, rigor a su análisis. El entusiasmo empleado en la defensa y la facilidad de palabra, pueden conseguir que se apruebe una propuesta errónea. Y debemos evitar el riesgo de poner nuestra energía al servicio del error. Presentaremos nuestras ideas por escrito, y otro cualquiera, siguiendo un orden determinado por la casualidad, las defenderá ante el grupo. Estudiada la propuesta en hondura, contrastada con otras, sometida a prueba hasta alcanzar la certeza en la valoración de sus méritos; la voluntad del conjunto determinará alcance y trascendencia. —Propuso un día al levantarse del asiento para regresar a casa.

Desconfiando del hombre alzado por los demás a la cúspide, y del trepador que alcanza la cima apoyando sus pies en los más próximos, huyó de sí mismo durante años, medroso de sus propias acciones y reacciones por quererlas orientadas en exclusiva hacia la tutela de los esquinados. No, no se trata de ningún doctrinario. Ha leído: Hegel, Proudhon, Kropotkin, Bakunin; pero ha reflexionado: "La igualdad de los ciudadanos ante la ley es injusta: atenuantes y agravantes sirven de contrapeso. La propiedad privada se legitima poniéndola al servicio del bien común. Los beneficios empresariales, ajustados salarios y precio del producto, deben reinvertirse. El despilfarro es un crimen que produce hambre".

Declina la década de los sesenta, y la dictadura comienza a reblandecerse cuando suceden los hechos aquí narrados. Sin embargo, la célula que hasta hace bien poco nutría, le encargaba distribuir octavillas sediciosas y, en aras de la seguridad, de noche ciega, cuando el común de los mortales duerme. De ahí, cree él, arranca el escaso interés despertado: superficiales preguntas hechas por algún furtivo que buscaba protección, por algún cazador de furtivos.

Hay más: como chaval metido en fiestas, causaba, si no la agitación, pues la gente se va tornando cada vez más apática, al menos cierto alboroto; porque, disimulada su presencia en nutridas aglomeraciones, hacía explotar petardos de feria y profería insultos contra el Caudillo, para acabar vitoreando a la revolución pendiente. Trabajos de mínimo alcance que lo reducían a sus propios ojos y, lo que resulta del todo inadmisibile, desaprovechaban su capacidad de dinamitero serio, persuadido de que la intervención del hombre en los acontecimientos, destinada a variar el rumbo de la historia, ha de ser drástica, irreversible.

Quizá la reiterada subordinación colmara la capacidad de su vaso; porque puesto a cuestionar cuestionó no sólo la distribución nocturna de los

panfletos, sino también el mero reparto, a modo de dádiva o limosna. Y qué decir del papel en que se escriben las consignas, troncos de sección anillada que meses antes constituían frondosos bosques; y del cuerpo de texto subversivo, cargado de fanatismo y frases hechas, ineficaz para quien piensa sin ayuda; qué decir de la propia tinta, del tinte que modifica la esencia transparente del agua, su mayor virtud. Yendo aún más lejos, dudó en última o primera instancia, de la misma subversión. Pues desde un punto de vista relativo, el único posible por otra parte, si el conjunto se subvierte –razonó para sí– todo queda en la misma posición respecto a lo demás. Es necesario dejar intocado un mojón de referencia, que nos indique el orden dominante cuando nazca la duda, o trastornar un único elemento como ejemplo y símbolo. Y en el desarrollo de este segundo supuesto –más simple si se quiere– anda metido.

Le exasperan las solemnes ceremonias familiares: bodas, bautizos y comuniones; y a guisa de ensayo actúa ante el grupo de convidados como si de un agitador de masas ingentes se tratara, saliendo de su boca chica improperios contra el mercantilismo desaforado y el ocio consumista. Convencido de que nadie ha de obedecer a nadie, si no es ese el dictado irrevocable de su fluctuante voluntad, en vena oratoria, durante la sobremesa de su último cumpleaños, se lanzó sin freno por la fácil pendiente con llamadas a la rebeldía y a la desobediencia.

–La familia, célula básica de propiedad y consumo, es fragua de sometidos; el molde, la horma que los dirigentes precisan para conseguir súbditos fieles, apocados, incapaces de protestar, dispuestos a trabajar sin tasa para adquirir bienes y servicios, y a comprar productos inútiles hasta agotar su capacidad de endeudamiento. Orden, sí; pero voluntario, nunca impuesto. Reglas, sí; pero aquellas que el grupo se da, no las que recibe de quienes le atan y esclavizan de una u otra forma.

–Alto ahí, filósofo entusiasta, aguerrido luchador. –Le cortó su esposa apoyada por los hijos, dos adolescentes, chico y chica– Depón la espada triunfadora, detén tu victoriosa marcha. Bien harías si te ocuparas en algo de enjundia que te permita medrar un poco. Cerca tienes ejemplos de gente que compagina unas filosofías parecidas a la tuya y el adecuado bienestar de su familia.

–¡Ya!; y en esos ejemplos ¿qué lugar ocupan la honestidad, el orgullo de clase y la fidelidad a los ideales?

–Convierte en billetes todas esas simplezas trasnochadas, y prueba a vivir a su costa un solo mes. ¡Sé realista!, marido; las cosas han cambiado muy poco desde que el hombre vivía en cavernas. Estás obligado a ser el macho fuerte que defiende a la tribu de fieras y enemigos, mientras yo destazo la caza que me traes y curto sus pieles. Si nos sobra tiempo llenaremos techos y paredes de dibujos esquemáticos, animales fieros y valientes cazadores. ¡Qué me dices!

Adentrado hasta el fondo de la insurrección doctrinal, en el transcurso de una arriesgadísima intervención pública –a la que era ajena la Organización Anarquista– celebrada a la luz del día y a la vista de los “grises” en la concurrida Puerta del Sol, expuso sus profundos conceptos a los curiosos que le observaban creyéndose espectadores de alguna actuación de actores sin obra ni cartel. Alzando la voz y tomando el tono de las arengas, se expresó como sigue:

–Dinero y Poder son una misma cosa, y contra los dos, juntos o por separado, estoy. Dinero y Poder, en la mano firme del Dictador, se enlazan y se apoyan. El Dinero y el Poder, unidos en la clase dominante, procuran los recursos y las técnicas afianzadoras de la propiedad y su indefinida acumulación. Dinero y Poder levantan el altar donde, con el solo fetiche del

incremento de las desigualdades, se sacrifica a la persona florecida de ilusiones. Unidos, Dinero y Poder se hacen cimiento y espina dorsal de un monstruoso sistema que se reproduce a sí mismo, alimentándose en vertiginosa espiral de toda la riqueza producida. Sólo un cataclismo resulta galga eficaz en el frenado de su inexorable marcha. Ocurre el quebranto periódicamente y, como las tormentas, es previsible. Me refiero a la guerra con todas sus maldades. Ellos la propician, Dinero y Poder, porque tanto la obra de destrucción como el pillaje y la restauración de lo destruido se convierten en ciclo productor de cuantiosos beneficios. Y así, de no impedirlo nosotros, *per saecula saeculorum*.

–¡Disuélvase! La broma ha terminado. ¡Circulen! –Exigieron de manera unísona ambos miembros de la pareja de uniformados.

Los responsables de puntualizar las esencias doctrinales y de establecer la línea oficial de actuación, en cuanto tuvieron conocimiento de su perorata se llevaron las manos a la cabeza consternados. “Puso en la proclama una temeridad peligrosa para el desarrollo de la estrategia y el ensayo de la táctica”, expresaron los correligionarios en son de crítica refiriéndose a él, “hecho del que pudo derivarse el encarcelamiento del orador, y un retroceso de años para la organización que lo arropa, ocupada en acercarse poco a poco a los individuos para no despertar recelos”. Seis contra cuatro, decidieron expulsarlo retirándole al instante su carné de afiliado, cuyo dorso mostraba los pagos de la cuota mensual con tres casillas en blanco: el tiempo exacto de su disidencia de los disidentes con los que un día coincidió en la discordancia fundamental.

–Te dimos la clave que explica el cosmos, te mostramos la substancia que lo mantiene activo, te dimos la palabra que derriba muros, la teoría creadora de equilibrios; y por adquirir un protagonismo egoísta e insolidario, abandonaste la tarea común defraudando la esperanza en ti depositada.

–Si el mundo esperara vuestra hipótesis para desarrollarla e iniciar su avance hacia el paraíso terrenal, seguiría quieto durante siglos y siglos. No predicáis con el ejemplo y el temor os detiene. Vivís enclaustrados en las catacumbas; y si es cierto que la policía no os atosiga porque el suelo es opaco e ignora vuestra existencia, sucede que desde vuestra guarida no se ve la calle ni el duro trajinar de las personas.

De no tenerlo decidido de antemano, en ese preciso momento hubiera resuelto trabajar por su cuenta, provocando un estropicio que culminara por sí solo una vida dedicada a la transformación del sistema social imperante. No le costó mucho dar con el símbolo que buscaba: su negra fealdad, su colosal tamaño, su condición de santuario de la especulación capitalista, se hicieron índices que señalaban sin posible error la sede de la Antigua Compañía de Préstamos e Inversiones.

En su empeño de alcanzar la equidad y la justicia debidas a los desfavorecidos, y la libertad que les es consustancial, está dispuesto a usar la dinamita si se hace necesario. Lo afirma a intervalos medidos, aunque no venga a cuento, en el rincón del Jardín Botánico que acoge a los tres catecúmenos de una nueva liturgia: la conspiración, casi tan antigua como la explotación del hombre por el hombre.

La historia del que le sigue en edad y se sienta por costumbre en el centro del banco, aparenta ser menos dramática, si bien su incompleto relato deja entrever una verdadera tragedia. Las luchas internas que libra por la belleza total y el arte absoluto, por las exactas proporciones y la armonía perfecta, jalonan de incertidumbre su recto caminar hacia un equilibrio tan inestable como duradero; y son, en el plano personal, lo que entre pueblos las guerras asoladoras del mundo o, mejor dicho, las disputas intestinas que aún levantan hermano contra hermano sumando muertos a los muertos e inválidos a los inválidos. Nunca, esta rebelión recóndita, sufrida en

silencio, llegó al punto en que se encuentra frente al pecado estético de la oscura construcción. Tormento moral y físico al que pretende dar fin con el pacto sellado para destruir tanta fealdad. Recibió lecciones de piano a edad temprana, ensayó la pintura y compuso algunos poemas de amor que no se atrevió a recitar a la mujer venerada. De persistir en el intento hubiera alcanzado el dominio de la hermosura, la estética de las formas, pues posee facultades innatas.

El tercero y último está privado de historia, si por historia entendemos una biografía diferenciada del resto, de mayor contenido. Es un hombre gris, funcionario poco destacado de un ministerio asimismo bastante anodino, producto de una reforma parcial de la Administración. Cumple su función ganándose cada día el derecho al próximo y haciéndose perdonar el uso dado al precedente. Inercia y método en dosis parejas, año tras año asiste imperturbable a la oscura oficina; y a lo largo de un horario acortado por el ingenio, se queja entre dientes de la escasez de iluminación y de la corteidad de miras de sus jefes. Le hizo suyo una debilidad de adolescente: devora pastelitos rellenos de crema con un deleite irresistible; diez, doce cada día, y se ve impelido a su consumo en cualquier situación y momento. Y ello a pesar de que la obesidad es ya en él una característica evidente.

Mientras transcurría el tiempo puro, recto, sin fisuras ni altibajos; pagó a su exacto vencimiento la abultada prima de una póliza de seguros contra incendios, defendida por él en secreto como si de su amor por la vendedora se tratara. La suscribió en contra de su primitiva convicción, forzado por la suave insistencia de una muchacha menuda y despierta, con la que no le hubiera importado llegar a más. Sucedió que ella no tenía esas miras y él no tomó, por dejadez, iniciativas apropiadas; lo que favorece el frecuente recuerdo teñido de atrición. De las cláusulas, incluidas las que suelen restringir derechos del asegurado e incrementar deberes –escritas con letra de

tamaño menor– se responsabilizaba la División de Siniestros, nueva rama de la Antigua Compañía de Préstamos e Inversiones, propietaria del edificio cuya cúspide se ve coronada por el fuego del infierno prendido en el celeste carro. Llamas sentidas en carne propia, más que nada en las manos, donde aparecieron varias quemaduras de reducida importancia, origen de escozor y punzadas; pero también en el rostro, cuya piel se mostraba enrojecida y al tiempo negruzca; y en el cabello, mechones chamuscados del desigual extremo del flequillo. ¡A quién se le ocurre irrumpir en las llamas a pecho descubierto!, pero tuvo un pronto y fue incapaz de contenerse. Intentó apagar la hoguera que consumía su casuca, planta baja y buhardilla, antes de que los bomberos se presentaran. Le ardieron los cuatro costados a la vivienda, un chalecito unifamiliar situado en la prolongación del Paseo de Extremadura; y todo por ir dejando para mañana el reemplazo de una instalación eléctrica defectuosa, que mostraba al aire en varios trechos los hilos de cobre del cable pelado.

Llegada la hora de dar utilidad a la póliza, no compareció la chica menuda y despierta para explicar en sus verdaderos y exactos términos el acuerdo alcanzado el día de la firma; así que la letra pequeña cobró su auténtica y decisiva dimensión. El perito encargado de valorar los daños en pesetas exactas, aplicó un baremo antiguo –en vigor aún para el perímetro ciudadano– que penalizaba el riesgo inherente a lo apartado de la barriada y a la antigüedad de la construcción. Para mayor desgracia, descubrió la falta de periódicas actualizaciones de los valores de partida, negligencia imputable en exclusiva al titular. No puso al día el creciente valor del inmueble, y en ello jugó un papel primordial la desidia. Bueno, la desidia y el deseo de ahorrarse, digámoslo claro, unas cuantas perras en la prima.

Ni siquiera los angustiosos términos en que formuló el recurso, presentado en tiempo y forma ante la Antigua Sociedad de Préstamos e

Inversiones, departamento de Atención al Cliente, sirvieron para ampliar la indemnización. Incremento que le hubiera permitido continuar en el barrio, revalorizado de manera considerable por la inminente llegada del metro y dos líneas de autobuses. Unas y otras circunstancias le llevaron a ocupar un habitáculo minúsculo en el nuevo ensanche, perteneciente ya a la población limítrofe de Alcorcón. Acordó el pago en forma escalonada, entregando a cambio de la llave la tercera parte de su precio, y asumiendo el compromiso de desembolsar el resto, mes tras mes, durante los próximos veinticinco años; pacto que le obliga, de hecho, a prolongar sin ningún recorte su desteñida cotidianidad, evitando contraer enfermedades serias y sufrir accidentes irreparables.

La animadversión, el rencor y hasta el odio –de haber sido capaz de ellos– estaban a sus ojos bien justificados. Así que, aunque impotente por sí mismo para el ataque, estaba allí con la intención de respaldar la decisión de los otros y llevar los útiles o avisar si el vigilante se acercaba. Misiones secundarias que tenían la virtud de convertirle en protagonista frente a la ley, en el caso probable de ser arrestado como en lo más íntimo deseaba. Quería aparecer en letras de molde, y que los compañeros de oficina leyeran en el periódico su filiación íntegra y las circunstancias de la gesta.

No sería la dinamita el material destructivo empleado, como pedía el anarquista; ni siquiera un explosivo. Ya que ni todos los petardos juntos, de aquí y allá, reunidos en un sospechoso esfuerzo, podrían dañar más que en breve porción la sólida fábrica del edificio; incluso manipulados por el experto que él exhibía. No sería el fuego como apuntaba, surgiendo de su timidez, el defraudado por el torcido cumplimiento del contrato, al tiempo de limpiarse los labios manchados de crema pastelera con un moquero gris. El moderno sistema de detección y la proximidad de dos parques de bomberos, deja-

rían el atentado en un mero incidente sin explicación. Ni la pintura de color rosa, derramada desde lo alto cubriendo las paredes; Norte, Sur, Este y Oeste, de manera simultánea, como preconizaba el esteta. De difícil realización y alto costo, no fue considerada desagravio bastante.

Si ninguna de las tesis de los conjurados prosperó, ¿de quién partió la idea?, ¿quién fue tan diestro que los persuadió en contra de sus arraigados convencimientos? Decir que fue el azar es decir bien poco. La denostada Administración, conocida en todos sus intrínquilis por el empleado público, ayudó lo suyo. “Se demuelen edificios endebles dentro de una campaña de rehabilitación del casco antiguo”. El periódico lo comentaba en las páginas locales, y el viento llevó la hoja precisa al rincón del parque donde el trío de intrépidos charlaba sin reservas. De la noticia hicieron punto de apoyo para su palanca. Queda claro, si no intervino de manera directa el azar, fue porque del aire en movimiento hizo eficaz herramienta.

–Es cierto; resulta sencillo incluir una nueva finca en la lista de las condenadas a derribo. Conozco el negociado que se encarga de completarla. Uno de los funcionarios, colega con quien he tomado algún café, inicia la relación en unas hojas que llevan el membrete oficial; escribe a lápiz para evitar tachaduras o repeticiones y a finales de mes pasa los asientos a limpio. De ese listado general salen luego las disposiciones individuales, y existiendo una orden ya no hay vuelta de hoja: los piquetes de operarios cumplen lo dictado a rajatabla, sin formular preguntas aunque hallen inapropiado lo escrito; sobradas reprimendas sufrieron hasta adoptar esa conducta. –Lo atestigua el funcionario y los otros dos, fiados de sus conocimientos en este terreno, creen a pies juntillas lo oído.

–Sigue, sigue; que esto promete.

–Nos tienes en vilo; sigue, sigue.

–Las empresas propietarias de edificios antiguos, persiguiendo un lucro fácil, consiguen la calificación de vivienda insegura; y a partir de ahí, especialistas de contrastada eficacia proceden a la voladura del inmueble. Iniciada la destrucción por los cimientos, la inexorable ley de la gravedad convierte toda la fábrica en escombros.

–Sí, pero el engendro artístico de la Antigua Compañía de Préstamos e Inversiones se perpetró hace menos de cinco años; no puede pasar, ni mucho menos, por una casa antigua. –Apuntó al instante el esteta.

–Razón tienes –aceptó el experto– no podemos ampararnos en ese apartado legal. Mas la “aluminosis” está siendo aceptada como causa de demolición en construcciones que por premura utilizaron un cemento caro, ahora descompuesto, que fraguaba al instante a temperaturas en extremo bajas. Esa será la enfermedad que invocaremos.

Cuestión zanjada. Tras admitir el contundente argumento confían al completo en la verosimilitud de la alegación y, por tanto, en la puesta en marcha del proyecto. De forma que pasan al punto siguiente, el correspondiente a la acción.

–Hay una hora para entrar en el Ministerio sin que nadie te pregunte adonde vas. Es la hora del café, del desayuno, del bocadillo; que por todos esos nombres se designa a la pausa. Dura media mañana, pero con mayor intensidad, una hora. Si has trabajado en un organismo oficial, no importa en qué lugar del globo terráqueo, desarrollaste unos mecanismos de defensa, un mimetismo que ni los mejores expertos en seguridad pueden descubrir. Entrás por una puerta secundaria, decidido, seguro de ti mismo y de cada uno de tus pasos; uno, dos, uno, dos, como un soldado franco de servicio que visita al oficial, un capitán de su pueblo, amigo íntimo de la familia. Quedan los rezagados y los que ya han vuelto: unos cuantos salpicados

aquí y allá; pero todo está desguarnecido. Los documentos confidenciales continúan en la mesa de trabajo. Chaquetas livianas, mediados paquetes de tabaco –comprendidos los pertenecientes a quienes no fuman– gafas incluso, se ven en el sitio. Segundas chaquetas, cajetillas de refuerzo, lentes para ver de cerca; elementos que ayudan a la perseguida deducción de proximidad del propietario: estará en el lavabo contiguo, quizá en otra sección relacionada o despachando con el superior jerárquico. Manipulas cualquier lista, cambias el orden de una oposición, te das de baja en la obligación de pagar tasas o de alta entre los exentos de prestar un servicio.

Habla así, aunque en segunda persona, quien con mejor base cuenta para ejecutar el proyecto, concedor a fondo de la vida funcionarial; él lo llevará a cabo.

Y lo lleva; aunque mal. Se enfrenta a un esfuerzo sobrehumano para prescindir de sus panecillos rellenos de crema, sus pastelitos amigos; ganando la batalla a la gula. Pone voluntad al rechazo de la golosina en atención a sus camaradas, aquellos que confían en él como nadie lo hizo antes. Se crece en ellos, en los jardineros que riegan sus raíces cada tarde, en los albañiles que levantan su merecido monumento mientras duerme. Es final de mes y la relación de fincas declaradas en ruina debe pasarse a la firma de los responsables. Calcula de manera apropiada el tiempo de ausencia de los empleados del Departamento de Inmuebles Ruinosos, pero equivoca la sección. Se entretiene demasiado yendo de despacho en despacho y, en cada despacho, de mesa en mesa. Las uniformes gavetas, cubiertas de documentos que ocultan documentos, resultan complejas de examinar. Cuando alcanza la lista original, cuya puesta en limpio ha sido iniciada, el tiempo resulta escaso para completar la manipulación como es debido. Oye una cercana charla distendida, amigable; dos voces, puede que tres, cada vez más nítidas. Escribe en la lista, intercalados, los datos que el documen-

to reclama. Con apresuramiento rellena las casillas: el nombre de la calle en el recuadro A; el número, en el B; en el C la Razón Social; y la causa del derribo, la enfermedad del cemento que convierte sólidos edificios en castillos de arena, en el D. Es consciente de la imperfección, la ve destacada sobre el resto, a la legua se nota el añadido; mas sale del despacho como una exhalación, prefiriendo que sea descubierta la torpeza a que se atrape a su autor. Una confitería de los alrededores sacia al instante su extrema necesidad de bollos repletos de dulce entraña. Mas los pastelitos no limpian la negrura de su alma entristecida; está convencido: todo lo que toca languidece, ya sean plantas arraigadas en tiestos o polluelos de gallina destinados al engorde.

La torpeza se denuncia a sí misma, tímida y abochornada frente a un entorno hostil. La chapuza en el territorio de la imperfección ni causa alarma ni perturba la rutina, todo lo más no prospera. El funcionario encargado de la tarea –a él pertenecía una de las voces que sorprendieron al mediocre pendolista– letra disímil y trazo inseguro, se percata de la incorrección en un primer vistazo. Identificado el error, trata de borrarlo sin esmero; al fin y al cabo, con no incluirlo en la lista definitiva basta. Por último, arroja a la papelerera el borrador con membrete oficial, el mismo que lleva, bajo la huella de la goma de borrar, el estigma del renglón añadido.

Los tenues signos son hallados por el periodista que investiga asuntos de esa índole: intereses ajenos al común escondidos tras las demoliciones. Imitando los gestos del hombre que retira las papeleras varias veces al día, recibe del conserje un importante cúmulo de desperdicios que en algún caso concreto resultan reveladores documentos; sin ir más lejos, la arrugada lista de los edificios condenados a convertirse en solares por la razón que sea. Casi siempre casas viejas, apuntaladas, carentes de vecinos. Pero a veces se da de bruces con edificios alquilados a inquilinos pobres: ruina inminente se

aduce en la solicitud, ocurre el desalojo de la noche a la mañana y, a primera hora del día, la piqueta inicia su trabajo. Eso busca: los turbios intereses.

Encuentra una línea escondida entre las otras, resaltada por un borrado tan ligero que más allá de excluir integra. Vislumbra en ella letras de sugere irregularidad, pregoneras de evidencias sobre el derribo perentorio y su causa. Lo tiene; por fin el gran asunto llena sus manos, su corazón insatisfecho, su menguada credibilidad. El redactor jefe anudará el cordón de sus zapatos, el director los abrillantarán con betún y gamuza: nada menos que el gran edificio situado en el corazón financiero de la ciudad, buque insignia de un grupo inversor consolidado, perteneciente al más boyante de los sectores estratégicos que impulsan la economía nacional: una fruslería como quien dice. Es pescador y nota que en su anzuelo ha prendido un pez enorme; le dará todo el sedal que necesite en su imposible huída, ya vendrá el momento de acortar distancias.

“Alboroto político y económico, escándalo social. El empresariado y el ejecutivo, una vez más, en connivencia. El gran capital, de nuevo, protegido. Miles de empleados y clientes en peligro. Se borra de la lista de edificios dañados por la aluminosis a la sede de Importante Compañía”, piensa en voz alta el periodista, subrayando el hilo disonante de su pronunciación con un movimiento ondulado de las manos, director de coro, mimo en escena. Mas no serán, de momento, los grandes titulares; pues el miedo es libre y el director acapara lo que puede, una nasa bien colmada, exhibiendo a la ética como pantalla protectora.

–Esta información quema; ha de ser contrastada hasta que destile certidumbre. Se harán las preguntas pertinentes a los altos directivos de la empresa, y en el lado de la administración, como mínimo, a secretarios generales.

Se interroga a la Antigua Compañía en la persona eximia de su Director. Intuye el interpelado una verdad descubierta por concurso de la mala suerte y, tras un preámbulo confuso, termina negándola. En Babia halla la prensa al Consejero Delegado, y como en el paraje leonés nadie le prepara la respuesta, lo desmiente como desmiente lo palpable, por sistema; exhibiendo un convencimiento equívoco, hijo de la sólida educación recibida en colegios de renombre y en dos o tres universidades extranjeras donde amplió estudios.

El presidente, envuelto en un sólido mutismo, con el sigilo que la ocasión requiere, ordena los análisis precisos a una empresa británica. Un empleado infiel –no se siente bien tratado, es dueño de una desmedida ambición insatisfecha o actúa en determinadas ocasiones porque sí– un vendido por trece monedas ilumina los pasos del avisado y persistente periodista: a él, administrativo veterano digno de toda confianza, le encargaron reproducir el contrato en la impresora del ordenador, pues ningún directivo conoce su manejo.

Para el Periódico la cosa cambia, el asunto toma un cariz nuevo; los indicios se van confirmando y su acumulación permite difundir la noticia.

–Publicaremos las pruebas gota a gota, dosificando los golpes de efecto de forma que se asegure un fuerte incremento de la audiencia. Se establecerán recargos para la publicidad inserta entre bloques de texto ocupados por la revelación. En una hora quiero ver el esquema global y los titulares, textos y fotografías de la primera entrega. –Son esas palabras la expresión de quien preside el Consejo de Redacción, y la pirámide de poder del rotativo hace descender las instrucciones hasta llegar a la mesa del periodista, quien, en los veinte minutos disponibles, adapta los reclamos que bullen en su mente a la nueva coyuntura.

Del excitado magín pasa la comunicación a las máquinas haciendo escala en un papel pautado. Cuatro beneplácitos progresivos la hacen buena: "La Antigua Compañía de Préstamos e Inversiones analiza los cimientos y paredes de su Sede Central. El desproporcionado edificio, de estar afectado por la aluminosis, podría ser derruido."

Al día siguiente, en página par, los desmentidos oficiales de la empresa se publican como noticia. En la impar, justo al lado, enfrentada, va la segunda entrega: "La Antigua Compañía de Préstamos e Inversiones encomendó el lunes pasado un estudio sobre la posible aluminosis de su Sede. Anglo-holandesa de Construcción, asentada en Londres y Rotterdam ha recibido el encargo. Tenemos copia del compromiso firmado por ambas partes. De la situación del inmueble estaba al tanto el Ministerio."

El señor Ministro instruye a la persona que actuará de parapeto, el vocero público experto en capear temporales y en convertir las consecuencias de los hechos en sus causas. Él se enfrenta a las preguntas de los periodistas utilizando el crédito personal como muleta, y jura por sus hijos que en el Ministerio no se posee la referida información; pero lo hace ante unos periodistas de por sí escépticos, que conocen de sobra su promesa religiosa de celibato y castidad, miembro de un instituto secular al que se debe.

La tercera entrega del periódico, da a conocer, en la disposición habitual, una frente a otra, la refutación ministerial y la lista de los edificios con orden de derribo.

"Sospechosa de estar afectada por la aluminosis, la sede de la Antigua Compañía de Préstamos e Inversiones es indultada por el Ministerio sin causa que lo justifique. Puede haber trato de favor y cohecho."

En nota confidencial y reservada, dirigida a la Superioridad, el Secretario General de Edificaciones informa que, descubierto el origen de la inexactitud

y la fuente de la filtración, tomará las medidas oportunas. Resuelve, salvo contraria opinión más elevada, apartar del servicio y abrir un expediente a la persona encargada de la labor, un funcionario de quinta que arrojó a la papelera la copia –a todas luces manipulada– de la lista de edificaciones en proceso de demolición. Solicita que el burlado conserje, culpable de facilitar al periodista los residuos de la papelera, se convierta en la cabeza cortada que el bien común exige, siendo trasladado a provincias donde purgará su falta. La insaciable Oposición, ignorante de estos entresijos, exige más, y esa suma en la demanda se concreta en el cese del Ministro. Su pretensión descansa al menos en dos fuertes razones: por inficionado o por torpe; pero al fin, magnánima, concede al interesado la posibilidad de elegir.

Lanzada la piedra sobre la superficie lisa del estanque, resulta imposible parar a mitad de trayecto las ondas producidas; no existe medio humano de frenarlas. Se expanden sin pausa hasta alcanzar la orilla, momento y lugar del retroceso, de la inversión del sentido de su marcha; y esto sucede una y otra vez hasta que, debilitadas, concretándose en forma de hierba menuda y florecillas o de pestilentes lodos, mueren. Refleja la bolsa al instante la desfavorable reacción de los inversores, medrosos ellos y espantadizos por naturaleza. Los títulos de la compañía cotizan a la baja durante tres sesiones, durante cuatro, durante cinco; por último el valor accionarial se desploma. Pesa tanto en el índice del sector, que éste se ve afectado por un pronunciado descenso. También el Ibex 35 baja, y lo mismo hace el general.

Los medios de comunicación se ocupan a diario del conflicto y de sus posibles consecuencias, pues el horizonte cercano no produce otras noticias que despierten interés capaz de derrocar al reinante. Requieren confianza los asuntos del dinero; suscriptores de pólizas de prima elevada, peticionarios de abultados préstamos e impositores de fuertes sumas solicitan la can-

celación de sus operaciones; varios compromisos recién adquiridos no encuentran momento idóneo para la firma. El Consorcio toma cartas, como se suele decir, en el delicado asunto; pretende proteger la fiabilidad de las entidades crediticias, la buena imagen de las empresas afiliadas. Alcanza tal nivel la controversia que se ve obligado a intervenir el mismísimo Presidente del Gobierno.

Busca el mandatario zanjar la cuestión y, dentro de lo posible, sacar algún beneficio. En su alocución pública –nada por aquí, nada por allí– experto el político en juegos malabares, en el difícil arte de escamotear una bolita sirviéndose de tres cáscaras de nuez, desactiva paso a paso el explosivo que contrarios intereses han puesto en sus manos. Anuncia que ha aceptado la dimisión del Subsecretario segundo, responsable del personal subalterno; pero oculta que el cesado, en adelante, se hará cargo de la escala técnica superior, lo que supone un ascenso. Maestro en las artes de la lidia, con dos largas cambiadas, tres pases de pecho y dos verónicas rinde a un toro que avanzaba imparable. Los adeptos respiran aliviados, y él se lanza sobre un colchón de plumas de oca al análisis somero de la favorable actualidad:

–Las empresas dedicadas a la concesión de créditos y las que se ocupan de la previsión de imponderables, se complementan a la perfección. Juntas realizan una labor preeminente en la búsqueda del bienestar social, pues generan esperanza en el futuro desmoronando los temores individuales y colectivos; y si la desgracia ocurre al fin, minimizan sus consecuencias nefastas favoreciendo inmediatas soluciones. Son motor de progreso porque allanan los caminos erosionados o los trazan allí donde siendo necesarios no existen. El Sector de la Prevención de Riesgos de este país se encuentra a la cabeza de Europa, sus cuentas de resultados son las más saneadas; lo forman empresas sólidas que están contribuyendo con su esfuerzo inversor a crear miles de puestos de trabajo, y con sus impuestos,

a realizar las Obras Públicas precisas: hospitales, escuelas, puentes, ferrocarriles y carreteras...

En la sala de juntas ubicada en lo más alto de la sede, justo debajo del fuego perpetuo, en el extremo de la mesa oval –teniendo a su espalda, impasible, al fundador pintado al óleo– el Presidente Ejecutivo toma la palabra y destituye. El Director no supo aproximarse al problema, al corazón del huracán, y desarmarlo. El Consejero Delegado no estuvo a la altura requerida, negó afirmando, dando inexistentes pistas claras. Dos vacas sagradas de avanzada edad y nombre repetido con precaución, pasan de repente a engrosar las páginas de la historia y la nómina de los adinerados, pues la indemnización correspondiente supera con creces lo que ganará un empleado medio en toda su vida laboral. Dos naufragos de otras galernas en empresas competidoras, que los cazadores de cabezas descubren, llegan por un atajo hasta el Olimpo.

Se incorporan al dominio público los resultados de los exhaustivos análisis. La prestigiosa empresa de la Gran Bretaña y los Países Bajos, mediante una rueda de prensa muy concurrida, emite un dictamen en verdad bien asentado, transformando en romas las preguntas más agudas. “No existe aluminosis; no la ha habido y no la habrá”. Un instituto oficial, titular de un raro prestigio conseguido a lo largo de su recta trayectoria, publica una segunda opinión coincidente con la primera. Queda restablecido el orden, las aguas vuelven a correr, río abajo, por su cauce. Miles y miles de inversores andan aún desorientados. La Antigua Compañía de Préstamos e Inversiones recobra a poquitos la inestable, por medrosa, clientela.

En un rincón de arces y araucarias del Jardín Botánico, sentados sobre un banco de granito, tres hombrecillos elevados por encima de su propia estatura, convencidos de sí, vanidosos, charlan animadamente. Ajenos a una realidad incuestionable: el edificio extravagante permanece en su lugar,

enhiesto, coronado por el carro de fuego; se refieren en su plática a la fragilidad de la fortuna, sujeta a las veleidades del azar y a la cambiante trayectoria del viento.

* * *

9. El rocío y la rosa

Acerca del rocío y la rosa que se descubren unidos en las pudorosas amanecidas, se han escrito versos cuantiosos de paradigmática belleza. Breve fragilidad que los rayos del sol disipan, incorpora hálitos de vapor al perpetuo ciclo del agua, cuya abundancia un día con otro permanece inalterable, Costa, Sierra y Oriente. La humana condición y la vida vista desde la arribada, se representan así, efímeras, bellas figuras de expresión cien veces repetida.

Cecilia y Víctor –rosa y rocío– gustan de la música y de la pintura. Quisieran ejercitarlas en toda su magnífica profundidad, pero saben que si de ellas hicieran oficio –como ocurre con las mariposas atrapadas por el coleccionista– dañarían la unión de los corpúsculos que las integran y fenecearía su intrínseca hermosura. Así que interpretan partituras o fijan al lienzo formas y colores –instantes propicios al influjo sereno de la armonía, perfecta conjunción de las partes configurando un conjunto excelso– en las ocasiones contadas que aprovecha la felicidad para acercarse a su ánimo. Repican campanas en esos momentos, brilla el sol con los colores de las fiestas grandes, de los desfiles que conmemoran hechos trascendentes.

Cecilia, ángel de blondos cabellos, debe el nombre y la afición musical al interés materno por la armonía de los sonidos. Durante su permanencia en el útero cálido variadas composiciones fueron adaptando el oído y pre-

disponiendo el propósito. Nació en medio de una sinfonía que doña Valeria, su madre, oía extasiada, en búsqueda consciente de un acomodo al parto sin dolor imposible de alcanzar mediando otro estímulo. La opacidad de la mirada infantil no resultó impedimento sino asistencia, para que la devoción por la melodía y el ritmo prendiera en su afán; cerrada la puerta visual que da al mundo exterior, la necesidad abría una ventana auditiva.

Víctor, pelo endrino de revoltoso serafín, por el contrario, tuvo su origen en el deseo del padre de dar al mundo un estadista, un militar dominante cuando menos. Lo quiso su progenitor dotado de una voz majestuosa que fuera seguida sin remedio, de un gesto altivo que invitara a la obediencia, envergadura y presencia perceptibles desde la lejanía.

Sin embargo, de manera subrepticia le llegó la pintura orlada de la urgencia y los atractivos de las inconfesadas caricias íntimas. Eran láminas impresas en un libro de los anatematizados, magnífico ejemplar policromo enclausurado en una vitrina candada, compañero de gayola de otros considerados poco o nada prácticos. Yacían en los estantes, a la espera de ojos a quien dar provecho, reproducciones de los maestros italianos, flamencos, españoles; tratados de armonía, compendios musicales, obras de la filosofía más avanzada, inventadas historias de amor, el relato de vidas transitadas entre incessantes sacrificios. El azar que puso en su mano la llave colocó la pintura en su sendero. Mas obediente de la voluntad paterna, censora, luchó contra el arte –preciso es decirlo– de modo encarnizado, como lo hubiera hecho de encontrarse en oposición abierta a una herejía desde su condición de ortodoxo. Pero el óleo y la acuarela le vencieron cien veces y –tentaciones irrimprimibles mediante– cayó uno y otro día bajo su influjo, abandonándose al torrente que lo arrastraba. Marginó los estudios ordenados por sus padres con miras al progreso personal, y se dedicó a copiar con fruición creciente –carpeta de láminas rugosas y carboncillos de diverso grosor– los rincones

vistosos del jardín desde ángulos distintos, a la manera de los artistas consumados. Mas sus doce años le pusieron a salvo de sí mismo.

Se alteró la táctica y el niño recibió un cofre repleto de oro y piedras preciosas, en lo que no era más que un estuche de pinturas con los colores mínimos del arco iris y uno de los manuales secuestrados. Prometió, *motu proprio*, calificaciones de excepción que, a la hora de la verdad, tras decidido esfuerzo, obtuvo. Valiéndose de los lápices, en la mesita de trabajo situada en su cuarto, intentó trasladar al papel el mundo imaginado. Enfrentado a las expectativas, el resultado fue tan pobre que metido de lleno en la desesperación destruyó los útiles. Tras este fallido intento, su primer fracaso en términos existenciales, se refugió durante días en el interior del manual. Una mañana sacó al jardín una mirada nueva, válida para captar la fulgurante coloración que adorna los objetos; y descubrió la naturaleza teñida de matices incalculables, un mundo fascinante del que tenía avanzada sospecha. En presencia de tal maravilla tomó la resolución de no ceder ni un ápice en el empeño de atraparlo.

Forman los dormitorios, gracias a la desbordada imaginación de los hermanos, el prodigioso escenario donde todo se hace posible; mas la distancia existente entre ambos –uno en cada costado de la mansión– imposibilita la relación de los infantes, de la que tanto Cecilia como Víctor están necesitados. Apenas hablan a lo largo del día, y en el comedor la obligada compostura impide las emociones. Víctor observa a su hermana desde el extremo del restringido territorio de la mesa, y ella, sirviéndose del sexto sentido despejado en el centro de la frente, intuye los cambios de disposición obrados en él. Conocedores de los ademanes y el lenguaje que se consideran provechosos en una educación individual llevada a su expresión más rigurosa, todo hace presagiar un crecimiento irregular de la persona, achatada por el lado del afecto. Mas no tanto, porque, resultado de la reacción natu-

ral a la intransigencia que les convierte en víctimas, establecen entre ellos lazos tan fuertes como el acero. Doña Valeria, la madre, desea una educación más relajada, donde el cariño se haga motor de las acciones y la emoción alumbre preferencias. La gustaría leer a su pequeña los libros secuestrados que tratan de eufonía, iniciarla en la flauta y otros sencillos instrumentos; pero las órdenes estrictas del marido se cumplen a rajatabla, incluso en las frecuentes y prolongadas ausencias a que el seguimiento de los negocios obliga al negociante.

Víctor y Cecilia son aleccionados en las áridas ciencias y en los principios mercantiles –palancas del progreso económico– a modo de moderna teología tejida en torno al dios dinero. Llegan profesores contratados por el padre, que los instruyen en lenguas foráneas, en historia y geografía, en el comercio internacional. El carácter opuesto de sus preceptores –hombre y mujer que entre sí no congenian– une a los hermanos en el parque. Hasta allí son acercados por doncellas de uniforme con el ritual solemne que su posición social requiere. Enlazadas las manos, ávidos de dar y recibir, Cecilia camina mirando al infinito y Víctor, sorteando los peligros, guía los confiados pasos de la niña. Junto al simétrico parterre juegan oprimidos por los convencionalismos, que sus mayores llevan a extremos intolerables: ni remover la arena ni tenderse en el césped les está autorizado. Acusadores mudos son los impecables trajecitos que, mostrando manchas o deshilachados, delatan la infracción de la norma convirtiendo a los hermanos en reos de reconveniones. A los perros se acercan para acariciarlos, pues en casa no les consienten tener animales domésticos. Los conciertos de la banda municipal y la exposición de telas de pintores principiantes, dan contenido a las mañanas de domingo. Iniciadas éstas en el templo, formando unidad familiar con unos padres vestidos de gala que desfilan hieráticos, los niños sitúan en la visita al parque el arranque de todo disfrute.

Distintas entre sí sus cofias, adorno de los cabellos recogidos en rodete –blanca una, negra la otra; intención del señor para mejor distinguirlas– las jóvenes a quienes se encomendó la asistencia de los párvulos, se hacen amigas a fuerza de encontrarse en uno u otro lugar del recorrido cotidiano. Sucede así que la recíproca afición de las sirvientas sirve al cultivo de la existente entre los niños. Las matinales festivas posibilitan a un tiempo el ejercicio de las devociones propias, largo tiempo constreñidas. Víctor acomoda a Cecilia en una de las sillas metálicas dispuestas para el público, cubriendo antes el asiento con un pañuelo de bolsillo para evitar manchas de herrumbre. El templete de los músicos es una elevación circular, protegida en parte por las ramas de un magnolio que se hace techo de sombra yavecillas; y frente a él –oído interesado– permanece la niña hasta el fin del concierto. Su hermano la observa protector, mezclado con los bohemios de barba descuidada que muestran el progreso de sus trabajos, fruto de los ensayos pictóricos con los que inician el tortuoso camino del arte y de la gloria. Denotando su íntima amistad conversan quedo las ayas y, carentes de vigilancia que las incomode, descuidan la que han de ejercer; hecho insólito favorecedor de los pequeños.

En vacaciones, llegados a la heredad del campo desde donde se divisan las cumbres andinas, viven los hermanos un mismo paisaje de plácidas laderas, verde de pastos y florecido de fragancias. Paso a paso van descubriendo los maravillosos procesos dirigidos a la continuidad de las especies, que los animales y las plantas de suyo aceptan con naturalidad y manifiestan sin tapujos. Cecilia se transforma: el sol y el viento oscurecen la tez y los cabellos, y su percepción –ayudada por los sentidos que suplen a los ojos, y las pacientes explicaciones de su hermano– se agudiza penetrando en los sentimientos.

El padre de los niños nació de un matrimonio de aventureros carentes de trabas, enriquecidos en la exportación de animales exóticos y maderas

nobles. Tuvo una infancia selvática y por ello quiso educar a sus vástagos en la más estricta de las disciplinas, preparándolos a conciencia para luchar contra el caimán, el puma y el jaguar de la floresta urbana. Recibió formación tecnológica especializándose luego en gestión de empresas, de modo que pudo modificar el objeto de la firma familiar cuando las leyes internacionales comenzaron a arrinconarla. Luego vino el comercio de componentes eléctricos y electrónicos y con ellos el crecimiento y la expansión. Años después, asentándose en la fortuna acumulada, llegó a un acuerdo ventajoso con una compañía de gringos que quería implantarse en el país. Hoy, hábil negociante, es el socio nacional de una empresa vendedora de equipos informáticos que hincan sus raíces en un edificio alto de Nueva York. Cumpliendo el acuerdo firmado aportó –con estatus de sede local– parte de su magnífica vivienda, un palacete en el mejor barrio de la ciudad, y una afianzada red de distribución.

Desde entonces es socio minoritario de la compañía derivada, ostentando como un galardón el cargo de vicepresidente; pues si no toma decisiones de importancia, al menos las ejecuta a su manera sin reproches. Hasta pasados cinco años no podrán enajenarse las acciones consolidadas, margen suficiente para que las aguas encuentren su cauce. A brazo partido lucha el consignatario por la prosperidad, y a ella sacrifica las relaciones familiares. Viaja sin descanso entre su ciudad y otras del continente, en especial a los Estados Unidos; apenas tiene tiempo libre, y a pesar de todo ello –muestra de su intenso amor– sin reparar en gastos examinan a Cecilia los mejores oftalmólogos del mundo, lumbreras coincidentes en el diagnóstico: una irremediable insuficiencia original. Si no consigue la niña incrementar el atisbo de luz, al menos se adiestra en las tareas corrientes y ejercita su independencia. Saliendo del craso error, renuncia el padre a los proyectos previos y encarga a Valeria, la esposa, la educa-

ción musical de la pequeña. Nada dice acerca del niño y la pintura, por lo que la madre traduce la omisión en conducta acomodada a su interés. Nuevos profesores sustituyen a los antiguos, y Víctor considera vigente el compromiso de profundizar en las materias mercantiles a cambio de adentrarse en las artísticas.

Europea a fuer de española, educada en un internado próximo a la ciudad de Ginebra –disciplinado colegio regido por monjas formadoras de esposas ornamentales, cuya sumisión aseguran por escrito– doña Valeria monta a caballo, habla varios idiomas, domina el piano y los bailes de salón, recita a Byron, Neruda, Juana Ibarbourou: *Lima de la hermosura, Lima, casa de ensueño*, y a Lamartine de memoria y conoce al dedillo el protocolo y las buenas maneras. Tallo vigoroso y delicado a un mismo tiempo, si puede darse tal combinación en las personas, oculta la mujer bajo barniz de indiferencia un natural sensible que la inclina a las bellas artes, a la piedad y a la ternura.

Se hace patente cada día, que la esforzada viuda, madre de Valeria, cuando puso el empeño en la educación de la niña, su verdadero y único caudal, obró hartamente acertada. En la búsqueda de un enlace provechoso, el espíritu primario que la animaba acomodó cualidades infrecuentes. Conseguido el fin propuesto, la valerosa mujer dio por terminada la lucha y abrió el paso a la enfermedad, contenida hasta entonces para que no resultara un estorbo.

Se unió el empresario a la muchacha guiado por el primer impulso, pues entre las veinte candidatas de la clase, el hombre eligió a Valeria ganado por los modos puestos de relieve sin quererlo; heredados los más de su humilde origen y adquiridos los restantes con verdadero tesón. Ella aceptó la elección sin apenas contraste, acaso por agradecimiento. El matrimonio, regido por el sistema de separación de bienes, se inició en posición muy favorable, pues partían de cien enteros netos: noventa y siete de ellos aportados por el

caballero, y el resto propiedad de la joven, que cursó con aplicada dedicación las asignaturas de economía doméstica y gobierno de sirvientes. En exóticas islas de nombre apreciado por la gente de caudales, vivieron los esposos tres semanas de una luna de miel que empezaba a acercarlos cuando alcanzó su término. Marchó él a los complejos asuntos, mientras Valeria, ya doña, quedaba a resguardo en su torre de cristal, refugio ajeno a inquietudes y sospechas.

Superaron los mellizos un alumbramiento difícil, que a punto estuvo de pagar la madre con su vida. Valeria quedó debilitada por el esfuerzo, y un día después se hizo realidad la presencia omnimoda del esposo, quien dio el visto bueno al enrevesado parto pese a no hallar bajo el brazo del niño el imaginado bastón de mariscal. Sorprendido el padre por la inesperada presencia de la niña, hubo de adecuar las instrucciones redactadas cuando la gestación entró en el segundo mes de embarazo; y más desorientado que satisfecho voló tras la escurridiza prosperidad. Supo doña Valeria la anomalía visual de Cecilia, al notar que no cambiaba la mirada si moviéndose en arco alrededor de la cuna permanecía silenciosa. Ocultó lo averiguado para no añadir una nueva torpeza a la de haber quebrado las previsiones del esposo. Mas el informe del pediatra, redactado en lenguaje científico que la madre simuló no saber descifrar, informaba a un tiempo del hecho y de sus razones, quedando ella orillada por la culpa.

Hecha salvedad de las circunstancias personales, la familia formada por el acaudalado y doña Valeria sigue un patrón más abundante de lo que se piensa. Dotada de los elementos justos para dar la apariencia de perfección desde la distancia, se lucra de las deficiencias del ojo humano a la manera en que busca el efecto la pintura impresionista. Basta aproximarse para percibir la carencia de la resistente argamasa que debe unir a sus miembros. Padres extraños entre sí, hermanos separados por una educación estricta,

doncellas tocadas con cofias de colores opuestos y un futuro reservado con mucha antelación que se presenta envuelto en el celofán de los sentimientos forzados. ¡Ah!, y el dinero, verdadera piedra filosofal, auténtica panacea, bálsamo milagroso con los que el hombre se empeña en suplir carencias, recomponer desperfectos y restañar heridas.

Soslayando un muladar formado por desechos ínfimos, residuos estimados aún por harapientos que separan lo inservible de lo verdaderamente inútil, dos mujeres cruzan el descampado. La mayor de ellas, de edad más que mediana, encorvada antes de lo que sucede de ordinario, muestra en el rostro las arrugas responsables del gesto sombrío; profundas heridas reductoras de lo que debió de ser una belleza singular. Parece enferma, y expectora sobre un moquero arrugado tras sufrir un acceso de tos que llena a la joven de desasosiego. Viste ropa negra con la serena dignidad de quien guarda un luto largo, y estriba su brazo en el hombro de la muchacha rubia, a la que guía con calculado disimulo. Posee la joven un cuerpo bien formado y su rostro semeja el retrato exacto de la madura, de no ser dueña de una sonrisa incierta que la otra ha ido borrando poco a poco de sus labios finos, de las pálidas mejillas. El tiempo abrió una vereda entre ambas, facilitando la corriente de devoción que va y viene bien visible. Una simple mirada basta para afirmar sin riesgo de error que son madre e hija. Situadas en la acera, estrecho ribete herido por una zanja a medio allanar, con sumo cuidado penetran en el zaguán del casón, coronan la escalera y penetran en una vivienda mísera. Desfallecidas por el trabajo que se toman, al que no están habituadas, traspasan la antesala mínima y se sientan en la cocina con alivio manifiesto. Convulsiones de tos atacan de improviso a la madre, y la hija, solícita, con gesto algo torpe le acerca un vaso mediado de agua.

Rebajada la dificultad respiratoria, extraen de una bolsa de cuero y disponen sobre la mesa, monedas y billetes, un tesoro mínimo al que añaden

el producto de los trabajos que la madre viene de cobrar. Casa por casa ha ido, finalizando en el domicilio del profesor de música, viudo sin hijos, violín solista retirado de la banda municipal, que da clase a la hija a cambio de atenderle la ropa. En pijama, aún adormilado, aparece un mozo moreno que muestra los labios finos y la ancha frente de ambas mujeres. Se levanta a esa hora tardía y parece aturdido, pero el dinero le arranca una mirada codiciosa que la madre percibe apenada. Toma un vaso de leche y unas galletas de obrador monjil que sólo él consume, se lava las manos en el fregadero e inicia el doblado de unas prendas vulgares, pertenecientes a los acomodados que encargan lavado y costura. Con patente torpeza va dejándolas en la mesita sobre la que plancha su hermana. Le desagrada la tarea que le han asignado, pero la acepta a sabiendas de que no existe otra más acorde.

Al barrio, alejado una infinidad de kilómetros de la civilización, llegaron la madre y los dos hermanos acarreado dos baúles atestados de enseres en un arrastre de mano. Desentonaban del lugar por la elegancia del vestido y las suaves maneras, pero el paso de los días los va tornando miméticos. Ocupan una alcoba rectangular partida en dos por una frontera bien frágil, un tabique que es sólo una colcha pendiente de una cuerda fina. La mitad mejor iluminada les sirve de taller y sala de estar, aunque no sea otra cosa que el fogón donde hacen la vida. Comparten con los demás moradores del inmueble los servicios de aseo y retrete, localizados al fondo del pasillo general, en un espacio algo apartado que huele a amoníaco. En semejante andurrial, próximo a tierras de labor, entre cobertizos ocupados por traperos y chatarreros, sin apenas contacto con el exterior, sin roce alguno con el prójimo, viven una vida silenciosa y arrastrada que los amilana. Su conducta trasluce misterio, pero la gente no pregunta, tan sólo inventa historias vencidas por la suya propia para regocijarse.

En los momentos de quietud la chica tañe un caramillo y, dotada por la naturaleza de prodigiosa voz, entona hermosas canciones. Aunque no lo ve, percibe por algunos detalles que esa habilidad suya eleva el ánimo materno. Mientras, el muchacho, tratando de obtener alguna dádiva, llama así a las limosnas, decora las aceras de una plaza céntrica –confluencia de avenidas principales– pintando admirables cuadros de existencia efímera. Nacen de sus trazos escenas silvestres que cobran vida en el cemento, y despliega sobre las baldosas tal armonía, belleza tal, que las gentes tardan días en pisar sobre ellas. Con cierta prevención, mitigada por la repetición del gesto, recoge las monedas que le arrojan a los pies. Hieren su sensible corazón razones que se entremezclan, y halla un bálsamo agrio en la vida nocturna recién emprendida, a medio camino entre la francachela y el asalto a las buenas costumbres. Artistas verdaderos y mentidos lo arrastran en sus correrías. En los naipes busca el muchacho el caudal necesario para los gastos crecientes, y como el azar no favorece a los desesperados, ha de hallarlo en la bolsa de casa. Tratando de librar de fatiga a su madre, toma la hija sobre las espaldas un trabajo ímprobo. Incluso la noche se ha vuelto enemiga. Acostada junto a la enferma, que se vacía a golpes de tos y esputos tintados de sangre, repite cientos de oraciones aprendidas de alguna de las ayas, vierte lágrimas profusas y espera de lo venidero la devolución del hermano responsable y afectuoso que un desquiciado, capaz de imitar alguna de las costumbres del legítimo, suplanta.

Anochece despacio, la temperatura es cálida y el ambiente húmedo incrementa la sensación de bochorno. La madre ha superado una fuerte embestida de la tos, y los hermanos salen con el cometido de repartir la ropa limpia y cosida. La chica aprovecha la oportunidad de iniciar una conversación que tiene muy meditada. Sus palabras carecen de reproche; la guía el amor e inquiera las razones del comportamiento dañoso del chico.

Se confiesan secretos pertenecientes a lo más recóndito del alma, y terminan aceptando posiciones personales que rechazaban antes con todas sus fuerzas. A partir de esa plática las noches pierden la presencia del joven ante los amigos desafiando a la suerte, privando a los naipes de la oportunidad de negar su socorro. Se entrega al trabajo con ahínco y todo mejora en la casa. Las mujeres, que hubieran dado años de vida por lo que ha sucedido, se sienten tan felices que el duro trabajo se les hace un camino alfombrado de pétalos.

Ya no hay pastores como los que transitan las églogas, quizá no iniciaron estirpe que los sucediese; no existen ovejas, ni campos de pasto como aquellos. Zagales, animales y plantas eran felices en su condición de obra creada para servir a la general armonía siendo equilibrados. No apacienta rebaños la pareja, mas como si tal hiciera, su porte y la actitud que adopta podrían muy bien indicarlo; porque ella se da a la música con satisfacción evidente y él pinta cuadros bucólicos. Son dos jóvenes de una mocedad tangible, y se aprecia en sus gestos la libertad recién estrenada. Ella, rubia como el sol, y él, moreno de sus radiaciones, resultan bellos dioses paganos. Hay en ambos una timidez atractiva, una pizca de virginal turbación que los presenta seductores cuando se abrazan.

Cayeron del cielo; un globo los traería en su canasta y tomaron el jardín como propio. Una barquilla de juncos los condujo a través del arroyo, reproducción parcial del antiguo, que hoy adorna la propiedad. Pero si hemos de dar crédito a los vecinos que los recibieron, llegaron al palacete una mañana de primavera, encargaron muebles, enseres, adornos y vituallas, y contrataron numerosa servidumbre. Permanecía deshabitada la mansión, desde que, ejecutados por el banco los créditos sin resarcir, perdieron la propiedad los antiguos dueños, herederos de un empresario fallecido al chocar con los altos picos andinos el jet en que regresaba a casa desde Nueva

York. No quedan en la ciudad residencias tan fastuosas como ésta; se comprende que escasearan las ofertas capaces de pagar su alto precio.

Ordenaron los jóvenes una obra de restauración, que respetando la fábrica transformó su apariencia. El interior es muy otro: antigüedades destinadas a convivir con diseños de vanguardia, lámparas que desprenden cataratas de luz; risas, voces y melodías. El espacioso jardín se pobló de pronto de esmeraldas vegetales, pavorreales orgullosos, flores de azules incansables, rojos vivos y somnolientos violetas. Heterogéneos grupos humanos evolucionan sobre la hierba; caminan descalzos, visten túnicas leves y se aman con delicadeza. Mantales cubiertos de frutos exóticos adornan rincones, y ofrecen cuencos de leche recién ordeñada, miel de las abejas que liban posándose apenas sobre romeros y espliegos. Los servidores parecen compañeros de los servidos, porque con frecuencia invierten los papeles.

La linda muchacha, centro de espontánea atención, arranca al violín notas alegres, tonadas llenas de vitalidad y armonía, mientras sitúa su hueca mirada en las cimas altas de las ceibas. Ante un caballete que soporta una pintura a medio formar, el joven hermoso se afana en captar los mezclados misterios de la luz y del aire, para plasmarlos en un cuadro, etéreos, transparentes. Se rodean de belleza, buscan el equilibrio, pretenden la concordancia absoluta. Habitan una isla que contiene en libertad la vida: peces, pajarillos, gacelas.

No guarda misterio la sobrada abundancia, sin duda se trata de artistas que consiguen cuantiosos ingresos por medio de su arte. Conciertos, discos, videos musicales, hacen de la mujer objeto de culto en medio mundo; se disputan los cuadros que pinta el varón famosas galerías, coleccionistas expertos. Mas no acumulan en el sótano las monedas de oro, las derrochan a manos llenas en el paraíso recién creado.

Acerca del rocío en la rosa, unidos en el rubor de las amanecidas, se han escrito versos cuantiosos de paradigmática belleza. En la espaciosa alcoba donde duermen revestidos de la inocencia que la desnudez transmite, sobre el amplio lecho, tiernamente abrazados, sin sombra alguna de preocupación, despiertan ambos jóvenes.

Desde la terraza abierta al jardín, mientras desayunan, ella le hace a él una pregunta:

–¿Es así cómo lo recuerdas?

–¡Qué va!, era todo muy distinto; ordenado, rígido, artificial. A mamá le gustaría más de esta manera.

–Sí, pero papá no lo hubiera consentido.

* * *

10. Confidencias de Jana

Corazón del terreno vallado, paraíso y cárcel, una vivienda aldeana constituye mi territorio vital, mi pequeño mundo. Dista del pueblo donde vive mi hermana un paseo; y de la ciudad, domicilio de mis hijos mayores, unas leguas. La gente pasa por mi puerta, saluda y, si las ocupaciones no son perentorias, charla conmigo, entra para tomar caldo o refresco dependiendo de la temporada en curso, y yo me pongo al día en el discurrir pausado de los acontecimientos. Una vez a la semana de la tienda me traen variados bastimentos, y si quiero distracción y cultura la capital me las ofrece variadas. De manera que sigo la marcha inexorable de los días con un pesar ligero, prueba evidente de que, no obstante mis males, en la casa no me encuentro a disgusto. Mi hermana, denotando un amplio conocimiento de mis expectativas, la adquirió para que yo viviera cuando se afianzó el mal en las manos forzándome al retiro.

De estampa armónica, Jana es una perrilla ingeniosa y obediente, nacida con predisposiciones claras: seguir rastros, sostener en el tiempo la carrera, retrasar cuando es necesario la satisfacción de sus necesidades fisiológicas, traer y llevar objetos asidos con los dientes. Espabilada y ágil como ella sola; no necesita hablar para que se hagan cruces los desconocidos acerca de sus habilidades: se alza sobre las patas y simula caminar como humana, comprende órdenes sencillas dadas con palabras o gestos

y, si es ese su deseo, las ejecuta. Apenas ladra; para dar la alarma exige ciertas condiciones, las que reúnen aquellos lances que afectan a mi seguridad o a la suya. Nos entendemos a las mil maravillas, y no es que yo me exprese a su modo; no, la comunicación se establece en el área extensa de la intuición. Recojo sus reflexiones y las paso a la palabra escrita; conviene dejar constancia de su visión animal de lo cotidiano, de sus críticas acerca de mi comportamiento, por si en algo estuviera acertada. Acaso no son más que figuraciones mías, pero me gusta creer que Jana me hace confidencias valiosas, ocurrencias relativas a su cultura, tan rica en matices poco conocidos. Me revela la ligazón existente entre el suyo y el ámbito humano, el diferente juicio hecho sobre las visitas según sean niños o adultos, hombres o mujeres. Puede que la perra no ponga intención y suceda que yo la esté utilizando a modo de naipe de los adivinos o de líneas dibujadas en la palma de la mano, lector e intérprete del porvenir; puede que sea así, pero cuando le señalo peligros inmediatos y ella obra en consecuencia, sorteándolos, seguro estoy de ser interpretado.

Siendo yo una persona que dejó atrás hace tiempo la mediana edad –sesenta años confieso haber cumplido– y viviendo en parcial aislamiento, se comprende que mi hermana, diez años menor, a más de refugio me buscara compañía. Se desvive por mí como una madre lo hace con su hijo. Tina le decimos en vez de Constantina; aunque yo, estando los dos solos, la llamo Chiqui como cuando era niña. No se casó por atender a los padres, y cuando murieron ya se encontraba cómoda en la soltería; así que fue despidiendo uno tras otro a los pretendientes. Suele venir a verme los días festivos y da una vuelta a la casa, pues soy reacto a contratar asistencia. Apoyada en dos de mis hijos quiso casarme de nuevo, y para ello me trajo a la propietaria de unos perrillos de distintas razas que buscaba a los canes casas de acogida.

La que luego bautizaríamos con el nombre de Jana, era una cachorra flacucha y triste encariñada con su dueña, señora de mis años, desviada del marido, que combatía la soledad transformando su caserón en una barca de Noé bien poblada. Jana, única hembra del muestrario, descubría a primera vista un carácter retraído. Algún temor evidenciaba, algún mal trato. Quizá en el viaje estuviera la causa, rectas y curvas por una carretera salpicada de baches. O en la temible aventura vivida aquella misma mañana, pues estuvo en un tris de servir a un organizador de peleas salvajes en el adiestramiento de los contendientes, perrazos ávidos de la sangre de indefensos cuzcos. El avisado instinto de la dueña –mujer de iniciativas– facilitó el rescate en el momento preciso. Hubo de seguir para ello el confuso rastro dejado por el malevo, quien, aceptando la oferta del anuncio, se presentó muy temprano. El número alto de una calle breve, escrito en la copia del documento de identificación, la puso sobre aviso. La matrícula del coche y un empleado de la Oficina de Tráfico –tiene un poder de convicción asombroso– la llevaron al interior de un oscuro recinto donde, recluida en una mínima gayola metálica junto a jaulas de las que salían temibles ladridos, encontró atemorizada a la perrilla. Viaje y aventura propiciaron el evidente malestar, las náuseas, la timidez. Su encogimiento contrastaba con la viveza de los machos. Si me decidí por la hembra, lo hice conmovido por su melancolía y desabrigo.

Transcurridos diez meses puedo decir que me satisface la elección, pues Jana descompone a diario la aburrida inercia de mi vida. Empleo parte del tiempo en su cuidado, adelantándome a los peligros, vigilando las reservas de agua y pienso, atento a sus evoluciones. Incluso dedicado a mis tareas estoy pendiente de ella, del lugar de asentamiento, de la actividad que la distrae. Paga mis desvelos con la docilidad que le es característica, procurándome pasatiempo en la narración de múltiples historias. Un día me relata la experiencia acopiada en el casón de la señora que nos la entregó; y al

siguiente el pasado remoto oído a su madre, quien por transferencia oral está en disposición de reconstruir al menos ocho niveles del árbol genealógico. Salta así del conocimiento adquirido por sí misma –sumada a diez o doce perros, seis gatos, una tortuga, un periquito, un loro y hasta un chimpancé– a la información recibida, la que proviene de una larga hilera de ascendientes de fortuna dispar.

Sobrepoblado territorio, la casa en que nació estaba dirigida por una mujer sola. Del esposo, contaba un mastín criticón, que emigró a lejanos confines después de intentar sin fruto la convivencia con la fauna variada. Soportaba el hombre a algunos gatos, a dos o tres de los perros, a la tortuga, al periquito, pero era incompatible con el loro y el simio. Ni equipaje cargó, ni caudales; tal era su desesperación. Iban para cuatro los compañeros que se le escaparon a la señora y, de tanto en tanto, aún suspiraba. Babel de lenguas: miau, guau, pío, y otras de las que Jana desconocía el nombre: dominaba la casa un guirigay permanente. Disminuía de noche la intensidad de algunas voces, pero aumentaba la de otras, de modo que el reposo se hacía imposible sin una adaptación previa que muchos humanos no resistían. Útil me fue la revelación para colegir que las reiteradas visitas de la mujer iban más allá de comprobar la salud y el progreso de Jana; de modo que pude defender mi independencia con éxito, aunque tal proceder disgustase a la enredadora de Chiqui.

En el decir de Jana, la tortuga no se metía con nadie, el simio embromaba a todos y, resulta curioso, no eran perros y gatos los peor avenidos; era el loro, más orgulloso que don Rodrigo en la horca, quien, creyendo haber dado origen a los humanos o contar entre los primeros pobladores del paraíso, despreciaba a los demás compañeros. Hacía excepción, justo es reconocerlo, con un periquito que lo obedecía por miedo a su pico curvado y a las robustas garras. En cuanto a su propio origen, refiere Jana que su

madre es setter inglés, perteneciendo el padre a la misma familia en su rama escocesa; de manera que, bien o mal, ladra dos lenguas y entiende alguna más dentro de las caninas. Sin duda ha heredado las formas que predisponen a la caza; aspecto que confirman las largas y veloces carreras que da por el campo y la insistencia en traerme un palo que yo le lanzo todo lo lejos que puedo. Un antepasado hubo –se envanece tímida– que formó parte de la jauría del rey, aunque no precisa, bien es verdad, de que rey se trataba. Puede que fuera invención ocurrida a lo largo de la transferencia de memoria por algún abuelo fatuo, pero se desprende del porte elegante de Jana que algo de eso hubo.

Mientras escribo estas líneas, la protagonista de la historia permanece a mi lado; simula dormir, pero en realidad maquina la liberación de los cordones que supone presos de los zapatos. Los desata sirviéndose de la boca hábil, de los dientes precisos, y espera durante unos instantes mi reacción. Me limito a rehacer lo deshecho, lazada que equilibra la longitud de las puntas, y creyéndome metido en el juego torna a desatarla. Mi rendición desarma su propósito, por lo que se abandona a la dulce placidez de quien tiene todo hecho. Uno de los gatos cruza ante ella con paso precavido, temeroso de un arranque instantáneo, fuertes patas terminadas en uñas poderosas, romas de horadar la tierra en busca de tesoros arqueológicos formados por huesos antiguos. Ignora que Jana sólo pretende la simulación del cobro de piezas siguiendo el instinto, jamás apretará los colmillos sobre el desguarnecido pescuezo. Inicia la perra una carrera que la lleva a la velocidad del viento tras el félido, quien, con la ligereza propia del rayo, la esquiva. Los separa el estanque: el gato teme caerse al agua y la perra sabe vedado el espacio; peces y nenúfares podrían conmocionarse si irrumpieran en su elemento.

Llueve, y las gotas saltan del tronco a las ramas y de éstas a las hojas, reverdeciéndolas, abriantándolas: perlas transparentes para el adorno de la

yerba y los arbustos. Sale el sol a intervalos con el solo objeto de aclarar la escena, facilitando la percepción del beneficioso efecto del agua. Sorteando los charcos recorre Jana la parcela en labor inspectora de los cambios introducidos por Chiqui, quien en sus visitas se ocupa, supliendo mi creciente incapacidad, de la renovación de flores de temporada y del desarraigo de las malas hierbas. Ya no cruza la perra los canteros de césped, ya no arranca los rosales recién plantados ni mordisquea las petunias. Huele las plantas aromáticas, se roza a menudo con ellas: romero, salvia, tomillo, lavanda, albahaca, impregnándose de su olor agradable.

Entre los múltiples tallos de diferentes alturas y grosores, ásperos e impenetrables de la zona silvestre, donde, enmarañados, árboles y arbustos crecen a su antojo, inconcretos hallazgos aguardan a que Jana los saque de la oscuridad escarbando en la hojarasca. Ella parece saberlo, porque descubre un día tras otro un copioso botín de naderías. Poco dada a las contradicciones que observa en los humanos, en ocasiones lucha consigo misma. Gira tras su rabo como poseída por algún mal repentino, intentando un círculo imposible. A un mayor impulso de la cabeza hacia adelante se opone un superior empujón de la cola, de modo que la distancia entre ambas permanece invariable. Si por alguna maniobra afortunada consiguen los dientes su objetivo: ahí están el día y la noche coincidiendo en el alba, ahí están las mareas fundiéndose en un solo vaivén interminable. En su girar alocado, el cabo de su cuerpo escapa de la prisión a la que le somete el inicio, y vuelve a ser una unidad de caminar acompasado.

Tras dos días de calma me avisa Jana de una próxima tormenta; aún está el cielo diáfano en su mayor parte, más en el horizonte oeste nubes oscuras se apropian del espacio y un vientecillo suave enfría el ambiente. Ha de tener una facultad privativa que no es maña ni habilidad, un sensor atávico del que no disponemos las personas, ya que siendo tan joven no

puede atribuirse a la experiencia. Así es, en efecto, sucede según su barrunto; las iniciales gotas de agua se advierten en los estanques, donde hacen saltar esquirilas líquidas que, al caer, suman círculos móviles hasta que toda la superficie es una agitación frenada por los nenúfares y ampliada por los pececillos que asoman el hocico. Culebrinas de luz proliferan a lo lejos. Cambian las condiciones previas, la claridad del día se diluye en la negrura que avanza; los olores de la tierra y de la hierba tienden a agudizarse, a afinar su mascarón de proa pasando de nao a esquife en su choque frontal con la nariz; y tanto lo visto como lo sentido predisponen a ponerse a resguardo.

Jana se guarece en un chozo que yo le he construido bajo las ramas de un macizo de coscojas de distintos tamaños; cabaña de ladrillo recubierto de piedra que toma la caprichosa forma permitida por la presencia discontinua de troncos. Almendros, zarzas y dos vigorosas matas de romero crecen rodeándolo, abrazándolo, apropiándose de su hechura recia. Dentro, un largo pasillo desemboca en el vestíbulo del que nacen el pesebre, el bebedero y el lecho. Cinco ventanucos iluminan su interior, y una capa de yeso sobre los ladrillos distribuye la luz de modo homogéneo. Allí se siente propietaria y cualquiera que entre es un intruso o, como en mi caso, un invitado. Desde cualquier ángulo la vista resulta agradable: formas caprichosas que la naturaleza trenza y colores que van del verde a los floridos pasando por el intenso azul del cielo. Pero Jana no manifiesta inquietud por la belleza: duerme en su cubil o roe un hueso ajena al exterior cambiante. Una manta de lana cubre el tablero donde ella descansa; así lo dispuse para que no la alcancen el frío y la humedad del suelo.

Sé que fue el lunes, porque acompañé a mi hermana al coche de línea y bajaba repleto de estudiantes de los que pasan sábado y domingo en su casa. Así que el lunes, nada más abandonar la mesa, me dispuse a echar

una cabezada tumbado sobre el forraje. Obro así buscando el influjo de los magnetismos telúricos y la pujanza de la naturaleza; tonterías acaso, pero yo creo en esas cosas. Coloco el brazo derecho a manera de almohada, y noto que la savia de la sangre se acelera en mis venas. Bien, aquella tarde, acostado de la manera referida –serían las tres o quizá un poco más temprano– Jana, parsimoniosa, se acurrucó a mi lado; y a pesar de saberme dormido quiso llamar mi atención acercando su hocico a mi oreja. En el duermevela sentía el rumor nacido en su boca profunda, húmeda de abundante saliva, y lo interpreté como la escasa cordura del momento me dio a entender. Comprendí que intentaba decirme algo y deduje que había de ser perentorio para ella, pues creía justificada la interrupción de mi siesta. La oí iniciar una historia que ofrece ciertos visos de verosimilitud, no reducida por los disparatados aspectos que toda conspiración introduce. Porque se trataba de eso, de una conjura urdida por El Consorcio de Grandes Almacenes para incrementar las ventas.

Hay perros, muchos en todo el país –de diez mil pasa el número– silenciosos trabajadores empeñados en un solo objeto: que la gente del entorno, los dueños y sus familiares, los amigos y las esporádicas visitas, compren más ropa de lo que harían de por sí. Son dentelladas al desgaire, son zarrazos como en juego, son tirones y desgarros; y los hilos de punto se sueltan, los tejidos ralean, cayendo de su sitio los botones a manera de frutos maduros. Dominan el arte de diseñar el siete, número abundante en la ropa atacada, un siete escrito en el descuajado tejido, urdimbre y trama alzándose sobre un desconchado, un hueco, un agujero que descubre la piel o las prendas íntimas. Así un día y otro –con el extraordinario esfuerzo de los días de fiesta, de las vacaciones– la magnitud de la vestimenta deteriorada que ha de ser repuesta sube y sube, y con ella el negocio de los grandes almacenes reunidos en consorcio. Los útiles de riego, mangueras sobre todo,

uniones de colores vivos, boquillas, aperturas y cierres; sufren de igual modo su vandálica acción: agujeros del tamaño de los colmillos atacantes, grietas, fracturas, quiebras.

Al llegar mis nietos a Jana se le agita la cola de gozo, se le iluminan los ojos de alegría y va y viene girando sin sentido. Pone sus fuertes patas sobre los hombros débiles, de forma que haciéndoles perder el equilibrio da con ellos en el suelo. Saca la lengua, alargada como un pez, salmón húmedo y vibrante, y lame rostros y manos esquivos. En cuanto se tranquiliza ya es de ellos; la toman por juguete y sus patas, su piel, su pelo, se convierten en empuñaduras por donde la asen para llevarla adonde quieren, volteándola como a campana sin badajo ni sonido. Los veo felices, dos o tres juntos, los cuatro a veces; y con fiestas responde la cachorrita a sus caricias mimosas y brutas, doblegada, sometido su orgullo. Yo me crezco en mi estatura de anciano que no quiere serlo, y me sacudo de encima diez años. Ella debe saber que me agrada su entrega, porque prosigue los retozos con los modos confiados de quien se comporta conforme a lo debido. Como si fuera a engullir los cuerpecitos tiernos, abre disuasorias sus fauces rojizas y negras, mas sólo una luenga cinta de carne mojada sale en busca de rostros o extremidades; y si, incompletas de dientes afilados como pinchos, las mandíbulas se cierran sobre los diminutos dedos, lo hacen con un cuidado maternal que no da pie a la prevención.

Dos hijos tengo y una hija que vela por mí como ángel de la guarda o comisionada de la divina Providencia. Carente de vástagos trata de suplirlos con los sobrinos, quienes, en la particular manera que tiene ella de ver las cosas, heredaron su aspecto corporal: unos la nariz aguileña o los labios gruesos, otros el cabello rojizo o las pecas de las mejillas; hasta su modo apresurado de andar lleva alguno. No, no es bella, más su corazón es tan grande que todo lo humano cabe en él y sufre por los otros, pertenezcan o

no a la familia. Mi yerno, su esposo, la adora y pone su voluntad en línea con la de ella. De nada carecen, careciendo de tanto. Los chicos, sus hermanos, de carácter dispar, difieren en su actitud frente a los horizontes: mientras el mayor acepta el inmediato y lo toma por suyo, el pequeño no encuentra acomodo en ninguno de los conquistados, yendo, insatisfecho, cada vez más lejos en su exploración.

Adriana, mi venerada hija, con su tía forma un engarce que no tiene fisuras. Mi hermana, morena y chatilla, se distingue en el físico de todos nosotros, siendo esencia y substancia las nuestras. Quiere a su sobrina como a carne de su carne y sangre de la suya; y debe ser recíproco, porque congeñan ambas y se ponen de acuerdo en las cuestiones que atañen a cualquier asunto por el que una de las dos se interese. Debido a ello, la familia que yo establecí fue siempre la suya, y cuando enviudé, pasó a ocuparse de algunas áreas de su agrado. Mis hijos –incluso el pequeño, el más mimado, el que siguió mi profesión y emigró a lejanos países de nombres enrevesados, pertenecientes a Asia y Oceanía– ven en ella una segunda madre. Los nietos –cuatro del hijo mayor– que por aquí vienen, no conocen a sus primos extranjeros, descendientes del inquieto que casó con una oriental, modelo de alta costura, verdadera belleza de ojos rasgados. Jana es ajena a todo este batiburrillo humano, y acepta a los pequeños porque son inocentes como ella y proceden sin malicia alguna.

En el estanque grande –situado bajo otro menor para que la cascada de unión nos deleite con el murmullo del agua al romperse– en su fondo arenoso, encuentro con frecuencia lombrices de tierra de considerable tamaño; lánguidas, estiradas. Su detector de humedad les promete el paraíso y, hallado el exceso, sucumben. Jana me ve sacarlas con la red y no se conmueve. La muerte de la naturaleza le parece, según creo, una parte imprescindible del proceso vital. Así debe de ser porque, al rato, numerosas hormi-

gas devoran los viscosos cadáveres. Hemos localizado dos nidos de mirlo en sendos huecos de la tapia, y Jana, después de ladrar durante un buen rato a los bulliciosos polluelos entorpeciendo el tránsito de los padres, abastecedores apresurados de sustento, ha comprendido mis recomendaciones y se aleja cuando ve que llegan portando en el pico convulsos gusanos o insectos rendidos.

Mi interés retorna a la conjura y pregunto a mi confidente detalles tan importantes como el pago recibido, el beneficio que para los perros representa el deterioro de las cosas. Me contesta, avergonzándose de su materialismo, que existe un baremo, una escala progresiva de aliciente y un premio mayor si se alcanzan los primeros lugares de destrucción en el municipio, provincia, comunidad o en la nación completa. Hay correos, perros con pinta de vagabundos, que recorren las calles y las casas repartiendo las chuletas de cordero que cada uno ha ganado. Son ejemplares lustrosos, saciados, para que no sucumban a la seducción de la carga en detrimento de los ganadores. Costillas que no han de ser muy tiernas, imagino, pues una dentición tan poderosa como la mayoría de los canes presenta, agradece la dificultad de fractura ofrecida por los huesos. Pregunto, inquiero, suplico ampliación, más Jana se va en busca de no sé que hipotética presa dejándome solo.

En la parte baja de la vivienda, frente a la cocina, existe una habitación que utilizo por su frescura de mayo a septiembre a modo de despacho. Una estantería de haya recoge los libros, un centenar largo que he leído en su mayoría; regalos de amigos y clientes traídos a lo que llaman mi destierro con el fin de suavizarlo. Son novelas más que nada; de escritores españoles ya muertos y de algunos americanos que aún viven; aunque también las hay escritas por franceses y rusos. Leo recostado en un sofá de masiegas trenzadas que ablanda un colchoncillo de borra. Los gatos me acompañan

y, en cuanto me tiendo, se sitúan al lado apoyando la cabeza y las manos sobre mis piernas; de forma que a veces he de restringir cualquier movimiento, el de rascarme incluso, para evitar su espanto. Abren los ojos a lapsos irregulares, como vigilando la marcha de los sueños hacia la realidad, y arquean el lomo si mi palma los acaricia; no cuentan historias como las de Jana, son propensos al aburrimiento y a la huida, el pasado para ellos no cuenta, recelan de todo y si su voluntad lo quiere cambian de conducta.

Cuando la lectura cierra mis párpados dóciles me dispongo a recapacitar acerca de mi vida. Tuve una esposa de figura armónica, desdibujada por la distancia que marcan el tiempo y la memoria débil. La conocí siendo aún adolescente, la amé como se ama a la tierra en que se nace y, aquejada de un mal que hoy tendría cura, murió en un nefasto invierno de hace catorce años. Quince meses de inactividad establecen frontera con el tiempo antiguo. Entre maestro de escuela, médico y actor de teatro estuvo mi profesión; pasé quizá por todas ellas: curandero por el método de los pases magnéticos y alguacil del ayuntamiento, matarife de cerdos y esquilador del ganado. Aunque quiera olvidar mi quehacer enmascarándolo, ocultándolo entre otros, en verdad fui sastre y modisto; lo sé, lo acusan mis manos donde progresa la artrosis. La enfermedad reside en ellas por igual, si bien es verdad que en la izquierda se apresura y toma más terreno. El dolor y la rigidez intiman mientras crujen los huesos y los cartílagos; estriándose, deformándose. El médico anuncia que el fin de toda actividad me espera agazapado. Las vértebras lumbares parecen contagiarse, y cuando me agacho para ponerme los calcetines sufro un calvario. Al cuello llegará, a los pies; y el reposo será mi posición preferida. No existe cura; el tratamiento suaviza los síntomas todo lo más, diluyendo los dolores. Cuánto añoro mi taller de confección en la capital del reino. Costureras y modelos ansiosas se desplazaban en él siguiendo un orden que yo establecía. Echo

de menos el tacto de las telas, cortadas con una perfección que me hizo conocido muy lejos. Sueño cada noche con encargos de vestidos de novia debidos a gentes principales, con peticiones de trajes de ceremonia para altos responsables de la administración del país. En la fantasía nocturna mi hijo pequeño regresa para hacerse cargo del negocio, pero al llegar la mañana él sigue su camino y yo estoy aquí, barca varada en la arena. Impedido, me salí del cauce en un recodo donde el agua del río se amansaba un tanto. Por aquellos días me llegó el premio al Diseñador del Año que siempre había perseguido. Moví hilos, hice amistades y aparenté afectos con esa idea, persiguiendo ese fin. Si cabe, fue mayor la tristeza, pues la enfermedad me arrebató más campo, más ilusión, más esperanza de vida y reconocimientos.

Muy de mañana, con el sol aún en el confín oriental, me siento bajo una encina y Jana se aproxima afectuosa. Al parecer desea hacerme alguna revelación, pues pega la boca al pabellón de mi oído y noto el cálido rocío de su aliento. Comienza una breve parla y al poco su decir adquiere núcleo: me revela que los gatos forman parte de la conspiración; debí sospecharlo, nadie más diestro que ellos. Se sirven de los finos garfios de sus uñas en el rasgado de cortinas, en los ataques perpetrados contra las telas de las paredes y de los canapés. Dejan surcos, obra de sus garras, en las patas de divanes, sillones y consolas; en la parte baja de aparadores y bargueños de maderas nobles, antigüedades costosas. Ayudan a precipitarse contra las baldosas del suelo, simulando un proceso iniciado por las imperceptibles vibraciones de la casa o el deslizar progresivo de la loza, las torres de platos que esperan el turno de fregado. Docenas de sardinas les llegan como premio desde el Consorcio de Grandes Almacenes por cada mueble deteriorado, por cada vajilla rota; felinos bien entrenados, con facha de gatos vagabundos, las reparten. A veces huele su pelo a pescado y los imagino

recorriendo los andurriales donde se vacían los recipientes de sobras y desperdicios. Qué engañado he vivido con los mininos de aire inocente, cotidianos farsantes, capaces de manifestar un comportamiento amable, superficial o necio donde en verdad late la mala fe, la perfidia, la ingratitud y el vandalismo. En vano los interrogo sobre el particular, nada consigo; un mutismo cargante me ofrecen por respuesta.

Jana juega conmigo, se aprovecha de mi ingenuidad y se hace la enigmática, arrancando virutas al misterio en momentos que ella misma escoge, pormenores que espero con ansia acerca de la maquinación. Casi al anochecer, cuando le llevo el agua y las bolas de pienso preparado, denotando ausencia de sueño, por simple capricho desliza en mi oído sus suaves murmullos. Los ratones, huidizos, entran en juego; ellos, sometidos a la ley del Consorcio, también forman parte de la confabulación. Sus dientes finos e incansables poseen una gran capacidad destructiva. Alimentos, enseres leñosos, tejidos del ajuar, troncos y tablas de la techumbre; cuánto deterioro pueden introducir en nuestras vidas, cuánto gasto. Libros: decenas, centenas de ejemplares: incunables si a mano viene, ediciones príncipe, únicos; pinturas nacidas de artistas de renombre: paisajes, bodegones, retratos. Y todo por unos pedazos de queso, producto de las leches de oveja, vaca y cabra mezcladas, el de menor calidad. Me asombro, me indigno y exclamo, ¡basta!; no quiero oír más, pero ella sigue, regodeándose. Me anuncia como en añadido, que empresas de todos los ámbitos se han sumado a las tiendas, y el Consorcio ha pasado a llamarse de Grandes Sociedades.

Rompe la retahíla de acusaciones el hallazgo de sus detritos en lugar inconveniente, cien veces prohibido. Un grito sale de mi garganta hijo del enojo. No he logrado vencer en esta batalla. Ella dirige su proceder siguiendo una escala de valores que no conozco. Ignoro el mérito concedido por ella a cada palmo de terreno, qué jerarquía ha establecido entre los diferen-

tes espacios; pero me disgusta que para abandonar sus excrementos haya elegido la ladera adornada de rocalla y espliego.

Me entera Jana de una actuación llamativa: instan los promotores del programa diseñado en el Consorcio a la convivencia de todos los animales, a la vecindad armónica, a la fructífera paz colaboradora. Perros y gatos, gatos y ratones, someten a la orden recibida sus inclinaciones naturales, y se persiguen, sí, pero sólo para guardar las apariencias. Mi bucólico mundo sufre un enorme deterioro en sus asentados cimientos, ¿dónde está la idílica inocencia de antaño que los poetas cantaban?

Pregunto por las aves y asegura Jana carecer de información concreta, y aunque cree probable que las urracas y los grajos se hayan alineado, las demás, temerosas de los procedimientos de caza exhibidos por el hombre, se resistirán a sumarse a la conspiración. De los insectos, opina que son, como algunos de los pájaros, individuos conscientes de su papel en el ciclo universal, cooperantes imprescindibles en la polinización y, de observar la maniobra, la estorbarían. Puede que constituyan excepción avispa y tábanos, añade por último, incluso la mosca de los estercoleros.

De repente es sábado y mi apacible cárcel bulle de palabras amables y gritos de júbilo haciéndose paraíso agitado; se esfuman las rejas y veo retirarse a las tapias hasta desaparecer. Contenta se agita la enramada y el agua de los estanques multiplica sus ondas. Mi hermana Chiqui toma la tarea donde la dejó, imponiéndome un orden que parece acompañar su ritmo al del mío. Orienta el amor la valoración del diario discurrir de los sucedidos, traza un sendero bordeado de flores y arroyos para que mis pasos lo sigan. Ramal de guirnaldas y dogal de seda lo sospecho; y debido a esa ambivalencia tirana y amable evita mi rechazo. Los muchachos, sangre de mi sangre, acaban alineándose: el varón conmigo, Adriana con su tía. Sufro la ausencia del más pequeño, el de espíritu inquieto, el creador de formas,

el trotamundos; pero los nietos ahogan mi pesadumbre y embadurnan mi corazón de la dulce miel del olvido. Hasta que, al cabo, entre unos y otros invierten la rutina y me roban a Jana, cuyas idas y venidas interesadas salpimentan mi vida insulsa y anodina.

* * *

11. Última charla en Gamones

La primavera y el invierno echaban un pulso en la enramada. Extraía ella las hojas y los pétalos que forman la corola de las flores; y él forcejeaba tratando de impedirselo. Mas el tibio sol de finales de marzo auguraba el triunfo de la vida.

No obstante, el verdadero combate era muy otro; y se libraba en un valle que el fuego originado en anteriores contiendas privó de vegetación. Sobre la tierra reseca caían las lanzas, las flechas, las piedras, las agudas jabalinas; sobre los cuerpos protegidos por petos de cuero, sobre la carne temblorosa. Cuando el pecho inerme recibe el férreo pico, la muerte sigue al punzante dolor. Queda una hora agónica, un minuto o un segundo agónicos; brevedad suplicada a los dioses. Los campos de batalla, cuando avanza la refriega, se pueblan de ayes lastimeros implorando un certero mandoble que acabe con el sufrimiento. La incisiva punta de la pica lanzada por un bravo milite, dio fin al tormento soportado entre coces y relinchos por un corcel bizarro. Atravesó el cráneo desde la cuenca de un ojo, cuando un profundo corte en el pescuezo seccionó el esófago y la tráquea. Indomable y fiero, empeñado en elevar hasta la gloria al decurión que lo montaba, antes de caer abatido sorteó cadáveres tibios aún, moribundos yertos como espantajos, sanguinolentos heridos y agotados resistentes. Dos flechas confluyeron en la firme garganta de un infante, minutos antes de que un amigo de la

niñez la cercenara adelantando lo ya determinado. La suma de dramas personales convertía aquel claro en el temido averno.

Así relata su experiencia vital mi vecino de litera, Sixto Álvarez Candás, natural de Oseja de Sajambre: soberbio paisaje y singular aldea situados junto al río Sella, entre el puerto del Pontón, aún leonés, y el desfiladero de los Beyos, ya en Asturias. Sixto es un recluta como yo, y compartimos taquilla en el campamento de Instrucción de El Ferral. Le considero amigo, pues las confidencias, más aún las inverosímiles, unen. Desciende su relato a pormenores tan inquietantes, eleva a tan alto grado la crueldad guerrera sufrida por él, que mi inquietud más acuciante no es la realidad de los hechos descritos sino su conclusión limitadora del drama.

Protegidos por la caballería y los ofensivos arqueros, en seis filas compactas –escudo de madera y cuero en el brazo izquierdo, espada de dos filos en la mano diestra, casco de endurecida badana, segmentada loriga y cáligas de piel– los peones romanos avanzábamos contra las huestes hispanas. Hacia el ocaso empujábamos a los contrarios, valientes custodios de su identidad e independencia. Casi nunca presentaban batalla; era la sorpresa su arma más valiosa. Nuestra retaguardia, más vulnerable, sufría bajas inadvertidas cuando las columnas cruzaban terreno arbolado. La prevención de emboscadas en estrechos pasajes, en desfiladeros, eran la causa del lento avance frenado por las precauciones. En aquella oportunidad, sin embargo, agrupadas varias tribus en ejército agresivo y fiados de su número, nos hicieron frente. Fue brutal el empujón; dos toros bravos testuz contra testuz, dos montañas trastornadas cayendo una sobre otra, entorchocar de tormentas desatadas. Momentos antes de que el temido cuerpo a cuerpo sembrara la confusión en las filas, una granizada de flechas se precipitó en triple intento sobre la tortuga formada por nuestras corazas. Ya no hubo orden; polvo y sudor confundían a los contendientes, y como la hoz

cercena las espigas, caían heridos y muertos muchos hombres de ambos bandos. Mis compañeros de fila, los de mis flancos, fueron agujoneados por veloces saetas de hierro fortalecido que, al parecer, traían sus nombres escritos por los hados junto a las señas del lugar y la fecha de ese día. Yo tuve suerte, sólo algún que otro rasguño recibí y un corte de falcata bajo el hombro, que escocía sin descanso.

La derrota produce un daño mental que tarda en restañarse más que las heridas físicas. Máxime, cuando consideramos poca cosa a quienes nos vencen. Olvidando que me parió una campesina de Astúrica Augusta al pie del hogar de cantos del chozo y bajo el techo de bálago, como legítimo *civis romanus* recibí la más penetrante de las lesiones, la del orgullo, que necesita lustros para cerrarse. Razón había. Jóvenes adiestrados en el arte de las armas, veteranos triunfadores de mil batallas en todos los frentes, notorios estrategas, mercenarios muy experimentados y generales gloriosos iban sucediéndose en la contienda con escaso fruto. Respaldado por su historia incomparable y la magnificencia de los césares, nuestro poderoso imperio se mostraba inferior en fuerza de voluntad, en fe y en esperanza, a unas tribus de agricultores del noroeste de Hispania. El propio Augusto, genio militar esclarecido, iba a necesitar el apoyo divino para someterlas a nuestra férula.

Ofrecemos la cultura: la escritura y el habla, cabalgaduras del saber. La técnica portamos de los pedreros que prolongan las calzadas, de los pontoneros que hermanan las tierras divididas por las aguas, de los arquitectos de palacios fastuosos. El arte de los escultores y pintores, el oficio de los escritores, la inspiración de los poetas, descubridores de lo que otros no ven. El pensamiento difundimos de los filósofos que explican los oscuros misterios, de los estadistas, organizadores de la sociedad en democracia; de los sacerdotes, que proporcionan esperanza a los desesperados.

Álvarez Candás, leonés que se dice asturiano, recluta de la vigésima Compañía, cuarto Batallón, del Centro de Instrucción de Reclutas de El Ferral, habla y habla esta tarde. Sencillo y bueno, bracero del campo de luces medidas para llevar una existencia prevista con detalle, por lo general tímido y de pocas palabras, no sabe detener su narración.

Era yo un esforzado miembro de la Legio Septima Gemina, creada por Galva; mas mi temple y entrega en la lucha me llevarían a la prestigiosa centuria de la Guardia del Legado de Augusto. No está mal para quien empezó de junior a los diecisiete años, destinado a Servicios Auxiliares en una cohorte de infantes. Tuve que caminar desorientado, pero la realidad comenzaba a perfilarse nítida. Mis ojos ávidos de documentos secretos, mis oídos atentos a las nuevas venidas de Roma, a los rumores sorprendidos en labios pródigos, me pusieron en camino de comprender el propósito de nuestra presencia: protegíamos las auríferas minas del Búrbia, el grano cereal de los Campos Góticos, pues ellos contribuían al sostenimiento de Roma. Aprendí que la razón de estado –piélago de tiranía donde naufraga la voluntad del pueblo– se antepone con reiteración al derecho, neutraliza las buenas intenciones y las trueca en meras palabras que el viento arrastra aun aferradas a los escritos legales.

Ignoro qué código, qué escala de valores propiciaría mi conducta; que razones seguí o ignoré. Pastoreaba yo un rebaño comunal cuando me uní al ejército invasor. Saya, chaquetilla y capa de paño; fibula de hierro a modo de alfiler, grevas y calzado de piel de cordero, puñal de bronce, cinta para recoger los cabellos: de esta guisa me ofrecí en el campamento, así me aceptaron. Sin ser romano y careciendo de pertenencias, nada más que un golpe de fortuna propició que fuera armado y participara en combates: legionario con una crecida soldada de doscientos denarios de plata, ochocientos diez sestercios para ser exacto. En la Centuria del Legado era difícil destacar, pero

dejaba de ser carne de lanza y cuerpo de choque. No pude, sin embargo, realizar mi sueño de comprar montura y convertirme en caballero, por más que ya poseía bolsa suficiente. Acrecía mi particular peculio, más que la soldada, el botín obtenido en los combates; reparto prohibido por las ordenanzas y tolerado por nuestros jefes que solían quedarse con la parte del león.

Sixto Álvarez, de una estatura afín a la mía, mañana jurará bandera a mi lado. Primitivo y noble, hice con él buenas migas desde el principio; recuperé su gorro cuando se lo roban, friega por mí y compartimos la comida de casa, el papel rayado de las cartas, los sobres y el franqueo. Tras ensayar dos veces el desfile ante el Coronel, mientras merendamos algo sentados en el suelo de Gamones, hablamos de su campo y del mío, Sajambre y El Cerrato. Recuerdo nostálgico los suaves valles, los páramos y montes, las reducidas vegas, los innumerables tonos del gris, el azul enorme, el verde escaso y el extenso pajizo. Rememora abruptas montañas, abundantes prados y arroyuelos generosos; desfiladeros que llevan a ignorados paraísos, a inhóspitos lugares. Oponemos su labor desarrollada en el campo, en íntimo contacto con la naturaleza: tierra, plantas, animales y personas; a mis estudios de bachillerato, sujeto a las rígidas normas del colegio de frailes; y me gana Sixto en experiencia vital y en presente, aunque le gane yo en expectativas y en porvenir. Conocemos ambos del futuro su inconsistencia. El destino –así lo llaman– recién comunicado por el cabo primero, lo sitúa a él en un cuartel de la capital de León, a trasmano de su pueblo; y a mí, en Artillería 26 de Valladolid, a medio día del mío. Es pues, ésta, la última tarde hermana, quizá la última conversación, y las apuramos con la fruición de agosteros que vacían el porrón a la sombra de la parva, instantes antes de reanudar la bielda.

Esa circunstancia facilita el relato de su larga historia, conjunto de hechos desarrollados a lo largo de miles de años, tan claros para él como si

fueran presente; de los que ni siquiera a Flora, la novia, o a su hermana Blanca, habló nunca. El crédito puesto en mí, posee la virtud de alzar el valor de su confianza: elegido yo por encima de las personas a quienes mayor cariño le une, con las que mantiene la máxima intimidad. Intuyo que al nombrarlas las coloca como contrapeso de su afirmación, pues visité su pueblo y conozco a ambas mozas. Comparo al recluta que tanto y tan bien se explica, lo pongo al costado de aquel mozo tácito con quien, en Oseja, su pueblo, cuidaba yo el ganado o acarreaba el heno en el carro de vacas; cotejo al ignaro con el elocuente y no hallo punto de encuentro. Permanezco a la escucha sobrado de atención y de curiosidad, pues a cada momento que pasa creo con mayor consistencia, aun sin razón precisa, que lo expuesto se enfila con lo ocurrido.

Mi experiencia en el ejército de Roma, la segunda de las acumuladas según deduzco, pues poseo impresiones más lejanas, treinta mil años antes lo menos, artesano innovador de armas y herramientas, un centenar largo de piezas cada vez más reducidas de tamaño, útiles de hueso, azagayas, propulsores; mi segunda existencia, se lamenta Sixto, fue corta.

La vida, hilvanada con hebra quebradiza, cedió el paso a la muerte cuando menos la aguardaba. Vino el postrero de los males en una incursión nocturna de los astures, y me encontró, concluido mi turno de vela –*tertia vigilia*– soñando despierto en el Cuerpo de Guardia. Aconteció la intentona una noche oscura en que la luna y las estrellas se ocultaban tras nubes densas. Aun con ese predominio, a causa de mi oportuna alarma, resultó fallida la irrupción; la ofensa al Legado fue, por suerte, soslayada. De un solo logro pudieron jactarse los agresores: el mortal acuchillamiento del entregado joven que impidió consumir la maniobra. No se cumplió, pues, mi expectativa de llegar a los veinte años de servicio y obtener, junto con los esperados tres mil denarios de indemnización por licencia, el diploma de veterano que tantas

puertas abría, quizá el asentamiento como colono en la tierra que amo con toda mi alma, tierra bañada por el Duero, fanal de mi caminar sin descanso.

De mi tercera vivencia llevo grabados con fuego en la mente y en el corazón los más bellos recuerdos. Los momentos desagradables flotan entre jirones de niebla. Auxiliar del zabazoque –inspector y abastecedor de mercados– gocé de prosperidad desde el momento mismo en que presencié su elección en el claustro de Santa María, primer día de la cuaresma, un intempestivo siete de marzo.

A lo largo de cada temporada recibíamos de los asentadores, como obsequio pactado por nuestra diligencia y amplitud de criterio, media fanega de trigo, cuatro celemines de cebada, veinte libras de carne de lechazo y tres cántaros de vino. Si nuestra despensa no las necesitaba o no podíamos dar salida a tales vituallas en otros mercados, eran sustituidas por un valor equivalente en oro. Uso común –ilegítimo con toda probabilidad– que no constituía secreto para nadie, considerándose un impuesto recibido en razón del empleo, debido al cargo. Acumulé, recién acuñadas, trescientas veintiséis monedas del Rey Leovigildo; y en esa tarea aprendí de leyes y de cuentas lo suficiente para ser temido y respetado.

Me llegó Amor en forma de mujer. Yo hispano y ella visigoda, fuimos felices cuando la nueva ley que hacía a todos iguales admitió nuestro himeneo. Los hijos heredaron de su madre la fortaleza de espíritu y el matiz rosáceo de las mejillas; de mí, la agilidad mental y la fidelidad a los principios. Permanecí firme en mis ideas cristianas sin abrazar la doctrina de Arrio; y esa decisión fue origen de desgracias, sucesos posteriores en nada favorables. La muerte vino a mí o esperó mi paso cuando mi amo vio desenmascarados sus abusos; actividades ilícitas que yo desconocía, sobornos aceptados en perjuicio de los débiles. Agradeciéndole su camaradería y el buen trato dispensado, tuve la ocurrencia de acusarme en su provecho; y me

hubieran condenado a mazmorra o a extrañamiento, de no probar los jueces un crimen perpetrado por él, tan horrendo, que acabó cubriendo mi cuerpo de tierra y mi buen nombre de ignominia.

La narración de Álvarez me tiene subyugado. Lo alejado de los tiempos, la escrupulosa fidelidad de las descripciones y la intriga inherente a su inverosímil protagonismo, me atraen a la manera en que un punto de luz rodeado de oscuridad seduce a los insectos. Me encuentro ante un profundo manantial, sediento yo y receloso de su hondura. Él, que aprendió las cuatro reglas contando con los dedos, y a leer rompiendo las palabras, pronuncia vocablos cuyo significado ignora. Algo mágico impregna el ambiente, algún tintineo luminoso percibo en las más altas ramas de los árboles, enigma planteado que me obliga a reflexión. Yo, incrédulo de la metempsicosis, trato de buscar el origen de todo su saber por otros senderos que, a la postre, resultan también inexplicables; y la inmortalidad no es el más fantasioso.

La cuarta vez que superé el frontis de la existencia, prosigue Sixto, cortando el hilo de mi pensamiento, resultó la más fecunda de todas, la que abarca un período más largo. Y aunque consistió apenas en un continuo trasiego de la casa a la heredad, de la siembra a la recolección, obtuve de ella bienestar y deleite.

Mis padres derivaban de mozárabes de Al Andalus, y alcanzaron estos parajes donde nacimos sus hijos, tierra de labor regada por aguas tributarias del Duero, en tiempos del segundo de los Ordoños. Mis hermanos y yo, rodeados de amor y privaciones, fuimos creciendo a su imagen. Anochecía cuando al amor del fuego, intrigados –ojos expectantes y oídos abiertos– rodeábamos a nuestros progenitores. Era la hora de los relatos de que tanto gustábamos, narraciones capaces de rellenar el ocio invernal, alimentando a mayores un mito crecido en nuestra imaginación, cargado de gestos humanos y horizontes benignos: tierras meridionales feraces y abiertas, hombres y

mujeres despiertos y hospitalarios. Se referían con orgullo a un antepasado que llegó a Exceptor, facultado para recaudar impuestos en Hispalis al servicio del Comes. Y sucedió, por todo ello, que nuestro Norte estuvo al Sur.

Pienso yo, mientras Sixto serena la exposición de la cuarta vivencia, en Flora, su novia. Vivaracha y menuda aparece en la foto que el muchacho porta en la cartera, retrato mostrado con orgullo a quien le pregunta si tiene mujer a quien amar; cartulina arrugada de tanto entrar y salir de su lugar de reposo, de pasar de mano en mano. Muchacha de ojos y cabellos oscuros, Flora, rostro quemado por la cruda intemperie, espera en el pueblo acunando proyectos al mozo con quien matrimoniará en cuanto lo licencien. Trasiega la moza del corazón al cerebro los reiterados sueños del animoso jornalero –su querido y admirado Sixto– que la prometen un buen pasar y una dicha sin estorbos; fantasías prendidas en ella a fuerza de escuchar su inventario. Ahorran ambos peseta a peseta restándolas a las necesidades, sumándolas a la minúscula herencia. Elevan juntos una sólida casa de roca mal labrada, y a pesar de no poseer más que una parcela de tierra propia, destinan una estancia a establo, en cuyo interior entran holgadas cinco vacas de cría. Me maravilla fe tan grande en el futuro, un futuro que por la fuerza del deseo –de ese modo llamado– les será propicio.

Me hice el simpático con Flora cuando fui convidado de Sixto en su pueblo, puente de Santiago que sumaba cinco días. Intentaba mostrar buena estampa porque mi presencia de forastero llamaba allí la atención: las manos finas, palabras suaves, modales cuidados y la tez clara. Esas circunstancias despertaron en Flora una curiosidad limpia; tanto, que se acercó a observarme. Fue entonces cuando Sixto pudo sentirse celoso. Serían sospechas de su natural desconfiado, pero el muchacho me mostró a su hermana Blanca, carne de su carne muy mal nombrada, más esbelta que la novia, dotada de un rostro armónico iluminado por dos ojos negrísimo.

Ignoro si mi amigo, consciente del embrujo aposentado en su hermana, me la señalaba con el único fin de apartarme de Flora o me abría la puerta de su casa porque le gustaba para cuñado. Me destapó Sixto a Blanca y seguí la trayectoria marcada por su dedo índice, hasta notar que a la muchacha yo le era indiferente. Fuera cual fuera el plan de Sixto, doble o sencillo, hubimos de regresar al campamento. Volvía él con la zozobra calmada, y yo le seguía lamiéndome el orgullo herido, pues no llegó lejos el interés despertado en Flora y se hizo notoria la indiferencia de Blanca. Al instante recupera mi atención su capacidad completa, y sentado en el suelo inclinado de Gamones frente a Sixto, le oigo decir:

Se asentaron nuestros padres junto a colonos llegados del norte y del oeste: galaicos, astures, vascones, cántabros; y la miscelánea resultante vino a resultar beneficiosa. Pudimos tomar de cada uno lo que mejor nos acomodaba, dichos, usos y creencias; y aprendimos a respetar la manera de ser y comportarse que los demás desenvolvían. La peste o la guerra nos habían precedido, y restos de viviendas, fortalezas y templos constituían el solo testimonio de anteriores propósitos. Poco a poco aprendimos a amarlos –tierra gris y parda, espadañas desnudas, muros disgregados– a hacerlos nuestros, afianzándolos, revitalizándolos con un esfuerzo ímprobo. La esperanza puesta en las nubes esquivas abría y cerraba el ajustado círculo de la supervivencia, roto a menudo por la sequía, el granizo o el fuego, portadores del hambre y de la enfermedad.

Casé con la hija mayor de unos campesinos vascones, doncella rebo-sante de salud y de inagotable energía que no se daba descanso. Oficiaba el cotidiano milagro de la comida, hilaba la lana, cultivaba la huerta, atendía a las gallinas y conejos del corral y, en épocas de siega o de vendimia, ayudaba en las faenas del campo. Siete partos interrumpieron por unos días rutina tan dura, incrementando la exigencia de cuidados. Dos hijos muertos

en la primera infancia, víctimas de ardientes estíos, dejaron un permanente gesto de tristeza en su rostro. Mas era animosa y su presencia actuaba de bálsamo para mis desazones, que por desgracia abundaron.

Jamás servimos a señor alguno forzados por los fueros; es más, logramos cambiar de protector cuando nos pareció conveniente. Éramos libres. Libres rechazamos al señor de Lara, Pero González, cuyo patrocinio quiso imponernos utilizando malas artes. Libres pedimos defensa y refugio a nuestro señor García, nombre merecedor de gran respeto en la vasta llanura; siendo durante años fieles a lo acordado. A su solar cedimos nuestras hijas y dos de nuestros mozos lucharon en sus guerras.

El año más seco que pueda recordarse, ejemplo permanente de rigor, párvula cosecha, no diezmamos como era práctica habitual y exigencia de ley. Sin importar que el segundo de nuestros hijos sirviera como lego en un piadoso monasterio, de la Santa Madre Iglesia fuimos apartados por excomunión inapelable. En cruel añadidura nos acusaron de rebeldes ante el conde don Pero. El señor García nos prestó su brazo fuerte librándonos de cargos tan comprometidos; gracias a su mediación salvamos tierra y libertad que dábamos ya por ultimadas. Nada más natural, pues, que correspondiera yo a su gesto con otro a mi alcance. Fui imitación suya cuando se hizo menester. En el confuso crepúsculo pude pasar por su persona vistiendo a la manera en que él solía hacerlo; con sus mismos ropajes. Tan simple artificio llevó a error al enemigo, el señor de Lara; de modo que, atravesando mi corazón la daga aleve, nuestro protector salvó la vida.

Aún somos capaces de permanecer horas y horas, recostados en la suave linderas de Gamones, campamento de El Ferral, Álvarez hablando y yo escuchando, cuando el trompeta toca retreta y nos obliga a regresar a la nave ocupada por nuestra compañía, la vigésima, cuarto batallón. Empieza ya a refrescar y el cielo se ha ido poblando de luceros, luminosos círculos

parpadeantes de imprecisos bordes, cuya naturaleza excita la imaginación de los pensadores. Los sé mundos separados del nuestro por inconcebibles distancias medidas en años luz y me maravillo de su magnificencia; eterno trastrueque entre materia y energía, según creo.

Inquieto, persigo el sueño buscando una postura definitiva. El servicio militar nos priva del trato diario con padres y hermanos, quebranta relaciones de amistad e interrumpe noviazgos. Rompe la rutina y la inercia, nos saca de nuestro espacio en la mesa familiar, de nuestro colchón de lana en la habitación de arriba, impide la presencia elemental de los animales domésticos, aleja del inseguro avance de la cosecha y retrasa aprendizajes que no podrán ser tomados en el mismo punto. Y cuando estamos hechos a las nuevas condiciones, cuando la rutina se torna soportable y algunos de los compañeros se han convertido en amigos, la jura de bandera y el posterior traslado al cuartel lo rompen todo componiendo un orden distinto. Yo añado causas al desvelo aportando la fresca memoria de los relatos escuchados hace tan sólo un instante, promoviendo la búsqueda de la razón que justifique su evidente contrasentido. Tales pensamientos actúan al modo de los troncos situados al pie de la cascada; se precipitan hasta el fondo una y otra vez saliendo siempre a flote.

Amanece el día resplandeciente y activo; desde horas tempranas se percibe una agitación inusual. El ir y venir apresurado de los oficiales vestidos de gala, moviéndose con viveza de un pabellón a otro, intranquiliza a una tropa que se sabe en permanente inspección. Coches particulares y autocares de servicio público van llegando en goteo incesante; reducen la velocidad de manera ostensible para adaptarla al desorden de los obstáculos y maniobran con lentitud y precisión hasta ocupar alguno de los espacios marcados con cal, destinados a su estacionamiento. Cuerdas engalanadas con banderolas de papel unen entre sí los árboles, delimitando el área des-

tinada a los vehículos de matrícula oficial, espacio custodiado por cuatro soldados portadores de mosquetón. En otro terreno reservado, algo alejado de las gradas, se montan tenderetes de bebidas y prendas decoradas con frases alusivas al acontecimiento.

Marcial y algo tenso, Sixto Álvarez Candás desfila junto a mí, en la misma línea. Marcho yo envarado, conservando el paso con dificultad menguante, seguidor de un muchacho natural de Bembibre y cubierta la zaga por el airoso jayán que encabeza la tropa de otra compañía, la diecinueve sin duda. Comenta Sixto entre dientes, quietos los labios, disimulando, la precaria situación en que queda el objetor de conciencia. Dicho lo cual, como si meditara, permanece callado. Es cierto, vino el insumiso en nuestro relevo; y más allá de su larga mirada y de la reserva con que oculta la intimidad, no mostraba señales que fundaran desconfianza. A León lo condujo el tren dispuesto para los mozos pertenecientes al segundo reemplazo, continuó en camioneta el trecho que va de la estación al campamento, y con su grupo, cuando ya era algo más de la una de la mañana, fue destinado a nuestra compañía. Allí le inscribieron dos veteranos, un soldado raso y un cabo primero, quienes le asignaron el tercer camastro. De modo que, según señala la célebre Convención de Ginebra, tan defendida en la paz como burlada en combate, el guarismo 20.003 se convertía en el número que estaba obligado a desvelar al enemigo, a más del nombre y la graduación, en el supuesto improbable de que resultara hecho prisionero.

Seguidor de una religión minoritaria en el país, y fiel a sus creencias, se negó el obstinado innumerables veces –tantas como se lo ordenaron– a vestir ropa militar; incapaz, según decían, de atacar a un semejante. Fue censurado por ello y puesto preso en un reducido calabozo desde el primer instante; usando, en función de vestimenta, ajeno al uniforme, el pantalón azul de las actividades deportivas. De cuando en cuando los jefes le instan a

equiparse como los compañeros: traje de faena, botas de media caña y mosquetón; y tras su negativa le vuelven a encerrar, repitiendo una absurda liturgia que borra toda perspectiva de conseguir un desenlace acertado. Admiramos la entraña prudente que silencia quejas y lamentaciones, admiramos la solidez de principios y la firmeza de voluntad que rigen sus actos. Nacida de las breves palabras de Sixto, tal reflexión ocupa en mi mente un espacio primario, un territorio lógico flanqueado por emociones enfrentadas. Ajeno a tales elucubraciones, mi cuerpo va templando los nervios y se integra con facilidad en el desfile.

El Capitán General de la Séptima Región Militar preside la ceremonia de la jura de bandera; y a su lado, cumpliendo lo dictaminado por el protocolo, permanece el Coronel, Jefe del Regimiento. Temerosa la autoridad castrense de un atentado terrorista, obra de los enemigos del régimen, ha ordenado extremar las medidas de caución; soldados con el fusil descolgado del hombro ocupan cada loma, cada tejado, cada puerta, cada rincón y cada esquina. Vigilan los mínimos movimientos de la gente y registran algunos coches; mostrando preferencia por los vehículos pequeños, antiguos o deteriorados. Solicitan documentos de identidad y los revisan a conciencia, contrastando nombres y fotografías con los que figuran en un cuaderno de tapas azules que preservan de miradas intrusas.

Los envidiados miembros de la banda han pasado tres meses ensayando sin hacer apenas instrucción; y con sus interpretaciones de himnos y marchas cien veces repetidas, enardecen los ánimos e insuflan sentimientos patrióticos y guerreros. La megafonía difunde los sonidos por todo el poblado con muy poca fidelidad; pero los asistentes saben que la discordancia se genera en el interior de los altavoces, pues a lo largo de los cables y de las conexiones eléctricas viajan las prístinas notas leales a la partitura, impregnadas del espíritu marcial que el momento requiere.

Marchamos gallardos, articulando piernas y brazos de manera sincronizada, movidos por impulsos diversos que los enérgicos compases unifican; sola manera de conseguir que la masa avance como un solo hombre, como un irreflexivo carro de combate. Las mujeres: madres, hermanas o novias –también las de Sixto: la señora Josefa, Blanca y Flora; y las mías– desde la grada observan a los quintos henchidas de orgullo. Los varones: amigos, padres y hermanos –los de Sixto y los míos de igual forma– establecen comparaciones con lo que fueron su instrucción y su jura. La vanidad y la pasión inflaman la estima de los espectadores por los que se desplazan al compás de los himnos.

Al llegar al punto exacto en que la mirada domina la Tribuna de Honor, giramos la cabeza hacia la Presidencia. Es, nos han dicho en las clases de teórica, un gesto de saludo, pleitesía rendida a la Autoridad; un rasgo de veneración a la Bandera desplegada, símbolo de la Patria. Pero seguro que existe quien lo ve de otra manera, como el objetor que permanecerá preso cuando todo esto termine y nos vayamos de aquí. Dirigimos la mirada hacia la Presidencia, las armas cuelgan de los hombros diestros, y los caños, verticales, paralelos entre sí, apuntan al cielo azul salpicado de nubecillas blancas. Bajo la enseña pasamos de tres en tres; el rayón coloreado en bandas roza nuestras cabezas, al tiempo que juramos inmolar la vida en el altar de los patrios valores repitiendo una fórmula antigua. Ondea la tela mecida por el viento sobre quienes prometen entregar la sangre toda en su defensa, y sobre los que hacen íntima abstracción de intenciones porque su verdadero sentir es distinto; actitud prudente sin ninguna duda, pero que resulta cobarde al lado de la observada por el preso vestido con el pantalón de deporte.

Nada ajeno al campamento y a la ceremonia inquieta a los encargados de la seguridad: ni un movimiento sospechoso, ni una conducta disonante con los modos castrenses; su atención se concentra en el impasible avance de la

columna, en el monótono ritmo que mueve los pies hermanados, en los brazos a ellos unidos por un nervio firme. En ese preciso instante, frente a la posición de mando donde las autoridades presiden, alguien, anónimo entre los visitantes –familiares y amigos de los reclutas en trance de pasar a soldados– algún intruso es de suponer –seguidor de otras miras, al servicio de otros compromisos– lanza un cilindro oscuro de inofensiva apariencia. La inercia se encarga de que continuemos atentos a nuestra marcha los que desfilamos, y expectantes los espectadores; quizá por no ser conscientes ni los unos ni los otros del alcance de la acción, de su enorme capacidad destructora.

Sixto Álvarez Candás constituye la rareza. Vertiginoso como un rayo sube al estrado y, con movimientos felinos colmados de urgencia, salta sobre el negro cartucho. Como si estrechara una gavilla de heno o un ternero que acaba de nacer, olvidado de Oseja y su paisaje bravo, de las confianzas de su hermana Blanca, de la carne prieta de Flora, del fresco olor a tierra húmeda y de los ambiciosos proyectos; se abraza protector al siniestro explosivo. Debido a la viveza del impulso rueda el cuerpo ceñido a la bomba, hasta quedar a unos palmos de las mismísimas botas de gala del General; quien, en acto instintivo, de dos zancadas casi simultáneas, aumenta la distancia de protección que permite en estos casos salir indemne y ser felicitado. La explosión, aunque ahogada en el pecho de Sixto, dispersa a los presentes ilesos y despavoridos, sembrando la tribuna de los sangrantes pedazos de una voluntad múltiples veces entregada a lo largo de la historia del Reino de León.

* * *

ÍNDICE

1. La musa de Picasso	5
2. Memoria del 11 de marzo	27
3. El enmarañado asunto que me llevó a Ginebra	35
4. El oro escondido de las brujas	59
5. En Roma, tras el amor	83
6. La invicta espada de Bernardo	107
7. Don Quijote y Sancho en el Camino de Santiago	133
8. La conjura del Jardín Botánico	139
9. El rocío y la rosa	161
10. Confidencias de Jana	175
11. Última charla en Gamones	191
Índice	207

